Seix Barral

Luis Frontera

Sagrada familia

Sagrada familia

Sagrada familia

Luis Frontera

Índice de contenido

Portadilla

Legales

El capitán frontera

El hospital psiquiátrico

«España, me voy a España» (frase atribuida a César Vallejo, en su agonía, en un hospital de París).

Lalita

Los comunistas del sagrado corazón

Esperanza

Mariana

La señora del tranvía

Primeros pasos en el destierro

«España de la rabia y de la idea» (Antonio Machado)

Perfiles de guerra

La bestia debe morir

«El día que me quieras no habrá quien sea más rico que yo»(Alfredo Lepera)

«Málaga sin padre ni madre…»(César Vallejo)

Susy, la reina de la noche

Hermano de los sueños

Vicky, tu conciencia política

Luz y dolor

Revolución en la revolución

La espada y la guitarra

Tres noches del psiconauta

«Aléjome de mí gritando fuerte: ¡abajo mi cadáver! y sollozo»(César Vallejo, «invierno en la batalla de Teruel»)

Gitana

El hombre del impermeable

Asamblea de los condenados

«Si la madre españa cae, digo, es un decir, si cae»(César Vallejo)

Momento Proust

Evita significa

El ángel ante mí

«Para que vosotros, voluntarios de españa y del mundo, vinierais, soñé que yo era bueno»(César Vallejo)

Teniente Isabel

Romeo y Julieta en el otro país

Cuarteles de invierno

Carta a mamá

Sombra de herodes

Sección violencia

Campo nuestro

Sin aliento

Frontera, Luis
Sagrada familia / Luis Frontera. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Seix Barral, 2020.
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-8319-17-9
1. Narrativa Argentina. 2. Novela. 3. Biografía. I. Título.
CDD A863

© 2020, Luis Alberto Jacobo Frontera

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Todos los derechos reservados
© 2020, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Seix Barral®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: febrero de 2020
Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-987-8319-17-9

A Ofelia Perdomo: porque el amor no es ciego.
A Paula Pérez Alonso.
A Juana Frontera, mi nieta.

EL CAPITÁN FRONTERA

«Si hay hombres que contienen un alma sin fronteras,
tú eres uno de aquellos».

MIGUEL HERNÁNDEZ, dedicado a las brigadas
Internacionales que lucharon en España

Mi padre fue un traidor a la patria.

Un día metió su uniforme de capitán del Ejército Argentino en una bolsa de arpillera y lo dejó en la mesa de entradas del Ministerio de Defensa, ante la boca abierta de un suboficial.

—Me voy a la guerra —dijo.

Y se fue.

La foto de su partida, en Puerto Nuevo, muestra a mamá embarazada con una sonrisa tan leve que es casi una ausencia. Tiene una beba en brazos y la rodean seis hijos más. Mis hermanas mayores tienen tapados que les llegan a los tobillos y las más chicas usan calzas blancas y polleras hasta la mitad de las piernas. El varón de la fotografía es mi hermano Juan, que en el futuro será boxeador: se lo ve desafiante y enojado en su pantalón corto.

Veo la foto y me parece escuchar la sirena del barco, la despedida de una música histórica que nunca termina de llorar.

Yo no había nacido cuando mi padre se fue y era muy chico cuando murió. Y cada vez que en casa hablaban de mi padre y de la guerra de España, era tan grande el enojo con que lo nombraban que yo había terminado por creer que la guerra civil era algo que había sucedido en nuestra propia casa. Sin embargo, el único indicio de guerra que había en mi casa eran unos tipos que tiraban piedras contra las ventanas, insultaban la memoria de mi padre y exigían que todos nosotros fuésemos a vivir a Rusia. Se llamaban Alianza Libertadora Nacionalista.

En cambio, en el barrio había rastros de la guerra de España pero yo en aquel momento no sabía descifrarlos. En la panadería de la calle Congreso, por ejemplo, la dueña, Doña Elvira, una mujer fuerte, me saludaba con el puño en alto, me regalaba facturas y me decía que estaba tan flaco que ni siquiera tenía viento. La panadería se llamaba «Capitán Galán» y mucho tiempo después supe que Galán había sido el primer militar republicano fusilado en España. Pero en aquella época, a los cuatro o cinco años de edad, yo estaba convencido de que Galán era un actor de cine muy buen mozo que vivía cerca de mi casa y se

llamaba Alfredo Alcón.

Yo sospechaba que, si mi padre era realmente mi padre, en algún momento debía haber regresado. A la única persona que pude preguntarle sobre mi nacimiento fue a mi hermana Lalita, que era una bruja buena.

—Tu padre volvió —me dijo—. Pero volvió loco. Loco de la guerra. Y a vos te hicieron cuando mamá lo visitó en la cárcel de un regimiento, en una de las tantas veces que tu padre estuvo preso.

Mis hermanas estaban tan enojadas con papá que siempre decían «tu padre».

—Pero no te preocupés, también a Don Quijote lo hicieron en la cárcel.

A Lalita había que creerle. Una vez fui con ella a la farmacia de Álvarez Thomas y Congreso y estábamos esperando que nos atendieran cuando entró una mujer.

Lalita le sonrió:

—Aumentó, señora —le dijo.

La mujer, molesta, la miró extrañada:

—¿Y vos cómo sabés lo que yo vengo a comprar?

—La Sapolán Ferrini aumentó.

La señora se puso pálida y mi hermana me agarró de la mano y salimos corriendo de la farmacia.

—No sé cómo pero lo sabía, la Sapolán Ferrini aumentó —me dijo, agitada por el trote.

Tiempo después mi hermana mayor, Mercedes, me dijo que ya era hora de saber la verdad:

—Tu padre era comunista

—¿Y qué quiere decir? —le pregunté.

Mercedes apresó mi cara entre sus manos:

—¿Pero no te das cuenta? Comunista y capitán del Ejército Argentino.

Estas situaciones sucedían cuando tenía algo más de nueve años, en la época en la que empecé a negarme a ir al colegio. Yo ya había aprendido a leer solo, mirando los carteles luminosos, deletreando los diarios y los libros.

Las pocas palabras que había aprendido en el colegio me asustaban y la palabra cociente me daba pesadillas de las que despertaba aterrado. Finalmente y ante mi obstinación de abandonar la Escuela, llamaron a mamá y le dijeron que me llevase al Consejo Escolar. De allí me derivaron a un hospital donde un médico le dijo a mamá: «Señora, cómo va a aprender nada, su hijo está desnutrido».

Recién entonces, libre del colegio y apoltronado en el cine, comencé a descubrir palabras que realmente me importaban. Y a partir de ese momento imaginé que, recurriendo a las palabras, hasta

podía construirme un padre sin la ayuda del colegio porque, en materia de lenguaje, ninguna escuela podía tener la última palabra.

Poco después, entre los diversos libros de la biblioteca de mi padre, descubrí frases mágicas. Y algunas eran tan potentes que yo las leía como contraseñas enviadas por él desde la eternidad. En *Don Quijote de la Mancha* encontré, subrayada por mi padre, una frase que me pareció en clara referencia a mi concepción en la celda de un regimiento: «¿… un hijo lleno de pensamientos varios, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación?».

Al llegar a la pubertad, empecé a pensar en mi padre y hablé con muchas personas que lo habían conocido y leí y escribí una gran cantidad de palabras sobre él.

Después pasaron toda clase de cosas y son las que trato de recordar a partir de este momento. Pero el hecho de haber sido concebido en una cárcel debe haberme afectado desde el primer momento porque una mañana desaparecí.

De veras, desaparecí. Me fui encerrando en mis palabras, como una araña que al tejer su lenguaje va quedando prisionera de su propia estrella.

EL HOSPITAL PSIQUIÁTRICO

Estaba desnudo, tenía las muñecas atadas a la cama y me pasaban suero desde un frasco en el que se leía la palabra «Impregnar» escrita con birome. A veces venía un hombre vestido de celeste, miraba la cánula un segundo y al retirarse dejaba una sombra helada en el aire.

Cada vez que despertaba, buscaba restos de mis sueños entre las sábanas y sentía que mi cuerpo no era más que un acompañante silencioso que cada tanto orinaba.

Antes de eso había pasado varios días en una especie de calabozo del hospital. A veces se abría una mirilla, una voz gritaba un apellido y después, en un susurro, la misma voz agregaba que esa persona había pasado la admisión y ya tenía cama en una sala.

El Pabellón Número 7 era una sala con las camas alineadas en dos filas y alumbrada con una luz tan macilenta que parecíamos sombras arrancadas de un cuadro de Toulouse-Lautrec.

A veces, al escuchar la lluvia sobre los tejados, la mayoría de los internados se apuraban a meterse en la cama como si de pronto se hubiesen dado cuenta de que no tenían que estar ahí, drogados y sin nadie en el mundo.

La sala tenía una sola puerta cerrada y el picaporte siempre estaba del otro lado, en el bolsillo de un enfermero o en el de un colaboracionista, que eran los únicos que estaban autorizados para abrirla.

El baño, sin puertas, estaba al fondo de la sala y en el suelo encharcado había tres agujeros en fila y sin nada que los separase. Atontados por los medicamentos debíamos aliviarnos haciendo equilibrio y a la vista de todos.

Cada tanto se me acercaba uno que decía llamarse Ricky y que hablaba entrecortado, como si a cada palabra le retorciera el pescuezo. Tenía un costurón rojo en la frente, herencia de un balazo que le había abierto un pequeño tajo pero sin atravesarle el cráneo.

A Ricky parecía hacerle bien contarme sus intentos de quitarse la vida. Decía que los suyos no eran «suicidios por cortocircuito» sino «suicidios de balance». Y creo que con eso quería decir que cada vez que hacía el inventario de su relación con La Turca le venían ganas de morir.

—Ganas de asesinarme —decía.

Ricky llegaba, me secaba la frente y antes de irse me preguntaba si estaba meado o si me habían dado «la insulina».

Después me contaba que en la sala cada uno tenía el nombre que se

merecía. La Promesa era uno que le había prometido a su mamá que iba a dejar de ser puto pero no había podido cumplir. La Promesa se acercaba hasta mi cama y me daba agua con una cucharita. Había algo maternal en su mirada y era el único del Pabellón que no parecía un linyera. Usaba un jean cortado hasta las rodillas, mocasines bonitos y sin medias, un pulóver rojo de cuello en V sobre la piel y olía a colonia barata.

La Promesa siempre estaba sonriente pero cuando andaba en mangas cortas se le veían unas cicatrices horizontales en la muñeca izquierda.

—A vos La Promesa te bautizó como «el Interesante» —me dijo Ricky— porque le escuchó decir a un médico que el tuyo es un caso interesante.

De todas maneras debo aclarar que el tema de los nombres no iba conmigo: los medicamentos me habían borrado la memoria corta y para recordar un nombre tenían que decírmelo más de diez veces.

En el pabellón éramos varios los que no podíamos salir de adentro de nosotros mismos. Pero, a diferencia de mi caso, los otros estaban «encerrados en sí mismos de por vida».

A uno lo llamaban Tres Gemidos porque si le preguntaban su nombre gemía tres veces y se iba rápidamente por el pasillo con la mano que le faltaba metida en el bolsillo izquierdo y con la derecha se iba sosteniendo la mandíbula como si se le fuese a caer la cabeza.

También estaba Pandiayer que era microcéfalo o algo así. Comía pan viejo, hablaba gangoso y todo el tiempo preguntaba dónde tenía que ir. El caso de Batisola era especial, porque en verdad se llamaba Batisola y porque si le hablaban escapaba hacia adentro de sí mismo y, para proteger la retirada, iba dejando atrás un campo minado de palabras incomprensibles que estallaban y que él no interrumpía hasta entrada la noche.

Ricky, cuando estaba molesto, decía que no había podido dormir porque los gritos que Batisola había dado a la tarde seguían andando solos por los pasillos durante la noche. El pabellón, por momentos, parecía una versión de La Caverna de Platón: adentro estábamos los encadenados a la oscuridad y afuera los que habitaban en la luz y tenían sana la cabeza.

Pero lo extraordinario llegó después de que me aplicaron el suero contra las emociones. Todas las palabras que yo había dicho, escuchado, leído y escrito a lo largo de mi vida empezaron a llover. Primero cayeron unos signos, después unas letras y al final hubo un diluvio de frases.

Pasado el aguacero empecé a viajar hacia adentro y cuanto más me hundía en mí mismo, más rojas se volvían las visiones y más alto escuchaba el sonido de mi propia sangre al circular por mi cuerpo.

Veía volcanes y pájaros en llamas subiendo desde mi interior y sentía que eran semillas de palabras que nunca llegaban a ser dichas, porque una vez que subían y pasaban la Cordillera del Lenguaje se disolvían en burbujas sin llegar a ser pronunciadas.

No podía salir de mi mente.

Sólo podía recorrer mi interior.

El mundo de las palabras habladas ya no era mi casa.

Me había convertido en psiconauta.

Era el Marco Polo de mí mismo.

Fue poco después de ese tiempo en el que ni siquiera podía llorar ni reír, cuando unos enfermeros me dijeron que había llegado el momento de mi primera entrevista. Ricky me ayudó a lavarme y me prestó un pantalón y una camisa porque al llegar al hospital me habían quitado la ropa, el reloj y los documentos de identidad.

Después de una larga espera en el pasillo, la licenciada Esther Budeen me atendió en un gabinete con montañas de carpetas y, sobre una mesita de metal, tenía un vaso con agua y un jazmín de verdad.

La licenciada era muy bonita y olía como un caramelo de fruta recién sacado del celofán.

—¿Por qué pensás que estás aquí? —me preguntó, con voz ronca, cruzando sus piernas largas.

Iba a decirle lo que pensaba pero no pude. Estaba mudo, extasiado, mirándola. Sólo veía seres destruidos y esa mujer era más hermosa que la primera mañana después del Big Bang. Lo mío no era atracción física, era asombro. La sola existencia de sus ojos grises, su piel cuidada, su impecable camisa blanca y su pollera oscura, ceñida, eran un acto de reparación contra los infinitos daños del hospital.

Todavía pensaba una respuesta cuando sobre uno de los barrotes de la ventana se posó un gorrión y empezó a piar. Entonces, en voz baja para no espantarlo, le pregunté a la licenciada si por un momento podíamos mirarlo en silencio.

La psicóloga me observó, no disimuló su molestia y me dijo que la sesión había terminado:

—Cuando no te hagas el seductor, te vuelvo a llamar —me dijo.

Y cerró la carpeta en la que iba a escribir mi historia.

En ese momento no entendí. Pero enseguida, al volver a la sala, las burlas de unos tipos me hicieron sentir como una estatua desnuda cuando le quitan la funda en la inauguración:

—¿Y esos quiénes son? —le dije a Ricky.

—Son colaboracionistas

—¿Y eso qué quiere decir?

—Un colaboracionista es una mezcla de paciente y de enfermero que, en vez de ayudarte, viene y te caga a patadas.

Al volver al pabellón decidí que sólo le entregaría al hospital la

parte más superficial de mi mente y juré que del otro lado de mi Muro de Berlín Mental, no volverían a entrar. Y acababa de tirarme en la cama cuando, al verme apesadumbrado, vino La Promesa y me acarició la cabeza.

—Ya los escuché —me dijo—. No les hagas caso, bebé, matalos con el diferencial.

En aquel pabellón todos éramos adjetivos.

A verbo no llegábamos ninguno.

«ESPAÑA, ME VOY A ESPAÑA»

(FRASE ATRIBUIDA A CÉSAR VALLEJO, EN SU AGONÍA, EN UN HOSPITAL DE PARÍS).

A fines de 1936 te embarcaste en el vapor *Florida* junto a dos poetas, un psiquiatra recién recibido, un crítico de arte y un millonario izquierdista. Como era seguro que al llegar a España ibas a estar más preocupado por los chicos bombardeados en Madrid que por tus propios hijos, el Movimiento de Ayuda a la República prometió que a nuestra familia no iba a faltarle nada.

Con María Luisa Carnelli, Raúl González Tuñón, Policho Córdova Iturburu y el doctor Pablo Grimbaun, se reunían en la cubierta para compartir el vermú invitado por Jules Supervielle, que viajaba en primera.

Raúl, después de escribir sus despachos para *La Nueva España*, llegaba sonriente y engominado, enfundado en un traje claro, con un saco cruzado de grandes solapas y una corbata dorada. En uno de aquellos encuentros te contó que cinco años antes había cubierto la Batalla de Boquerón, en el Chaco Boreal, considerada la más heroica y encarnizada de la historia junto a la de las Termópilas:

—He visto los cadáveres de los soldaditos abrazados entre ellos; es horrenda la guerra, capitán, huele a sangre y ácido fénico.

El barco tuvo problemas y estuvieron varios días anclados bajo el sol de África y balanceados durante las noches por un mar de satén. Hasta que una mañana con González Tuñón, Grimbaun y Córdova Iturburu, salieron en una barcaza para recorrer el lugar. Finalmente, pasados de hambre y de sed, llegaron a una costa perdida entre manglares y baobabs grises y gigantescos.

En el atardecer de la jungla entraron sigilosos en una pequeña aldea y en medio de un sol agobiante caminaron largo rato entre vendedores de mangos, enormes termitas rojas y acacias de flores violetas. Finalmente, en la curva de un sendero, y ya en la selva más profunda, encontraron un despacho de bebidas y fueron derecho a un mostrador en el que un antropólogo francés y un entomólogo inglés bebían absenta y divagaban sobre un mundo en el que los humanos, los animales y hasta los insectos seríamos hermanos.

Pero de pronto, en aquel lugar perdido del África, el silencio fue quebrado por los gritos de varias mujeres francesas: «¡Raúl chérie, Raúl chérie!», gritaban y en camisón salieron de unas habitaciones y

en el lugar más inesperado del mundo corrieron semidesnudas para abrazar a Juancito Caminador, a quien llamaban *Frère*.

Unas semanas después de aquella excursión, y al llegar a Valencia, firmaste un contrato directo con el Ministerio de Defensa y fuiste incorporado al Ejército de Tierra de la II República de España. Contra lo que publicaban algunos diarios argentinos, nunca fuiste voluntario de las Brigadas Internacionales sino oficial del ejército regular de la Tercera República de España.

De inmediato te ascendieron a mayor y te destinaron al Frente de Madrid. Apenas llegado a la capital, pediste ir a las zonas más calientes pero la respuesta fue negativa. Los mandos te ordenaron que por el momento te dedicases a dar instrucción a grupos de voluntarios llegados de la vida civil y a escribir artículos para periódicos, partidos políticos y sindicatos.

La instrucción empezaba al amanecer y consistía en luchas cuerpo a cuerpo donde había que desarmar al rival con la menor cantidad posible de golpes. A vos te sangraban los nudillos.

A media mañana y hasta muy entrada la tarde llegaban las sesiones de tiro con revólver o fusil y las instrucciones para el cuidado del parque. Por la noche, con milicianos destinados a comunicaciones, dabas clases sobre código morse.

Los pedidos de notas llegaban en bolsines, y las instrucciones más solicitadas por los sindicatos y por los grupos armados trataban sobre el cuidado del fusil o sobre cómo cavar una zanja antitanque. Había reclutas tan inocentes que necesitaban varias clases prácticas para entender que lo primero que debían hacer era poner el proyectil en el cargador.

Pero esas tareas didácticas no te interesaban: durante 25 años te habías preparado para pelear y ahora, mientras la aviación alemana arrasaba Madrid, tenías que encerrarte en un despacho, hasta la madrugada, para escribir artículos con dos dedos en una máquina portátil marca Erika.

En los primeros tiempos te alojabas en el Hotel Madrid, donde convivías con los distantes oficiales llegados del este, serios como bacalaos, y con los poetas de habla hispana, efusivos y dicharacheros.

A veces bajaba a comer André Malraux. No habías leído nada de él pero todos decían que era un gran escritor y que había peleado heroicamente en la Revolución China. También, pero menos, había algunos que se quejaban de que sus aviones llegaban cuando se habían callado «Las trompetas de Jericó» y cuando los Stuka ya se habían ido y dejado el tendal.

Malraux, cuando llegaba, saludaba alzando las cejas y se sentaba frente a vos. Tenía un tic, un movimiento repentino, algo como un estornudo que lo hacía resollar y sacudir la cabeza. Miraba largamente

el plato sin probar bocado ni decir palabra; al rato se levantaba, *Bon nuit, monsieur* decía, Buenas noches agregaba, y se iba sucio y cansado como había llegado.

LALITA

«Hay almas que nos hacen creer que el alma existe»

MARGUERITE YOURCENAR

En el invierno el frío lastimaba a los que no comían. En la madrugada, al despertar, veía y escuchaba lo mismo que había visto y oído en mis sueños: los charcos helados de la calle y el sonido interminable de los peones que armaban la feria de San Cristóbal, en Carlos Calvo entre Pichincha y Rincón, donde nos habíamos mudado, después de haber dejado la casa de Villa Urquiza.

Mis hermanas, como los hijos de Martín Fierro, se habían dispersado en una especie de destierro. Mercedes, la mayor, se había separado del oficial de policía con el que se había casado y con sus tres hijos vivía como cocinera en el Hotel Condal de la calle San Juan y Sarandí. Susy había alquilado un departamento cerca del Teatro Colón y Lola, la Gitana, vivía con un millonario en San Telmo. Isabel, su melliza, se había incorporado al Ejército de Salvación.

Lalita, por entonces, compartía una habitación conmigo en la casa materna y por las mañanas me llevaba al colegio. Lalita era linda, tenía ojos color miel, nariz recta y pequeña y un cuerpo menudo y estilizado por el patinaje artístico que había practicado intensamente en un club del barrio. Todo indicaba que, en oposición a los cuentos infantiles, las brujas podían ser buenas y hermosas. A ella le angustiaban los primeros pichones que el invierno expulsaba de las ramas desnudas mientras que los gatos y los perros callejeros la amaban a primera vista.

Lalita sabía muchas cosas que los demás no sabíamos pero sin embargo, contra la opinión de la familia, yo nunca pensé que fuese una bruja o una vidente. Ahora sospecho que Lalita era alguien conectada con otra dimensión, uno de esos seres que reciben y emiten contraseñas que circulan misteriosamente y que van y vienen desde las entrañas del pueblo.

Una de aquellas mañanas, al llegar a la calle Rincón, observamos que por la calzada rodaban frutas y verduras. Y un poco más adelante vimos un caballo caído, rendido de arrastrar un carro. Frente al animal un hombre lo golpeaba en la cabeza con un látigo. Sin soltar mi mano, Lalita se detuvo y en voz baja le dijo al verdulero que el caballo estaba arrodillado y rezando para que él dejase de golpearlo.

El hombre, un joven que vestía bombachas de gaucho y una faja colorada y que a pesar del frío llevaba una remera de mangas cortas, le dijo que no se metiese en lo que no le importaba.

Entonces Lalita me puso contra la pared, bajó a la calle, se arrodilló frente al caballo que tenía los ojos en blanco y le sopló su aliento caliente en el hocico. El caballo dio unos breves cabezazos y enseguida se levantó. El joven, azorado, le preguntó si era bruja o qué. Lalita, desde la vereda y sin soltar mi mano, le contestó que no era ninguna bruja, que su padre había sido militar, que ella había vivido su infancia en cuarteles en los que se practicaba equitación. Allí había aprendido que cuando un caballo se pone en esa posición es porque se siente vencido y porque se arrodilla para ser devorado por su atacante. En esos casos, le dijiste, hay que darle un soplo de aliento en la nariz.

—Pobre muchacho, no sabe que su carga es más pesada que la de su caballo —me dijo después.

Lalita no era una bruja de catálogo; se burlaba de las supercherías, nunca le escuché hablar de conjuros, se reía de los que tocaban madera y de los que creían despertar pasiones o anularlas. Ella no creía en las desgracias de los espejos rotos ni pensaba que era peligroso derramar la sal o abrir el paraguas dentro de la casa.

Yo era el menor y no había maravilla que Lalita no me contase. Pero ella no creía en milagros ni iglesias y le molestaba que los curas mostrasen tanto interés por el vino, la comida y el sexo de los inocentes. Yo solamente creía en Bernardita de Lourdes porque, según Lalita, la santa comía raíces y sólo tomaba agua, un agua que era capaz de romper la tierra para poder tocar su boca y que caía del cielo como la lluvia pero tan sólo para bendecir su cabeza.

Yo solía espiar a Lalita cuando se preparaba para acostarse, trataba de ver cómo era una mujer. Y sin que nos dijéramos palabra alguna, sólo observándola, conocí algo para toda la vida: la feminidad no era una parte del cuerpo, no era un punto focal, sino una manera de mover los brazos y una forma de caminar. La feminidad de Lalita, más que algo físico, era una franja periférica que iluminaba hasta sus movimientos más imperceptibles.

Lo que ella hacía, y los demás llamaban brujería, no sé explicarlo y sólo puedo recordar algunas historias. O solamente dos, porque dos son suficientes y porque aún no estoy preparado para enfrentar todos los temblores que unen el pasado con el presente.

En una historia se comentaba que, cuando papá estaba en España y la familia se refugió en Gualeguaychú, los vecinos vivían aterrados por un famoso fantasma que según el diario local medía tres o cuatro metros de altura y se deslizaba por las cercanías de la Unidad Penal Número 2, en el centro de la ciudad. Pero como Lalita se burlaba de esa historia, una noche, para castigarla, mis hermanas Esther y Nélida

la hicieron dormir sola, en otro cuarto. El cuarto que eligieron para dormir ellas dos tenía varias camas, una sola puerta que daba a un patio, y como era tradicional en las ciudades rurales, la única puerta tenía una tranca de hierro que no se podía abrir desde afuera.

Pese a poner la tranca y asegurarla, al día siguiente Lalita dormía en una de las camas, al lado de sus hermanas aterradas. Nadie supo nunca cómo traspasó aquella puerta.

En cuanto al fantasma de Gualeguaychú, se descubrió que era un preso con zancos y al que un guardia cárcel, gracias a una propina, lo dejaba salir disfrazado para que pudiese visitar a su amante.

El segundo caso sucedió durante el invierno de 1961 cuando algunas personas de Buenos Aires estaban conmocionadas por una revista llamada *Así*, que pertenecía al diario *Crónica* y en cuya tapa se anunciaba constantemente la presencia de «El Vampiro del barrio La Pomona, en Morón». En todo el Gran Buenos Aires había personas aterrorizadas por el fantasma. Todos opinaban por las noticias en los medios, pero en verdad eran muy pocos los que decían haberlo visto. Hasta que una noche, reunida la familia al calor de la cocina, mamá le preguntó a Lalita qué opinaba del «Vampiro de Morón». Todos callamos y esperamos con ansiedad su respuesta. Y sus palabras primero causaron sorpresa y después una meditada convicción: «La gente pobre tiene miedo, siente que le están chupando la sangre: el vampiro de Morón es Álvaro Alsogaray, el nuevo ministro de economía», dijo.

Tiempo después le pregunté cómo hacía para encontrar respuestas sencillas a todos los misterios y a todas las apariciones fantasmales. Y me dijo que era muy simple:

—En cada mensaje sólo hay que analizar las palabras, una por una, en orden, una tras otra.

Cuarenta años más tarde, en el invierno de 2002, tuve ocasión de aplicar esa criptografía de Lalita. Sucedía que en esa época de crisis cientos de animales aparecían despanzurrados en gran parte del país. Las «cirugías» se realizaban con temperaturas bajo cero, al aire libre, y los medios de comunicación decían que los descuartizamientos los hacían ladrones, entes maléficos o probablemente extraterrestres. Junté todas las palabras y fue como volver a conversar con Lalita, porque la respuesta no pudo ser más clara: «Estado mutilado», «Cirugía sin anestesia», «Sacrificio», «Hambre», «Noches heladas», «Vaca loca», «Corralito», «Matadero».

Creo, ahora, que esos delicados recursos de Lalita para delatar indirectamente los padecimientos populares y las injusticias, son los mismos que eligió Cervantes en Don Quijote de la Mancha cuando escribió: «Sancho bueno, aquellos que tan atrozmente tomaron pasatiempo con nosotros, qué podrían ser sino fantasmas y seres del

otro mundo».

Pero lo cierto es que cada vez que pienso en Lalita recuerdo que, aunque tristes, mis días más luminosos sucedieron en San Cristóbal cuando compartíamos la habitación. Porque desde que nos acostábamos y hasta dormirnos, ella me regalaba las mil y una noches de Buenos Aires y se convertía en una Sherezade que en vez de mantenerme despierto me hacía dormir y hasta me espantaba las pesadillas.

Sus narraciones eran graves y maravillosas y parecían contener la cultura y hasta los mitos de toda la generación a la que ella pertenecía. A veces, inclusive, con un par de palabras, era capaz de disolver el mito más complejo y convertirlo en claridad. Y también podía encontrar un hecho vulgar y convertirlo en un misterio sideral.

Creo también que, aunque lo negase, algo de papá había quedado en ella. Y creí comprobarlo en la semioscuridad de aquella habitación, apenas alumbrada por una velita de noche.

En 1955, mamá había anotado a Lalita en el Colegio secundario de las Hermanas del Sagrado Corazón, a pocas cuadras del Congreso. Fue un mal trance porque por entonces las monjas y los sacerdotes denunciaban que todos los colegios religiosos iban a ser atacados por los peronistas. Y decían que en las escuelas para varones, los sacerdotes iban a repartir garrotes. El padre Fontaneto, consejero, les decía a los alumnos que en la primera fila iban a estar los sacerdotes, en la segunda los familiares de los alumnos y en las dos últimas los estudiantes secundarios de cuarto y quinto año. En los colegios de mujeres, por su parte, todas las alumnas serían desalojadas por las puertas traseras, previas llamadas telefónicas a sus padres o vecinos.

Hasta que un mediodía de junio, cuando terminaba la clase de ciencias naturales, una explosión sacudió los cristales del colegio y en el desbande cayó un frasco que guardaba un batracio en formol. «El desvencijado sapo rodó por el piso por primera vez en su muerte», sonrió amargamente Lalita.

Como en casa no había teléfono, Lalita decidió irse sola del colegio y al llegar a la Avenida Independencia vio que muchas personas salían de las oficinas, entraban a la pizzería o iban con sus viandas hacia la Plaza Primero de Mayo de Moreno y Pasco. A mitad de cuadra, por Entre Ríos, vio también cómo un grupo de personas asaltaba la armería Faltraco y se llevaban pistolas y rifles hasta que uno de los manifestantes los detuvo: «Para qué las queremos, si no tenemos municiones».

Aquella noche, Lalita sopló la velita y quedamos a oscuras. Y entonces le pregunté qué más había pasado y me comentó que de pronto, aquel mediodía, había sucedido algo terrible. Me dijo que ella iba caminando por Entre Ríos y que por la calzada pasó primero una

sombra y enseguida una luz. De inmediato pasó un avión y ella escuchó el ruido terrible de sus turbinas y los estallidos de las bombas, y vio muchos aviones más que salían desde atrás del Congreso, volando sobre los techos. Las calles temblaban y estallaban las vidrieras. Un colectivo se estrelló contra un bar y mató y lastimó a varias personas y un patrullero haciendo zig zag escapó aterrorizado de la zona por la calle Solís. Las ráfagas de las ametralladoras eran peores que en las películas, me dijo Lalita.

Ante mi azorado silencio ella siguió hablando y me dijo que algunos hombres se abrían las camisas, mostraban el pecho y gritaban «Tírenme a mí, hijos de puta» y que una anciana, en la huida, había tropezado, caído sobre la calle con una bolsa y se le había derramado el azúcar y unas naranjas cayeron rodando calle abajo. En medio del bombardeo Lalita la ayudó a recoger sus cosas y escuchó que la anciana, con los vidrios de los anteojos quebrados, miraba el cielo y lloraba: «Señor aviador, a mí no me tire, yo no soy peronista ni nada».

Años más tarde le hice una pregunta: ¿Y vos sabés por qué en algunos edificios de la Plaza de Mayo aún se mantienen las marcas de los balazos y de las granadas de aquel bombardeo? Hubo un largo silencio y luego me respondió.

—Creo que es el barbijo.

—Y qué es el barbijo —insistí.

—El barbijo es la cicatriz que los mafiosos y los guapos dejaban en la cara de los que se rebelaban, es la marca para que la víctima no olvide lo que le puede pasar.

La noche del bombardeo, mientras me lo contaba, Lalita estiró su mano, golpeó suavemente la manta y gracias a esa señal de siempre, extendí mi mano para tomar la suya. Ella lloraba en la oscuridad y me dijo muchas cosas.

—En aquel momento pensé en papá —me dijo— y pensé en la guerra y en las frases que había leído de papá en un cuaderno con volantes republicanos. Pobre papá, nunca sabrá cuánto lo quise. ¿Cómo no pude decírselo? Recuerdo cómo lo miraba mamá cuando él volvió. Y recuerdo la mirada vacía de papá y la mirada odiosa de todos nosotros, sus hijos que lo odiábamos por habernos abandonado.

Aquella mañana del bombardeo, Lalita se quedó llorando en la vereda recostada contra una puerta. De pronto paró una camioneta, bajó un hombre y la hizo subir en el asiento del acompañante. Atrás iban otros dos hombres y en el piso de la camioneta había muchas armas. El hombre la dejó en la puerta de casa, donde toda la familia estaba esperando. Le dijo que sólo la había ayudado porque tenía el escudo y el sombrero redondo de un colegio religioso.

Se hizo un silencio. Pensé que dormía, pero no. Lalita volvió a hablar. Me dijo que cuando regresó al colegio el Padre Fontaneto alzó

un crucifijo ante sus ojos y le dijo que ése era el único líder de los argentinos bien nacidos. El cura sabía que papá había sido comunista y que mamá había tenido un encuentro con Evita. Lalita lo miró con pena y le hizo una pregunta:

—Padre, usted qué cree: ¿El día del bombardeo, Santa Bernardita de Lourdes habría estado con la gente ametrallada o con los que manejaban los aviones?

Tiempo después Lalita conoció a un joven. Carlos Eduardo, así se llamaba. Primero fue su novio y después su marido. Empezó regalándole flores pero, al poco tiempo, cambió las flores por alimentos para ella y para mí. Lo más extraordinario sucedió cuando le regaló una radio de plástico marca «Tonomac». Los dos solos en la habitación no hacíamos más que escuchar música y seguir los radioteatros de la noche. Pero a veces ella interrumpía la transmisión con preguntas para los actores. La noche que escuchamos a «Hamlet» decir «Ser o no ser…», ella se intranquilizó y le replicó:

—Pero por qué ser o no ser, ¿no sabe el príncipe que la cuestión es ir siendo? Pobre —dijo muy bajito— tal vez dijo eso por ser príncipe o tal vez porque era inglés.

En el colegio religioso le enseñaban que había dos clases de mujeres: María, la santa madre. Y Eva, la que dejó entrar a la serpiente del pecado. Sin embargo, una noche, Lalita me dijo que en la Argentina teníamos a las dos mujeres en una sola. Y que las dos estaban reunidas hasta en el nombre. «Porque es María Eva. Y es Evita, que para algunos es una pecadora y para nosotros es una Santa.»

LOS COMUNISTAS DEL SAGRADO CORAZÓN

Alguna vez leí un libro árabe que hablaba sobre el universo y mostraba el exacto movimiento de la vida alrededor del sol, los ritmos de la naturaleza, las palmaditas del arrullo materno, las estaciones del año, la música del erotismo y la cadencia del caos y la armonía. Todas esas imágenes me hacían pensar que, sin padre, nuestra familia se había quedado sin centro. Cada uno era su propio centro y al mismo tiempo éramos fragmentos, lo que queda disperso cuando la totalidad se desmorona.

Mamá, lidiando, acariciando, pegando o secándose las manos en el delantal, era un padre de emergencia, un padre de utilería que trataba de ejercer cierta autoridad con algunas instrucciones de manual. Por mi parte, y debido a la diferencia de edad, era muy poco lo que sabía o hablaba con mis hermanas siempre delanteras, la más cercana en el tiempo tenía diez años más que yo.

En aquellos días la familia hacía pequeñas órbitas alrededor de Susy, porque era la que aportaba dinero y para hacerlo tenía que ir todos los días a ensayar al Teatro Colón. Habíamos alquilado un departamento de dos ambientes en el que vivíamos mamá, los hermanos y las hermanas con sus niños, que se iban casando sin tener casa propia.

Mamá, por entonces, también solía discutir con mi hermana mayor, Mercedes, la que a pesar de haber tenido un padre comunista y perseguido por la policía, se había casado con Octavio, que era subcomisario. Mamá siempre le reprochaba lo mismo: «Cuando veo llegar a tu marido con el uniforme y en el patrullero, recuerdo los allanamientos y se me revuelven las tripas».

Mercedes era la primera hija y Susy la segunda. Después de Mercedes y Susy habían nacido las mellizas. Lola, la primera en ver la luz, había estudiado danzas clásicas hasta el día en que papá se fue a la guerra. A la mañana siguiente de la despedida en Puerto Nuevo decidió cambiar por danzas españolas y andaba por toda la casa con las castañuelas y recitando a García Lorca. Mamá, por entonces, pensaba que el día que papá volviese —si volvía— iba a morir de un infarto, porque Lola amaba a España, pero a la de Franco y hasta desfilaba por el comedor y hacía el saludo de los de Hitler.

Isabel, la segunda melliza, había nacido débil y enferma. La hicieron tratar desde muy pequeña y mejoró. Pero le quedaron cosas que según mamá eran para un médico de la cabeza. Ella corría las

perchas de los roperos, empezaba a la madrugada y las corría una y otra vez: zas-zas, zas-zas. Y otras veces se sentaba en el comedor y hacía como que tejía, pero sin agujas ni lana.

Después de las cuatro mujeres nació Juancito, el primer hijo varón y dicen que papá colgó un sable sobre su cuna. Había estado bien porque, a su manera, Juancito nació guerrero. A los catorce años y con papá en España, Juancito había dejado la escuela para boxear por unas monedas en una cantina de Retiro y volvía de madrugada, lastimado y trayendo unos billetes sucios y manchados de sangre. A veces, al salir de Retiro, iba hasta Avenida de Mayo y Salta, donde los fascistas paraban en la confitería «Iberia» y los republicanos en el «Español», justo en la vereda de enfrente. Allí todas las noches se armaban peleas en las que mi hermano participaba con entusiasmo. Un día, al ver cómo ponía sus manos lastimadas en agua caliente, mamá le preguntó para qué bando peleaba y Juancito le contestó:

—Para cualquiera, me da lo mismo. Yo solo voy para entrenar.

Además de pobres, nosotros no éramos gente de suerte. Años más tarde a Juancito lo invitaron a unas olimpíadas importantes y lo apadrinó Gatica. Se cuidaba y entrenaba. Pero una mañana temprano salió a correr. Y allá por Saavedra lo atropelló un camión, lo arrastró y le destrozó el vientre. Lo atendieron en el Hospital Militar y estuvo semanas entre la vida y la muerte, con fiebre y gritando que él era Superman.

Al final se repuso. Pudo caminar y hasta correr, pero no boxear profesionalmente. Le quedó el estómago como si le hubieran volcado aceite hirviendo.

Lalita, la sexta, cada tanto decía una frase que dejaba a toda la familia en suspenso. Una noche las hermanas estaban contando historias de muertos y aparecidos y ella no hacía más que reírse. Hasta que mamá le preguntó qué cosa le causaba tanta gracia.

—Es que ninguna de ustedes sabe nada.

—Y qué es lo que no sabemos —la apuró mamá.

La respuesta de Lalita las dejó a todas heladas:

—Lo que ustedes no saben es que los fantasmas son los padres.

La séptima hermana, Esther, tenía algo muy singular: era la única hija que amaba a papá. Para ella, él era un héroe. Y hasta lo comparaba con San Martín. A veces me sentaba en su falda y me decía la frase de siempre: «San Martín, perteneciendo al ejército español vino a liberar al pueblo argentino, mientras que papá, siendo del ejército argentino, fue a liberar al pueblo español».

Nélida, la octava hermana, era la más trabajadora. No sostenía los empleos pero fue empleada de oficina, esmaltadora de perlas,

vendedora de calefones y niñera. Estuvo de novia con un joven, y entre los dos iban a poner una fábrica de sándwiches de miga. Mi hermano Martín, el noveno, siempre quiso ser aviador. Y si pasaba un avión militar, apenas lo escucha sabía decirnos qué motor tenía o cuántos tripulantes y ametralladoras llevaba.

Martín rindió examen para entrar a la Escuela de Aviación Militar de Córdoba y salió segundo. Pero después le encontraron un soplo en el corazón y lo rechazaron. Desde aquel día dejó de estudiar, nunca buscó trabajo y no hizo más que hacer avioncitos de juguete y jugar con soldaditos de plomo. Cuando le preguntaban si no pensaba trabajar o hacer alguna otra cosa, siempre contestaba lo mismo: «No. Yo me estrellé y no tenía paracaídas».

Yo fui el décimo hermano y a los doce años trabajaba en un lavadero. Una mañana caminaba por San Cristóbal con las bolsas al hombro, deseando que las propinas me permitiesen comprar comida y que la ropa estuviese seca, porque mojada pesaba demasiado y el calor era insoportable, cuando de pronto descubrí un edificio que tenía una bandera roja, otra celeste y blanca con un gran cartel en el frente: «Partido Comunista Argentino».

Me acerqué decidido, toqué el timbre, la puerta se abrió y apenas entré volvió a cerrarse. Ya no podía salir de ese pasillo oscuro y me di cuenta de que estaba en problemas. Entonces, como no había otra opción, subí una escalera y a los pocos escalones vi que era observado por dos hombres: uno que estaba arriba y me miraba de frente desde una puerta vidriada y otro, también desde arriba, me escudriñaba por un gran espejo que estaba atrás mío, en la pared.

Quise escapar pero ya era tarde: el primer hombre me abría la segunda puerta. Era un tipo inmenso y tenía puesta una remera llena de músculos. Con la vista clavada en las bolsas me preguntó varias veces qué estaba buscando. Nervioso y con muchas palabras le dije algo así como que mi padre estaba muerto pero que en vida había sido bastante comunista.

Me di cuenta de que el argumento de ser huérfano de padre había funcionado porque después de escuchar eso el guardia se mostró más confiado

—Como aquí hay otros comunistas —le dije— tal vez alguno de ustedes sepa algo sobre mi padre.

El hombre se demoró abrazando las bolsas una por una como si las palpase de armas o como si estuviese acomodando las almohadas para dormir.

Me hizo pasar y dijo que podía sentarme:

—¿Y cómo decís que se llamaba tu papá?

—Capitán José María Frontera.

El hombre frunció la nariz, alzó las cejas y me miró incrédulo:

—Esperá un poco —dijo— voy a llamar a la compañera Fanny.

No sé por qué, pero de inmediato, sentado en ese edificio bien refrigerado, me puse a pensar que esa Fanny debía ser la actriz Fanny Navarro. Era la única Fanny que yo había oído nombrar; la había visto dos veces en *El grito sagrado* y eso me daba una buena pista. En esa película, el marido de Fanny, era un tipo llamado Thompson, que también era capitán, también había ido a España y también se había vuelto loco. Los hechos eran tan parecidos que hasta se me cruzó por la cabeza que todos los capitanes que iban a España volvían chiflados.

Al rato bajó una señora delgada, fuerte, de mirada dura y algo incrédula. Tenía un pantalón negro ajustado en la cintura y ancho en los tobillos y una camisa color crema. La desconfianza la obligaba a mirar de costado y me midió varias veces de los pies a la cabeza. Entonces pensé que, como estaba muy mal vestido y seguía sentado y aferrado a las bolsas, la mujer suponía que yo venía a pedir algo y tuve ganas de irme.

—¿Vos sos hijo del capitán Frontera? —me dijo, de pronto.

—Sí, señora.

La mujer se acercó lentamente, sus ojos se humedecieron, me apartó el pelo de la frente con una caricia, me abrazó y apretó mi cabeza contra su pecho. Entonces me puse de pie y sentí que durante unos segundos la tal Fanny y yo nos habíamos disuelto de amor en el aire.

Fanny me llevó a su despacho, hizo que me trajeran un desayuno y me habló de la guerra. Cuando le pregunté si mi papá podía haber muerto en España me dijo que sí, que inclusive podían haber muerto los dos juntos, ella y él, porque las muertes sucedían todo el tiempo y en cualquier parte.

—Una tarde —me dijo— nos salvamos de milagro cuando la aviación alemana bombardeó el edificio del Socorro Rojo de Madrid. Recuerdo claramente aquella noche que salimos bajo las bombas. Miramos hacia al noroeste y vimos, como relámpagos, los disparos de la artillería fascista. Todo el cielo quedó iluminado en un amanecer artificial que duró hasta entrada la mañana, porque Madrid entera estaba en llamas.

ESPERANZA

Mi madre había cumplido diez años y en su casa, para bañarse, compraban agua mineral en el pueblo. Una Navidad, su padre le regaló un San Bernardo y lo llamaron Salomón. Sus dos tíos, que ya no sabían cómo mimarla, le hicieron una volanta de madera. Todas las mañanas, antes de que el sol apretase, ataban el perro a la carroza y Esperanza, mi madre, salía a recorrer el campo.

Una mañana atropellaron un panal y las abejas la atacaron y mataron a Salomón. Ella pudo sobrevivir porque Asunta, una de las sirvientas, escuchó sus gritos, la alzó y se hundió con ella en el barro.

Esperanza tuvo fiebre y no pudo levantarse durante varios días, mientras todos y en especial su hermana Isabel, dos años mayor, iban de un lado a otro sin saber cómo aliviarla.

Mi madre perdió a su madre antes de saber llorarla, y no conoció la tristeza hasta que cumplió once años y también murió su papá. Ella y su hermana quedaron a cargo de los tíos Argentino y Miguel, que según nos contara mi madre años más tarde, habían sido los hombres más buenos del mundo.

A partir del luto quedaron acollaradas para siempre y se pasaban las siestas llorando, amarillas como limones y mirando volar los panaderos por el campo.

Ni mi madre ni su hermana pisaron nunca el colegio. La familia les proveía maestras y profesores particulares que les enseñaban literatura, idiomas, corte y confección. ¿Para qué ir al colegio si tenían campos inmensos y si en el caso de casarse sólo podrían hacerlo con personas como ellas?

Habían crecido escuchando que la educación era popular y que lo popular cuanto más lejos, mejor. Para ellas lo popular eran unos paisanos de sombrero negro y aludo, que hacían bailantas y vivían en las afueras del pueblo con chiquitos moqueando y matronas greñudas.

El primer pretendiente Esperanza lo tuvo a los catorce años y lo veía como a un viejo de treinta años que olía a oveja recién esquilada: «Tomaba el café con la boca casi cerrada para que no se le cayese la prótesis dental y caminaba con el pocillo que le saltaba por el platito como gato cuando baldean el patio», decía.

Pero su historia adulta empezó antes de que cumpliese los dieciséis y fue en la época en que las sirvientas no hacían más que hablar del subteniente, un jinete que pasaba por la puerta de su casa vestido con un hermoso uniforme.

Con Isabel lo veían de lejos y sin interés hasta que una mañana

también lo mencionó el tío Argentino, diciendo que el subteniente era un gran jinete y que los había estado ayudando con unos redomones.

Días después, al terminar el almuerzo, Esperanza escuchó que el tío Argentino le decía a la sirvienta: «Asunta, cuando veas al subteniente, y aunque sea la siesta, llamalo y hacelo pasar. Después mandame a buscar y cebanos unos de esos mates copetones que vos sabés».

Aún sin haberlo visto y aunque no lo decían, las dos empezaron a ilusionarse con el subteniente que venía de Buenos Aires. Y durante varios días salieron a la puerta para verlo pasar, hasta que una siesta detuvo el caballo, bajó y se quedó mirándolas.

—Venga —dijo de golpe—. Venga —insistió.

—Andá Isabel —codeó Esperanza a su hermana.

Y ella fue.

Pero él levantó una mano:

—A ella no, a usted —dijo—. Y la señaló con la fusta.

Todos los que la conocieron decían que era rebelde por naturaleza. Sus tíos, ante cada una de sus bravatas, repetían la misma frase: «Ay Bijou, Bijou, con vos sí que se nos atrancó el carro».

Pero esa vez no fue rebelde.

Él la llamó y ella fue. Ni siquiera tuvo tiempo de pensar en el mal momento que podía estar pasando su hermana.

Cuando Esperanza se acercó, él se sacó la gorra y debajo tenía un ramito de jazmín del país.

—Son para usted —le dijo.

A su hermana todo lo que sentía por él se le vino abajo en cuanto supo que la cosa no iba con ella.

Esperanza estaba en el aire. No sabía si era amor, metejón o berretín, como decían los tangos. Pero no podía dormir ni comer. La habían impresionado sus ojos negros, que eran como los de un animal tan indefenso como feroz. Pero además le daba ternura saber que él también era huérfano de padres. Los tíos estaban asustados. «Bueno, Bijou, se te va a pasar», decían. Pero confiaban en ella. Y en él. Y eso fue casi todo.

A las pocas semanas volvió. Y las dos estaban sentadas en la puerta, como siempre.

Él detuvo el caballo y bajó.

—Venga —dijo.

Y ella fue.

—Tengo algo para usted —dijo y se sacó la gorra.

Debajo de la gorra y sobre su cabeza traía un perrito blanco, recién nacido. Después de dejarlo entre sus manos, sacó del correaje que llevaba sobre el pecho una carta con sobre cerrado, se la dio, subió al caballo y se fue al trotecito.

La abrieron y ahí mismo, en la puerta de la casa, Esperanza le pidió

a su hermana que la leyese porque a ella se le habían nublado los ojos por la emoción:

Gualeguaychú coma, febrero de 1918 punto aparte. Mi amada Esperancita dos puntos, sus tíos me contaron que de niña perdió un perrito, punto seguido. Y yo le traje éste, coma, ahora que es una mujer, coma, para que no ande sufriendo más. Punto aparte. Mis jefes me mandan a Corrientes, coma, de comisario, coma, porque el gobierno de Don Hipólito Yrigoyen ha intervenido la provincia. Punto seguido. Pero no se preocupe porque voy a estar bien. Punto aparte. Yo ya hablé con sus tíos y a la vuelta nos casamos punto final.

Después de la carta estuvieron poco más de un año noviando. Sus besos le volaban la cabeza y el cuerpo. Y con el perrito, Roquín, que había aprendido el camino de ida y vuelta al regimiento, se mandaban cartas apasionadas. Pero ella siempre temía por su vida, porque a él le gustaban las peleas, la esgrima, los saltos a caballo y las armas de fuego. Ella se tranquilizaba pensando en que él tenía 19 años y en que pronto cambiaría para mejor.

Al cumplir el primer año de novios se casaron y al poco tiempo Esperanza dijo que él era el segundo panal de abejas que había atropellado y que sin dudas era peor que el primero.

Después de la ceremonia civil viajaron en barco a Buenos Aires. La noche transcurrió en el camarote, allí había un romántico ojo de buey que daba hacia el Río Uruguay. Se acostaron y los dos se quedaron callados y mirando el techo.

Hasta que al final habló él:

—Dese vuelta que la necesito —le ordenó.

Del matrimonio ella esperó mucho pero no le dio nada, sólo la felicidad de tener hijos. En principio fueron a vivir a San Telmo, cerca de la plaza Dorrego, con la abuela de él, a la que Esperanza describía como a una india amargada, que mascaba tabaco y escupía de costado.

Cuando Esperanza llegó, la miró de arriba abajo, no le dio un beso ni le extendió la mano:

—Así que vos sos la gringa —le dijo.

Resultó, además, que la abuela le daba a la limeta y se le calentaba el pico y se ponía a decirle que con ellos no se hiciera ilusiones, porque eran indios y estaban orgullosos de serlo porque ellos, tal como lo decía el apellido, eran de la frontera, eran del indio y del cristiano, de adentro y de afuera, del centro y del costado. Que ellos eran la mezcla, decía, que podían ir algo para arriba pero que siempre iban a ser de abajo, del hervidero.

Ella pensaba que la abuela estaba para el Hospicio de las Mercedes porque hablaba sola y decía cosas raras. Una noche vieron una estrella fugaz y ella levantó la cabeza y se frotó las manos:

—Allá van mis antiguos, felices y corriendo avestruces por los cielos.

Después de tres largos años en aquel purgatorio él le compró una casita, la abuela murió y Esperanza respiró un poco mejor. Pero la desgracia mayor fue cuando en un momento, casi de pronto, se dio cuenta de que él había empezado a no poder soportar las injusticias sociales. Y cada vez que ella creía que se iban a encaminar porque ganaba más, empezaban los arrestos, las reuniones clandestinas en defensa de Hipólito Yrigoyen y en contra del gobierno militar de José Félix Uriburu, instalado en 1930.

Hasta que un día, en noviembre de 1936, con siete hijas mujeres, un hijo varón y mi hermano Martín en su panza, escuchó lo que ni en el peor sueño había soñado:

—Esperanza —le dijo él—, tenés que entender que de lo que pase en la guerra de España depende el futuro de la humanidad. Y en consecuencia me voy a alistar ya mismo en el ejército republicano.

—¿Y yo?... ¿Y nuestros hijos?

—Yo los amo, pero qué clase de militar sería si me quedase de brazos cruzados mientras en Madrid bombardean impunemente a mujeres y niños.

A los meses de su partida ella dejó de recibir la pensión del ejército y empezaron a conocer la pobreza. Fue entonces cuando unos jóvenes partidarios de la República le consiguieron trabajo como planchadora. Era el primer empleo de su vida y a las dos semanas la echaron. Quemó una camisa y la capataza se burló: «Si planchás así m' hijita, entiendo por qué tu marido se fue a la guerra».

Apenas la escuchó, Esperanza le dio con la plancha en la espalda y la dejó doblada bajo una parva de camisas.

Mi madre salió de la comisaría gracias al doctor Alfredo Palacios, que llegó en persona a sacarla. Pero muy pocos fueron los que de verdad se solidarizaron con la familia: el doctor Arturo Frondizi, de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre, vino bajo la lluvia y con los pantalones arremangados en el barro llevando la cama de su hija Elenita para algunas de las chicas que no tenían dónde dormir. Y el único que envió por correo algunas cajas de alimentos fue el doctor Amadeo Sabattini, yrigoyenista y gobernador de Córdoba.

Hubo también una excepción: en enero de 1937 visitó la casa un hombre cuyos ojos siempre parecían a punto de llorar. Tenía un traje gastado y llevaba una valija en la que traía anilinas Colibrí y unas pomadas para lustrar zapatos, que vendía en distintos comercios. Después de tratarlo como a un vendedor puerta a puerta Esperanza se dio cuenta de que ese hombre, llamado Elpidio González y perteneciente a la Unión Cívica Radical, había sido vicepresidente de la nación y Jefe de Policía de la Ciudad de Buenos Aires.

Sacó la billetera y envuelto en papel de almacén traía un fajo de billetes:

—Es todo lo que pude juntar —le dijo—, ustedes lo necesitan más que yo.

De los otros, nada. Ninguna ayuda. Hacían festivales, picnics en el Tigre, acopiaban alimentos enlatados, llevaban a Libertad Lamarque y a Luis Sandrini a los recitales, pero ella no veían ni un centavo y sus hijos hacía rato que no comían un churrasco.

Las mujeres del Partido Radical cosían y tejían ropa para los niños españoles, pero mis hermanos empezaban a conocer la indigencia.

De aquellos días he visto el final de una carta suya, que papá nunca recibió porque la correspondencia volvió a Buenos Aires con tachaduras ejecutadas por las centrales de inteligencia de las repúblicas de España y de la Argentina: «¿Por qué, José? ¿Para qué sirve esto? ¿Qué bien vamos a sacar con esta guerra que no nos pertenece? ¿Qué zapatos para nuestros hijos que ya empiezan a andar descalzos?»

Pero la peor idea fue volver a su pueblo natal en donde sus primas, amigas de toda la vida, le negaron hasta el saludo. Suponían que ella y mis hermanas eran comunistas pero, al mismo tiempo y como sabían que todas iban a misa a la Iglesia del Sacré-Coeur, empezaron a llamarlas «las comunistas del Sagrado Corazón».

MARIANA

Con la primera claridad de esa primavera húmeda y fría de 1972, Mariana observaba, internada en el bosque y del otro lado del río, el humo de los vivaques y el movimiento de los uniformes color verde oliva de los militares.

Las zapatillas se le hundían en el barro y la lluvia que caía de frente la obligaba a caminar cerrando los ojos. La columna de manifestantes se había detenido en una orilla del Río Matanza para que sus compañeros hablasen con el ejército, emplazado desde la noche anterior a unos doscientos metros más adelante.

—Te juro que no doy más.

Pero Chacho no la escuchó.

De pronto, un teniente coronel gritó por su megáfono:

—¡Yo también fui joven y peronista, pero tengo que prohibirles avanzar!

—¡Si alguna vez fue peronista, entonces déjenos pasar! —le contestó uno de los manifestantes.

El teniente coronel no tardó en replicarle que había sido peronista pero ahora ya no lo era.

En respuesta, muchos entraron en el río agitando las banderas y cantando. Algunos de los que iban al frente les arrojaban sus documentos de identidad a los militares como prueba de que no habría disturbios. Algunos chicos que iban a caballito se abrazaban al cuello de sus padres y hacían pucheros porque el agua empezaba a mojarles los talones.

Mariana vio los primeros chispazos mientras arrastraba los pies por el agua oscura y fría. Enseguida llegaron los estallidos y el humo de las granadas le quemó en la cara. Fue entonces cuando escuchó aquel grito que nunca pudo olvidar: «Compañeros, no les griten asesinos porque los milicos se ofenden y se ponen más violentos».

Al darse cuenta de que había perdido de vista a Chacho, se detuvo en medio del río. Estaba enterrada en el barro, tuvo escalofríos y empezó a tirarse del pelo con las dos manos, como cuando era chica y estaba tan asustada que tenía miedo de no volver a encontrarse la cabeza.

En pocos segundos recordó escenas de su vida. Pasaba una arrastrando a la otra, como las cuentas de un rosario. Revivió la siesta en la que volvía de piano y su papá la esperaba en la esquina para decirle: «Mariana, me voy de casa» y, al escucharlo a ella se le cayeron las partituras por la vereda. Y recordó una mañana que faltó al colegio

y su mamá la llevó al médico y le dijo «la traigo porque se masturba» y ella no tuvo ni la menor idea sobre lo que estaban hablando.

Vio una tras otra las escenas de su mamá en aquella crisis por la que estuvo encerrada en la casa más de un año y recordó el día en que, enseguida después de conocer a otro hombre, lo trajo intempestivamente a vivir con ellas. Y vio la soledad de su papá, que había ido de mujer en mujer hasta encontrar a Marisa, la actual, una intrusa que la había rechazado desde un principio. Por culpa de esa mujer ya ni siquiera podía pisar la casa de su padre.

Fue entonces cuando unos manifestantes la sacaron del agua y la dejaron recostada contra la baranda de un puente. Aunque apenas podía verlos y escucharlos, se dio cuenta de que trataban de ayudarla:

—Guarda, piba, los hijos de puta están tirando con balas de veras.

—Están cabreros porque vuelven los días felices.

Vio desde el piso las patas de los caballos y las banderas flotando en el río y escuchó los gritos de los uniformados y los golpes de los sables contra las carnes.

Al despertar se encontró en una camilla y la tranquilizó ver su mochila y un bollo con su ropa embarrada en el piso de la sala. Todo olía a formol, yodo y lavandina. Vio que el lugar en el que estaba se encontraba separado del resto del ambiente con una sábana. Del otro lado se escuchaban conversaciones, quejidos, sirenas y pasos que iban apurados de un lugar a otro.

Había también una radio a todo volumen y un locutor que hablaba a los gritos y decía que, en el Hotel Internacional de Ezeiza, Perón y la comitiva habían comido trucha del Garde con salsa neptuno y bebido vino Frascati.

Enseguida vino a verla una persona que llevaba puesto un delantal blanco. Era un hombre viejo, morocho, con unos rulos entrecanos sobre la frente y los ojos enrojecidos. Detrás de los lentes gruesos, sus ojos se veían agrandados.

Recién al verlo cruzar la cortina que la separaba de la sala se dio cuenta, avergonzada, de que estaba desnuda de la cintura para abajo y de que tenía un apósito entre las piernas.

Mariana se cubrió con la frazada hasta la boca y contestó con evasivas. El médico cerró la cortina, bajó la voz y le dijo que la policía pasaba a cada rato buscando contusos. Le explicó también que un oficial del ejército había revisado el cuaderno de guardia buscando datos de los heridos, especialmente de los más jóvenes:

—Pero quedate tranquila. No anotamos a ninguno ni vamos a delatar a nadie.

Después se le acercó, bajó aún más el tono de voz y le dijo que estaba cursando una infección porque le habían quedado restos de placenta. Y de inmediato le largó un discurso:

—¿Ustedes qué quieren hacer de sus vidas? En tu bolso vimos tus documentos, sos joven, vas a la universidad y sos una chica preciosa –dijo, y se detuvo un instante como para recobrar el aliento—: ¿Vos tenés conciencia de que estás arruinando tu cuerpo y tu cabeza y tal vez para toda la vida? Llegaste con 39 grados y no te dabas cuenta de que tenías fiebre. ¿Y sabés por qué no sentías la fiebre? No la sentías porque no tenés registro de lo que pasa en tu propio cuerpo.

Preocupado, pero sin alzar la voz, le preguntó cómo se le había ocurrido, con pérdidas, salir al frío y a la lluvia para recibir a un milico que en ese momento estaba comiendo en un hotel de cinco estrellas:

—Te trajeron en shock, deshidratada y sola. Por suerte la hemorragia nos dio una pista porque de lo contrario no hubiésemos tenido manera de saber qué te pasaba. Somos médicos, no adivinos. Pero cuando llega una mujer joven, sola y desmayada, está cantado que el tipo no va a aparecer y que vamos a tener que empezar a diagnosticar desde cero porque no va a haber alguien que nos informe qué le pasa.

Le explicó que le habían administrado los primeros auxilios y que se habían comunicado con un hospital de la capital. La iban a trasladar en una ambulancia de la salita. Agregó que se la estaba jugando, que en el hospital la atenderían como correspondía y que, sin preguntar su nombre, le harían un legrado en condiciones de asepsia.

Ya en el hospital, horas más tarde, le administraron suero y dijeron que debía quedarse 48 horas en observación.

Después de las penurias que había pasado en la marcha, el hospital le pareció el sitio más reconfortante del universo. Todas las camas estaban separadas por biombos y al entrar había visto que la mayoría de las internadas estaban embarazadas y que, las que no estaban panzonas, pertenecían a esa clase de mujeres que, según la definición del médico de la salita, siempre llegaban solas a la guardia.

Ya era la noche cuando llegó su papá y lo dejaron entrar por unos minutos. Le trajo ropa limpia, algo de comer, un termo con té con leche. Le dijo que el médico de guardia le había explicado que los restos de placenta se habían desprendido solos, con el tacto, y que ahora su hija se recuperaría rápidamente.

Mariana no veía el momento de estar bien, salir y averiguar qué había sido de Chacho. Lo había conocido en Villa Gesell, en un campamento organizado por el Frente Universitario para debatir sobre psicología y liberación. Ya en el micro a ella le había llamado la atención. La pasaron bien y todo había sucedido rápidamente: noches de fogón, tallarines con aceite y queso, limpiar cacharros con arena, encuentros nocturnos y furtivos cerca del mar, cumplir guardias imaginarias, tomar mate y discutir sobre la revolución.

Cuando salió del hospital descansó, y durante varios meses sufrió la misma pesadilla: estaba en una habitación vacía y escuchaba los timbres en la puerta pero no atendía porque pensaba que la casa estaba vacía y que en verdad ni siquiera ella estaba dentro.

En esos momentos de desconcierto, Mariana sentía que lo único recuperable, además de la militancia, había sido comenzar un trabajo social en el hospital psiquiátrico. Durante la semana se reunía con los compañeros del sindicato y al hospital iba dos o tres veces por semana, en particular los sábados, para participar en la Peña Martín Fierro.

Todo cambió un año más tarde, en junio de 1973. Se acercaba el segundo regreso de Perón y la organización le pidió que se concentrase en el psiquiátrico porque muchos internados tenían la ilusión de ir a Ezeiza a recibirlo. No iban a llevar personas que estuviesen en riesgo, pero sí pacientes medicados y bajo control, drogadependientes en abstinencia avanzada y a varios que por padecer retrasos mentales o por haber perdido contacto con sus familias se encontrasen recluidos de por vida.

La idea la entusiasmó y junto a sus compañeros consiguieron varias combis del sindicato. Con los médicos y los psicólogos del hospital eligieron a los pacientes, consultaron a las autoridades y a los médicos sobre sus historias clínicas y se pusieron de acuerdo sobre cómo protegerlos durante el viaje. Consiguieron dinero y compraron gaseosas, cigarrillos y prepararon una gran cantidad de sánguches.

Dos días antes de ir a Ezeiza fueron con Chacho a comer a la casa del padre de Mariana. Durante la cena, su papá la llenó de piropos, abrió una botella de champán y brindó por ella y por Chacho.

Chacho marchó con sus compañeros luciendo un brazalete de la Juventud Trabajadora Peronista, y Mariana, después de servir chocolate en la playa de estacionamiento del hospital, subió a una de las combis de madrugada junto a su padre, tres enfermeros y unos veinte pacientes. En principio, a su papá algunos pacientes le provocaron algo parecido al rechazo, especialmente Pandiayer, que insistía en querer besarlo.

A media mañana y dentro del tránsito pesado y jubiloso de la Riccheri, todo era felicidad, banderas, bombos y tamboriles. Mientras avanzaban por la autopista, ella veía un sol fervoroso y sintió que podía acariciar sus rayos uno por uno. Y de pronto su padre se levantó del asiento, la besó en la frente y le agradeció la invitación:

—Esto es histórico, hija, mirá si me lo perdía. Esto es Cuba, Marianita, el pueblo movilizado, los trabajadores en la calle. Y lo hicieron ustedes. Lo hizo la juventud y es por eso que hoy mismo me tengo que replantear el marxismo. Ustedes serán mis maestros. —Eso dijo su padre mientras miraba asombrado cómo pasaban las

interminables columnas de sindicatos, hospitales, pacientes, enfermeros, actores, escritores, trabajadoras sexuales y homosexuales.

En la radio de la combi un locutor decía que un millón de personas asistía al acto político más multitudinario de la historia argentina y su padre se abrazaba con los pacientes y hasta se dejaba besar por Pandiayer, que milagrosamente había dejado de babear y de preguntar dónde tenía que ir.

Mariana se miraba en el espejo retrovisor de la combi y en los vidrios de las ventanillas y se veía realmente linda con el pantalón lila ajustado, el suéter azul y las zapatillas blancas, impecables. Y se sentía feliz porque tenía a su padre, a Chacho, al primer trabajador y a Evita.

Pero de pronto empezaron a ver camiones, micros que se detenían y gente que volvía caminando. Mariana pensó que siempre había gente a contramano, o que tal vez ya había bajado el avión, porque los aviones se adelantan o se atrasan y creyó que seguramente ellos mismos, por culpa del tránsito, estaban llegando tarde.

No obstante, eran más los que volvían que los que iban y la radio de la combi dijo que el acto estaba suspendido, y al rato el mismo locutor explicaba que una provocación marxista estaba empañando la fiesta, y que se escuchaban fuertes tiroteos.

Mariana se preguntaba qué pasaría en Ezeiza y todos estaban deprimidos y Pandiayer insistía en preguntar ónde ía, ónde íamos todos ¿eh? ónde íamos y nadie le contestaba. Sólo el padre de Mariana, porque nuevamente había empezado a no poder soportarlo y entonces se atrevió a gritarle:

—¡A Ezeiza, Pandiayer! ¡Terminala, a Ezeiza íbamos!

Durante muchos días ella llamó a la casa de Chacho y siempre le cortaban. Hasta que por otros compañeros supo que en Ezeiza lo habían tenido secuestrado, lo habían torturado y por milagro no lo habían matado. La única vez que, por error, la madre atendió el teléfono le dijo que no llamase más, porque Chacho ya estaba bien pero que sin ella iba a estar mejor. Finalmente supo que sus padres lo habían puesto en un avión junto a su hermano mayor y que estaba viviendo en Roma.

Los tiempos que siguieron a la partida de Chacho fueron de angustia y cada vez que ella se deprimía le salían manchas rojas en las piernas y a veces en la cara. Estallaba de furia por cualquier cosa, sus reglas se hicieron irregulares y empezó a tocarse una dureza en un pecho.

Durante una consulta médica, en la que no dijo nada sobre sus abortos, la última frase del ginecólogo la hizo sentir peor de lo que estaba:

—Estos nódulos son benignos y van a desaparecer en cuanto des de mamar.

Pero en medio de aquel caos, siempre estaba la palabra justa de Vicky, que era «una militante en serio y que hacía rato que venía peleando con las armas en la mano», como decían en la orga. Vicky la cuidaba mientras sutilmente la reprimía:

—Pará, Marianita, mirá que la promiscuidad no tiene nada que ver con la revolución social ni con el peronismo, porque no somos curas pero tampoco somos libertinos.

LA SEÑORA DEL TRANVÍA

Aquel invierno empezó con un récord de frío. Don Santos, el encargado del edificio, al verme salir tan temprano, me advirtió:

—Se viene el agua, pibe. Esto va a ser la Siberia.

Atrás bajó mi hermana Isabel. Miró al encargado de costado y le habló enérgicamente:

—¿Tiene a mano una radiografía?

Don Santos le respondió con otra pregunta:

—¿Así que ahora sos doctora, Isabel?

—¿Oiga, qué dice? Es para abrir la puerta por si pierdo la llave. Acaban de decir por la radio que con una radiografía se puede abrir una puerta.

—No. No tengo, pero qué tal si primero perdés la llave y yo después busco y veo si te encuentro alguna radiografía vieja.

Isabel se cruzó de brazos y se quedó mirándolo, ofendida.

Isabel era a veces agradable, aunque no tan bonita como sus hermanas. Era, sin dudas, la más loca de todas y era también muy buena. Sólo había que seguirle el tren.

A decir verdad, locos éramos todos y como éramos descendientes de un loco comunista, habíamos hecho algo así como una Reforma Agraria de la locura y a cada uno le había tocado una fracción. No obstante, y como también sucede en algunas revoluciones, era evidente que Isabel se había convertido en terrateniente.

Dejé a mi hermana hablando con el portero y comencé mi búsqueda de un nuevo trabajo. Era un día glacial y no tenía ganas de andar por la calle cargando las bolsas del lavadero. Pero por suerte, a poco de andar, y en la puerta de una casa de la calle Humberto Primo, junto a la tienda de la pintora Minujin, encontré algo prometedor: «Se necesita aprendiz».

Golpeé la puerta y salió Osvaldo. Don Osvaldo, el quinielero del barrio, era también plomero y se hacía llamar ingeniero. Era un hombre flaco, tenía los ojos nublados y grises, fumaba como un escuerzo, caminaba doblado y a veces le decían Fáber. A pesar de su delgadez tenía una gran panza y la camisa le chorreaba del pantalón por los costados de los tiradores.

En nuestra primera salida me ordenó que llevase una caja de herramientas que pesaba más que cinco bolsas del lavadero juntas y fuimos a un edificio muy lindo en la calle Pasco, cerca de la confitería La Helvética. Subimos en ascensor y al tocar el timbre nos atendió una señora elegante que, antes de que entráramos, ya le hizo a Osvaldo

una pregunta:

—Y este chico… ¿qué hace?

—Es mi sobrino, doña. Le estoy enseñando el oficio.

—Ah. Usted debe saber que en nuestro país el trabajo infantil está prohibido.

La señora era alta y delgada, tenía ojos azules, estaba vestida de negro y llevaba una mariposa de brillantes a la altura del escote. Nos acompañó hasta el baño y empezó a dar algunas explicaciones sobre lo que había que hacer.

Osvaldo la interrumpió con suficiencia:

—Es el flotante, señora. Ya está.

Cuando estuvimos solos, Osvaldo sacó un destornillador y me dio la primera orden.

—Abrí la tapa.

Se sentó en el bidet, encendió un cigarrillo y se puso a acomodar una larga fila de números anotados en un papelito.

Enseguida vino la señora y al ver que yo estaba abriendo el depósito del baño se puso a gritar: «¡Los chicos no tienen que trabajar!» Y le ordenó a Osvaldo que apagara el cigarrillo y que siguiera con el trabajo él solo.

Me preguntó, enseguida, si había desayunado.

Sólo había tomado cascarilla y le confesé que no había comido nada y entonces suspiró, me miró con unos ojos largos, me llevó hasta el comedor y en un ratito me sirvió café con leche, tostadas, manteca y un frasco de dulce de leche.

A un costado, mientras comía, vi una foto de la señora cuando era joven y junto a ella a un hombre con uniforme, cara de enojado, manitos de gorrión y grandes bigotes.

—¿Su marido es militar? —le pregunté.

Me contestó que sí y aclaró que su marido ya había muerto.

—Mi papá también —le dije.

—¿También qué?

—También murió y también era militar

—No me digas, querido. ¿Y cómo se llamaba tu papi?

—Se llamaba Capitán Frontera.

La señora fue cambiando lentamente de cara hasta ponerse roja:

—¿José María? —preguntó.

Extrañado y con una tostada a medio tragar le dije que sí con la cabeza.

—Lo conocimos muy bien a tu papá, fue compañero de mi marido en el Colegio Militar

Apenas dicho eso me pidió el teléfono de casa y llamó. Habló con

mamá. Y después de un breve prólogo le dijo que ella era la viuda del coronel no sé cuánto, que los chicos no tenían que trabajar, que los comunistas eran una lacra mundial, que explotaban a sus propios hijos y que los mandaban a limpiar la mierda ajena.

Me pareció que mamá quería explicarle que ella no estaba al tanto de mis actividades laborales. No obstante, la mujer le cortó. Pero antes le gritó: «¡Ustedes son peor que Stalin!»

La señora, después, llamó a Osvaldo. No le pagó un centavo y le ordenó que me llevase derechito a mi casa si no quería que lo denuncie a la policía. Osvaldo, que había escuchado los gritos y parecía no perder nunca la calma, le habló entonces con un tono persuasivo:

—Señora, usted tuvo una pelea. Yo lo lamento… ¿Pero no quiere ponerle unos pesitos al 82?

—Váyase al carajo —dijo la señora.

Osvaldo me dejó en la esquina. Y de nuevo me encontré sin tener adónde ir. Si entraba a casa iba a tener que vérmelas con mamá, por bocón.

Llovía otra vez. Y entonces fui a la Plaza Martín Fierro a mirar «el árbol de la muerte», así llamaban mis amigos a un árbol de troncos retorcidos. En ese momento me di cuenta de que no tenía con quien hablar de las cosas que me pasaban.

Esa tarde no había nadie en la plaza ni en las calles y la lluvia era torrencial. Entonces decidí dejar el inventario de los fracasos familiares y, fracasado yo también, temblando de frío y esperando una paliza, volví a casa.

Pero apenas entré, en vez de pegarme mamá me sorprendió llenándome de besos:

—Acostate, tenés fiebre —me dijo. —Andá, nena —le dijo a Lalita —, y traéme «La señora del tranvía».

Dos años atrás Isabel había estado internada en el Tornú con tuberculosis. Los médicos dijeron que necesitaba un tapado y fue así que, por consejo de un astuto camillero, la familia recurrió a la Morgue Judicial donde consiguieron a precio vil el tapado de piel de una mujer que había muerto atropellada por un tranvía.

Mamá, como siempre que yo tenía fiebre, me tapó con «La señora del tranvía», trajo una aspirina disuelta en agua y azúcar y al escuchar el repique de la cucharita en el vaso me sentí mejor.

—No hablés de tu padre con cualquiera —me dijo—. Porque él hizo la guerra allá, pero nosotros la seguimos pagando acá.

PRIMEROS PASOS EN EL DESTIERRO

«Se acerca Dios en pilchas de loquero».

JACOBO FIJMAN

También a los manicomios llegaba la primavera. Las mismas gatas que poco tiempo atrás caminaban con la cola levantada, ahora cargaban a sus crías del pescuezo y las llevaban con pisadas de seda hasta la sombra de los paraísos que perfumaban los fondos del hospital. Había enfermos que dibujaban pájaros con cabezas humanas, otros que soñaban con tigres atacando estrellas de cinco puntas, y los psiconautas que mirábamos extasiados la belleza de los potreros.

En mis primeras salidas a los descampados, me asombraba al ver que los pacientes caminaban apurados y como si de verdad estuviesen yendo hacia alguna parte. Casi todos andaban en andrajos y muchos de ellos pedían moneditas en el hall de entrada.

Unas pocas mujeres, cada tanto, vagaban por la planta baja del hospital de varones; casi todas iban cubiertas con un batón, llevaban medias de nylon arremangadas como soquetes y a veces, las más jóvenes, no se daban cuenta cuando una hebra de sangre caía por sus piernas.

En las salas del fondo había mañanas en las que un gorrión entraba a una sala y los pacientes aplaudían y se partían de alegría cuando alguien le abría una ventana para que huyese.

Había también una sala a la que nunca íbamos, por el olor y por los pacientes semi desnudos que tenían los brazos flacos y apagados los ojos. Con Ricky recorríamos los descampados ayudando a los que no podían ir solos hasta el baño o escuchando a los que necesitaban hablar.

—Ves que no alcanza con estar vivo para no estar muerto —me dijo Ricky una mañana, mirando una sala a la que llamaban «la de los pacientes sin remisión».

Y una tarde, tomando mate, La Promesa me contó que en el invierno había encarado al doctor Fontana para reprocharle que en ese pabellón abandonado en medio de los potreros y con temperaturas bajo cero, los enfermos no tuviesen calefacción.

—¿Y sabes qué me dijo el hijo de puta? Me dijo que los psicóticos no sienten el frío.

Cada mañana, al salir con Ricky del pabellón, solíamos encontrarnos con D'Ambrosio, sentado en su cama, frente al tablero de

ajedrez en el que nunca le vimos mover una pieza.

Después estaba la cama de La Promesa, siempre bien tendida. Sobre la mesita de luz metálica, tenía una Biblia que nunca leía, un rosario de cuentas negras y una foto de Pancho Sierra.

La Promesa era muy antigua en la sala, a veces salía e iba a su casa y nadie sabía bien por qué se quedaba en el hospital si los médicos le habían dicho y repetido que podía irse cuando quisiera.

La Promesa siempre tenía plata, podía comprar sánguches y facturas y no necesitaba ir al comedor a buscar guiso o mate cocido y pan. Habitualmente se ofrecía para comprarnos comida. Nosotros no aceptábamos, pero sabíamos que en algún momento le íbamos a decir que sí.

Al final estaba la cama de Ferrarese, siempre vacía. Según Ricky, a Ferrarese le habían realizado una operación en la cabeza porque gritaba todo el tiempo y no dejaba dormir a nadie. Pero había sido peor el remedio que la enfermedad porque, después de operado, Ferrarese no podía cerrar el ojo derecho y el labio superior casi le tapaba la nariz.

Cada tanto un paciente salía del hospital y lo hacía desnudo, por la morgue, con una tarjetita con su nombre y número de documento atada en el pulgar de un pie. Y entonces, La Promesa iba a rezarle padrenuestros y avemarías para despedirlo:

—No sabés lo que hace la muerte con los locos, cómo los tranquiliza; el viejo Fernández estaba divino, parecía un pendejo —me dijo La Promesa una tarde.

A veces, para ir a buscar mate cocido a la cocina, salíamos al descampado muy temprano por la mañana y lo primero que veíamos era una torre humana en musculosa y pantalones cortos, boxeando, haciendo sombra, transpirando frente a un árbol.

—Es Pepe Garrobo, dicen que fue campeón sudamericano de los medio pesados o algo así —me dijo Ricky esa mañana.

No pude evitar mirarlo. No podía apartar la vista. Y entonces vino hacia mí, lentamente. Ricky me había dicho que era pacífico, pero igual me preocupé. De todas maneras le sonreí.

Garrobo, al llegar, bajó la guardia y me palmeó la mejilla:

—Vos sos nuevo, pibe —dijo.

Asentí con la cabeza y Garrobo siguió hablando:

—Te voy a enseñar algo, ¿sabés? La tristeza es como un hijo de puta de brazos largos. Y si la peleás de lejos, siempre te va a cagar a trompadas. ¿Y vos qué hacés? Vos te protegés. Te cubrís la cabeza, te le metés bien adentro y ahí, siempre bien pegadito a la tristeza, le metés el gancho abajo pa' sacarle piernas y después le mandás el upercat a la jeta. —¿Me entendés? —insistió—. Te dejo que tengo que entrenar —y le habló a Ricky—: Lindo pibe, che, llevalo el sábado a la

peña para que lo vean las minas.

Un atardecer, cuando caminábamos para sacarnos el frío, Ricky me llevó hasta los fondos del hospital, cerca del muro que da a las vías del ferrocarril. Y me mostró al hombre de las dos cabezas. Estaba sentado en el pasto, con la espalda apoyada contra los restos de una pared. Pero no eran dos cabezas, una de las dos era un inmenso tumor en el cuello y la otra parecía mirar hacia el cielo como pidiendo explicaciones.

Al regresar nos cruzamos con La Promesa y en la semioscuridad pude imaginar que eran sus ojos, negros y brillantes, los que le daban significado a toda su cara. Tenía el pelo enrulado y sonreía con una hilera de dientes blancos.

¿En qué andan hoy, siempre tratando de ayudar al pueblo? —dijo. Y empezó una charla con Ricky.

Como a mí ni siquiera me miraba, me alejé, pero no tanto como para no escucharlos.

—¿Ustedes son evangelistas? —preguntó La Promesa, riéndose.

—No, pero si tenés ganas podés venir a caminar con nosotros —dijo Ricky.

La Promesa soltó una risotada:

—Me encantaría predicar con ustedes. Yo siempre fui pescadora de hombres. Y ya me lo imagino, desnudos los tres, envueltos en una sábana y auxiliando almas por los pasillos.

Ricky enrojeció y miró hacia donde estaba yo; me alejé.

Al rato, Ricky, alterado, me alcanzó:

—No la aguanto. Dice cada pelotudez.

—¿Qué te dijo?

—Me dijo dame un beso, no seas maricón.

«ESPAÑA DE LA RABIA Y DE LA IDEA»

(ANTONIO MACHADO)

La guerra era un incendio permanente. Era un pueblo que enterraba en silencio a sus muertos mientras hacía la revolución, un pueblo que miraba hacia el cielo entre cuajos de sangre, caballos despanzurrados y montañas de mierda. La guerra eran las calles convertidas en el dormitorio de miles de personas y era un burro en medio del humo, saliendo con su dueño del metro de Cuatro Caminos. La guerra eran los zapatos y los pies arrancados de una mujer, su cuerpo volatilizado por una bomba de 500 kilos y un pájaro con las alas carbonizadas que huía a los saltitos, calle abajo, por la Gran Vía. La guerra era lo que hacía en la carne humana un pedazo de hierro del tamaño de un puño, y al que se le había dado una velocidad cercana a la del sonido. La guerra era esas nubes de moscas engordando con sangre humana.

En aquel diciembre de 1936 la guerra era una maquinaria y le cortaba las manos a quien quisiera interrumpirla. Se peleaba en el Puente de los Franceses y en el Parque de la Moncloa. El batallón de voluntarios norteamericanos Abraham Lincoln había contraatacado en el Jarama sin tener un solo sobreviviente y, en Carabanchel, un tabor marroquí había perforado las líneas y atacado casa por casa con bayoneta calada, espantando, matando, violando y mutilando civiles.

La guerra era lo que hacía en un cuerpo un pedazo de hierro del tamaño de un puño y al que se le había dado una velocidad cercana a la del sonido. La guerra era el lugar en el que morías y ni siquiera ponían un cartelito que dijese «Aquí morí» o «Este era yo». La guerra era imposible de embellecer y (más allá del heroísmo y la grandeza) la guerra era un cuento lleno de sonido y de furia y narrado por unos idiotas sin caricia materna y con un odio padre.

PERFILES DE GUERRA

VALENTÍN GONZÁLEZ «EL CAMPESINO»

Recién llegado al frente te habían ordenado que compartieses unos datos con Valentín González, «El campesino». Se decía que era sanguinario, que mataba por placer y que era el comunista más sádico e impiadoso. Para vos era un jefe que en un combate no lo habrías cambiado ni por diez generales argentinos.

Cada día el enemigo anunciaba que le había dado muerte.

Lo encontraste de madrugada, en una trinchera cercana al Cuartel de la Montaña y le dijiste que traías un sobre y que tenías unos comentarios del general José Miaja, quien estaba al mando de la Junta de Defensa.

Al verlo, no te encontraste con un súper hombre sino con aquel descrito por César Vallejo en su poema sobre Pedro Rojas. Para vos, El campesino «Era una persona que solía comer entre las criaturas de su carne y vivir en representación de todo el mundo».

Luego de saludarte se tiró sobre un escritorio y durmió unos minutos. Mientras roncaba, los dos soldados que lo protegían discutían. Uno decía que sin la ayuda rusa estarían perdidos y el otro le contestaba que cuando los rusos pudiesen arreglarse con la Alemania nazi, los abandonarían.

En media hora El campesino se levantó y charlaron sobre la conveniencia de concentrar a los milicianos nuevos en ciertos flancos donde el enemigo se encontraba más expuesto.

Finalmente mantuvieron un diálogo afectuoso y de muy pocas palabras:

—¿Eres militar de carrera?

—Sí, argentino y de infantería.

—Te cuento que yo no soy militar de carrera.

—Lo sé.

—Si me pongo todos estos chirimbolos es para defender a la República —dijo El Campesino antes de despedirte.

BUENAVENTURA DURRUTI «EL ANARQUISTA»

Días después de aquel encuentro, hubo una mañana de niebla y de pólvora en la que, luego de burlar a la guardia, apareció por el detall

de un centro de instrucción militar una mujer que dijo conocerte y pidió hablar con vos. Su nombre era Rosario Estrada y aunque nunca la habías visto, aceptaste la entrevista.

Una vez que estuvieron a solas se presentó y dijo que estaba ahí porque en la Federación Anarquista Ibérica tenían un buen concepto de tu persona y necesitaban pedirte un favor. Querían que secretamente y bajo tu sola responsabilidad, le entregases algo al líder anarquista Buenaventura Durruti.

La visitante dejó en claro que el paquete era peligroso y que debías mantenerlo en secreto, porque contenía narcóticos y cocaína para los combatientes heridos o moribundos.

Hasta ese momento tus sentimientos hacia Durruti eran contradictorios. Decían que había hecho matar a homosexuales «Aunque fuesen republicanos» y era famoso que en Fraga había mandado a fusilar a una treintena de propietarios entregando la tierra a los desposeídos. Estabas enterado, además, de que los campesinos no se habían atrevido a aceptar los campos porque les temían tanto a las represalias fascistas como a los comunistas que los castigarían por violar el orden revolucionario en caso de que ellos ocuparan las tierras.

Sin embargo, no podías dejar de apartar todas sus brutalidades y admirar el coraje de Durruti en el combate. Y una tarde, en un descuido del oficial soviético que acompañaba a Durruti a todas partes, conseguiste reunirte con él.

Lo encontraste defendido por unos catalanes que eran los hombres más fuertes que habías visto, anchos como roperos y con unas metralletas que parecían obuses.

Sucio, cansado y agitando su cabeza rapada, te recibió como si se conociesen de toda la vida.

—A mí no me engañas —dijo—, sólo de escucharte ya sé que eres militar de carrera y, si no uruguayo, argentino. Ya ves qué maravillosa es la utopía: he sido condenado a muerte en la Argentina por robar el Banco de la Provincia de Buenos Aires y por entregar el dinero a la causa. Allá me hubieses llevado a la cárcel, pero ahora viajamos en el mismo barco y remamos juntos en busca de un mundo sin jefes ni patrones.

Durruti murió días después, combatiendo en Ciudad Universitaria.

Sin embargo, una versión dijo que la bala había entrado por la espalda. Hubo honras multitudinarias y juramentos de venganza para más tarde, aunque nadie quiso averiguar nada.

ROSARIO ESTRADA: «NÉ PADRONA, NÉ

SCHIAVA»

El doctor Pablo Grimbaun fue tu amigo y tu terapeuta mientras duró la guerra, así como durante las dolorosas jornadas de tu regreso. Cuarenta años después compartió conmigo la mayor parte de lo que hoy sé sobre tu vida.

—Cuando Rosario Estrada salió de hablar con tu padre en el cuartel, él ya estaba enamorado de ella, aunque todavía no se había dado cuenta.

El Partido Comunista se empeñaba en combatir las libertades sexuales, a las que consideraba reivindicaciones burguesas. Sin embargo, la realidad era irrevocable: la mitad de las mujeres que se habían alistado en noviembre de 1936, estaban embarazadas a fines de febrero de 1937.

En una revista dedicada a la guerra civil, Grimbaun me mostró la foto en blanco y negro de una miliciana. Esa joven y hermosa mujer era Rosario Estrada. Llevaba puesto el mono de combate, tenía el pelo recogido y la frente alta, sus ojos enormes aparentaban ser claros y el fusil que sostenía parecía más grande que ella. ¿Sería Rosario Estrada ese fusil con ojos que describió Pablo Neruda?

Llevaba alzadas las solapas de su gabardina y una frazada sobre el hombro izquierdo. El pañuelo rojo y negro de los anarquistas rodeaba su cuello y tenía apretado en su puño izquierdo el birrete con las cinco estrellas. Usaba un cinturón militar con una gran hebilla y su pecho estaba cruzado por el correaje de las armas.

Rosario era una de aquellas mujeres que habían saltado desde la Edad Media a un tiempo que duró demasiado poco, en el que ninguna mujer sería considerada mercadería y en el que mujer y varón no serían ni opuestos ni complementarios sino una suma de reciprocidades.

Dice el epígrafe que la foto fue tomada después de uno de los más tremendos bombardeos aéreos sobre la ciudad, momentos antes del comienzo de un enorme acto unitario en Madrid. Y eran miles de republicanos. Cientos de miles reunidos cerca de «los coladores», las calles agujereadas que rodeaban el edificio de la telefónica. En el momento de la foto había llegado esa columna anarquista.

Y se veían tremendos.

Un Goya.

Pero ahora, papá, yo no puedo dejar de preguntarme: ¿Logró esta joven de la foto la dedicación que no consiguieron ni mamá ni mis hermanos? ¿Fue importante en tu vida o fue solo la unión de dos seres desesperados en una ciudad sitiada? No sé si puedo querer a Rosario Estrada, pero algo no puedo ocultar: si la conociera hoy, si la viera así, tal como era en la foto, me acercaría y le rogaría que nunca se lave la

cara porque el mundo se vería más triste sin el color de sus ojos.

LA BESTIA DEBE MORIR

Me crié en la calle cuando los chicos de la calle no existían. Con mi madre y mis hermanos pasamos hambre cuando Buenos Aires era el cuerno de la abundancia.

Así como a los otros chicos les decían que no callejearan, a mí prácticamente me echaban a la calle. Y fue una suerte porque no tardé en descubrir que en Lavalle o en Corrientes, desde la Avenida 9 de Julio hasta el Bajo, había comida para todos y ni siquiera tenía que pagarla.

Llegar al centro era tan fácil que no entendía qué necesidad tenían algunas personas de pagar el viaje: no había nada más sencillo que colarse en el subte. Pero, además, las mujeres y los hombres de entonces no eran capaces de pensar que un chico que dijese que había perdido la plata del colectivo estuviese mintiendo. Yo pedía monedas y todos me daban. Y ante alguna duda o desconfianza, los adultos, en voz baja, solían repetir una frase que estaba prohibida: «En la Argentina de Perón los únicos privilegiados son los niños».

Era común que las personas, después de consumir en las confiterías y los restaurantes, dejasen en las mesas de la vereda medialunas, gaseosas, quesos, papas fritas, fiambres y todo lo que en casa faltaba. A la salida de los cines de la calle Lavalle las pizzerías estaban atiborradas de gente y si me quedaba con hambre iba al mostrador de cualquier pizzería y pedía una porción de muzzarella con fainá. Cuando el tipo me reclamaba el ticket, ponía cara de piedra y le reprochaba: «¿Cuántas veces quiere que se lo dé?». Y entre los presentes nunca faltaba alguien que, al escuchar la discusión, se plantase ante el pizzero: «Dele lo que pidió, mire si el chico va a andar mintiendo. Los niños no mienten».

Al cumplir diez años y cuando escuché que la educación era «regular», decidí abandonar nuevamente la escuela. Por esa época, el cine ya me había penetrado hasta los ganglios y había suplantado con creces a la escuela, porque apenas se apagaba la luz todas las utopías se encendían en mi cabeza. Mi bastión educativo era el Supremo, el cine más barato de Villa Urquiza y un verdadero santuario del séptimo arte. Daban tres películas en continuado y si bien era cierto que se llovía, el inconveniente se compensaba porque dejaban entrar con paraguas.

Los martes y miércoles que eran Día de Damas, íbamos con mamá, mis hermanas y sus novios y veíamos tres películas. Éramos tantos que llegábamos a ocupar más de una fila.

A mamá le gustaba el cine argentino, adoraba a Tita Merello y a Hugo del Carril. Recuerdo una vez que dieron *Por quién doblan las campanas* y algunas de mis hermanas eran un mar de lágrimas y otras hablaban de «una atorranta que tuvo amoríos con papá en la guerra de España». Afuera hacía frío y llovía y Esther, la voluntariosa, la única que amaba a papá, iba a comprar pizza porque a ella se la dejaban entrar.

Al principio, en el cine había ratas y cuando alguna pasaba corriendo delante del reflector, su sombra aparecía gigantesca en la pantalla o pasaba como un rayo oscuro por las paredes. Después pusieron gatos y las ratas se fueron, pero los gatos resultaron peores porque eran mimosos y tenían la costumbre de saltar sobre la falda en medio de la oscuridad y en las películas de terror.

El techo del Supremo era corredizo. En las tardes de verano lo abrían lentamente y alternábamos la película mirando el cielo y aspirando los jardines floridos de las casas vecinas. Y así, desde muy chico y en un ambiente romántico, iba aprendiendo todo lo que la escuela no podía enseñarme.

En el cine aprendí a decir *Ti voglio bene* como Marcello Mastroianni, *Leticiá* como Alain Delon o *Shut up* como Kirk Douglas. Yo galanteaba a las chicas del barrio con frases de película. Una señorita casi diez años mayor que yo, llamada Hilda, me partió la boca cuando siendo yo un perdulario de 12 años, la miré a los ojos y le dije que amar era no tener nunca que pedir perdón.

En el cine aprendí también a besar: igual que Cary Grant, las tomaba de los hombros con las dos manos, las besaba en la boca y finalmente, con delicadeza, las hacía girar y les daba una palmadita en la espalda para que se fueran. Igual que Chaplin, las besaba y fingía que me mareaba. Pero además había inventado algo muy eficaz: primero las besaba y, al retirarme, lentamente, les acariciaba la nariz con mi nariz. Lo cierto es que al llegar a los 14 años ya tenía inventariados y concretados más de veinte variantes de besos cinematográficos.

Mi socio ideal era Góngora, el pibe de la carbonería, el mejor mentiroso del barrio. Con él nunca pagábamos la entrada porque inventaba toda clase de trucos para colarnos. Gongorita vivía tan hambriento como yo, siempre andaba con un ojo negro y con moretones en todo el cuerpo. El padre era un villano que lo golpeaba y explotaba haciéndole cargar grandes bolsas de carbón. Pero él tenía una gran frase con la cual yo siempre me identificaba: «Si tu propio padre no te quiere, quién carajo te va a querer». En mi recuerdo, Gongorita es lo más cercano a Oliver Twist que puedo imaginar.

A veces, en la oscuridad del cine, los espectadores se agarraban a piñas o chiflaban. Y entonces se encendía la luz y por un parlante

instalado sobre el escenario, el dueño de la sala, desde un micrófono que tenía en la boletería, nos chillaba con su vozarrón diciendo que iba a llamar a la policía. Y fue gracias a ese sistema que algunos privilegiados resultamos testigos del momento más fabuloso vivido en una sala del cine mundial. Estaban pasando *Casablanca* cuando uno le encajó una trompada al acomodador que tuvo el coraje de pedirle una moneda por el programa. Las luces se encendieron, la película siguió sin sonido y cuando Ingrid Bergman estaba por decirle a Humphrey Bogart «El mundo se derrumba y nosotros nos enamoramos», Ingrid Bergman, en cambio, pegó un tremendo grito con voz de varón: «¡El patrullero de la 37 está llegando!» «¡Quédense donde están porque van todos en cana!»

Recién cuando crecí, luego de muchos años, me di cuenta de que una película vista varias veces había marcado mi vida. Era *La Bestia debe morir*, y si bien en el Supremo no se escuchaba un carajo y a veces había que adivinar lo que decían los actores, estaba claro que La Bestia era Guillermo Bataglia.

Ese actor se parecía a mi papá tal como yo lo imaginaba: era alto, fornido, se dejaba el bigote y también, como Guillermo Bataglia, mi papá tenía el pelo negro y peinado para atrás.

El caso era que la Bestia de la película era una porquería de tipo. Todos los otros actores discutían con él y en mi casa decían que eso era lo mismo que había hecho mi padre al volver de la guerra: discutir con toda la familia.

Pero la bestia finalmente moría. Y Nathan Pinzón, con esa cara de degenerado que tenía, decía una frase que yo no dejaba de imaginar en la boca de alguna de mis hermanas: «Al final, murió como una rata.»

Yo deseaba que muriesen Drácula, Frankenstein, King Kong y Guillermo Bataglia. Pero lo extraño era que cuando morían o los mataban, sentía una tristeza cuyo origen no lograba entender.

Muchos años después me di cuenta de que yo amaba a todos los fantasmas y a todas las bestias porque todos los fantasmas y todas las bestias eran mi padre.

«EL DÍA QUE ME QUIERAS NO HABRÁ QUIEN SEA MÁS RICO QUE YO»

(ALFREDO LEPERA)

En la primera parte del sueño estaba el Campo de Concentración Mental, donde multitudes enteras eran inmovilizadas sin barrotes ni celdas. Alcanzaba con fijarle una palabra en la mente y la persona, desde esa palabra, podía sumergirse y viajar por su interior eternamente. Sin embargo, salir era imposible. Al intentarlo chocaba contra la palabra fijada en el plano más cotidiano de la conciencia. Existía, además, otra posibilidad aunque muy peligrosa: uno se hundía en sí mismo, y si al salir regresaba por otro camino que no fuese el de la ida, podía salir en otra persona. Porque en el Campo de Concentración Mental, todas las mentes eran una sola, la misma.

Encerrado en mí mismo, bajo el efecto del suero contra las emociones, descendía hasta un lugar en el que me rodeaban seres luminosos que acariciaban con sólo mirar y a los que, para verlos, tenía que aspirarlos, como si fuesen flores. A veces me sacaban la palabra que me impedía salir y al emerger estaban Ricky y La Promesa sentados en mi cama con el mate, las galletitas y el dulce de membrillo y pidiendo que les contase mis sueños que los hacían reír.

Una vez les conté: había soñado que los niños, al caminar, hacían una música. Y mientras bostezaba, a punto de volver a sumergirme en mi cabeza, les pedí que si algún chico llegaba de visita al hospital me sacasen del encierro para poder escucharlo.

Después de dos o tres mates, y otra vez entre sueños, una mañana escuché que La Promesa le decía a Ricky que no me hiciera caso, que yo estaba muy medicado:

—Él habla así, como cae la lluvia —dijo La Promesa.

—Le gustan mucho los chicos —dijo Ricky.

—Qué le van a gustar, lo que pasa es que lo calientan las madres.

Pero lo peor de todos aquellos días era que nos habían quitado los relojes y los del hospital no funcionaban. Todos los despertares eran iguales y ninguno de nosotros podía recordar qué había pasado el día anterior.

Para los que ya estábamos menos anestesiados, el sábado era el día más lento porque no había médicos, salvo por algún que otro practicante de guardia. Tampoco chocábamos en los pasillos con los visitadores médicos, siempre apurados, recorriendo el hospital y

repartiendo pastillas de colores para el dolor de vivir.

Los sábados todo quedaba despoblado, estaba cerrado el bar y en el caso de tener dinero ni siquiera podíamos comprar una tortita negra. Deambulábamos pidiéndonos cigarrillos entre nosotros y convirtiéndonos rápidamente en linyeras.

Lo peor sucedía cuando La Promesa se iba el fin de semana porque entonces Ricky y yo perdíamos a nuestra proveedora. En esos sábados los pacientes se robaban unos a otros y, salvo que fuese comida y se consumiese en el acto, los ladrones no tardaban en ser descubiertos porque se exponían ante la vista del otro con el pantalón o la camisa que recién habían robado.

Daba ternura ver a uno que te sonría mientras tenía puesta tu ropa y fumaba tus cigarrillos.

Los nuevos podíamos rendirnos ante la pobreza, pero los antiguos apelaban a los más extraños recursos. En los fondos del inframundo había un grupo de cirujas que fumaba «la botella de humo». Y se decía que cuando tenían cigarrillos, soplaban el humo dentro de la botella y enseguida la tapaban. Después, cuando no tenían para fumar, la destapaban y se turnaban para chupar el humo desde el pico.

—Nos internan para que nos maten los recuerdos y el aburrimiento —decía Ricky aquel sábado, cuando de a poco yo iba recordando mi vida anterior, las escenas de un divorcio, las muertes de la familia, la desaparición de personas amadas, mis autolesiones y la persecución de la Triple A.

Luego de algunos meses de internación, el pasado se iba alejando y había empezado a suceder algo que me alentaba. Todos los sábados, y a veces también durante la semana, pasaba por el hall de entrada una mujer. Era un poco mayor que una adolescente y apenas menor que una adulta. Era una piba. Y era muy linda. Su cara conservaba la frescura de una infancia recién abandonada pero, al mismo tiempo, entre las cejas, tenía una brevísima arruga prematura, señal de que su belleza era humana y vulnerable a las preocupaciones.

A veces, al verla, me parecía que inclinaba levemente la cabeza para mirarme. Yo estaba enamorado de esa breve mirada. Era un nuevo delirio, pero al menos no era un delirio psiquiátrico.

Hasta que un sábado tuve este diálogo con Ricky:

—¿Vos sos mi amigo?

—Sí, claro.

—Si sos mi amigo, acompañame a la peña.

—¿Y para qué?

—Porque va una piba.

—Un montón van.

—La que yo digo es distinta.

—¿Y por qué es distinta?

—Porque es una linda rara.

—¿Rara?

—Sí, es una linda a la que no le importa ser linda.

—¿Y con eso qué?

—Que la quiero. Que estoy enamorado.

Ricky movió apenas los labios con una sonrisa de Buda que estaba lejos de la alegría y que incluso parecía estar lejos de su propia cara.

—¿Y vos cómo sabés que la querés?

—Porque cada vez que la veo me tiemblan las puntas de los dedos.

—¿Estás tomando el Akineton?

—El Akineton no tiene nada que ver, no seas boludo.

—Es muy loco lo tuyo.

—No sé. Pero cada vez que ella pasa escucho que Gardel canta «El día que me quieras».

—¿No habrá una radio encendida?

—No, acompañame, dale.

—Y si te da bola, qué carajo vas a hacer.

—Quererla.

—¿Y si con la medicación no podés?

—Pará, Ricky, estoy hablando de amor no de sexo.

—No. Es un mambo. Ir a la peña. Linda rara. Amor sin sexo. ¿No querés más a tu ex mujer?

—¿Qué te importa? ¿Me acompañás o no?

—No voy porque va a haber quilombo. Somos sapos de otro pozo. Los de la peña se disfrazan de pobres los fines de semana y después vienen al hospital con ideas delirantes.

—¿Qué ideas?

—¿No sabías que hablan de hacer una psiquiatría peronista? ¿Te imaginás una terapia con López Rega y Firmenich?

Después de varios rodeos llegamos finalmente a la peña Martín Fierro.

En uno de los potreros del fondo, por donde no solían transitar los pacientes ni el personal, se había reunido un grupo de personas. Sobre el pasto había un tocadiscos apagado, libros, discos, manteles, volantes y servilletas de papel. A pocos pasos dos perros vagabundos reclamaban las últimas migas de un bizcochuelo.

Los que cebaban mate eran jóvenes, casi todos estaban sentados, vestían jeans de marca, zapatillas y camperas de abrigo.

Los internados eran muchos más y en general se encontraban de pie. Usaban pantalones de verano, los dedos de sus manos estaban quemados por la nicotina y los pocos que tenían zapatos no tenían medias, y los que no tenían zapatos ni medias estaban en ojotas o

descalzos.

Pero más que en la ropa la diferencia estaba en los cuerpos: a los internados les temblaban las manos, tenían dificultades para mover el cuello, caminaban con el torso tieso y para mirar hacia atrás o para un costado tenían que girar todo el cuerpo.

Ariel, el que hablaba, era uno de los fundadores de la peña y todos lo escuchaban con atención. Estaba sentado en posición de Buda y era rubio y alto. Detrás de los anteojos se veían sus ojos celestes. Tenía puesto un pulóver negro con cuello alto, llevaba una barba incipiente y se expresaba con firmeza. Era tan flaco y tan largo y tenía tantos rulos que visto de lejos parecía un brócoli:

—¿Qué quiero decir? Quiero decir que estar internado es lo mismo que estar preso y que la maquinaria funciona más o menos así: cuando los familiares no concuerdan y ya no saben qué hacer con el tipo que ellos mismos enloquecieron, llaman a la policía de la mente, que es la psiquiatría. Hasta ahí —decía Ariel— es la etapa de la denuncia. Pero a partir de ese momento se va desarrollando la internación que es igual que el arresto y que supuestamente es transitoria.

Ariel miraba a los presentes uno por uno y parecía darse cuenta de que estaban de acuerdo con sus palabras y que, aun en el caso de no entender sus ideas, era evidente que sentían afecto y admiración por él.

El arresto o internación, decía Ariel, es igual a lo que la policía llama «averiguación de antecedentes». Durante un tiempo te hacen preguntas y te investigan y tratan de encontrar las pruebas de que estás loco. Y como siempre las encuentran o las inventan, llega la reclusión por tiempo indeterminado. Pero lo concreto es que a partir de la internación vos no jodés más ni se te ve por la calle ni en ningún lado. Porque resulta que te tragó el hospital.

Un paciente, que tenía puesta una musculosa y un pantalón que se le caía porque los cinturones estaban prohibidos, nos vio de lejos.

—Vienen Ricky y el amigo —dijo.

—¿Ónde ía ió? —preguntó Pandiayer.

—Paremoslá, compañeros, hagamos silencio, está hablando Ariel que se mandó una pila de kilómetros para venir a darnos la charla —dijo Aldo que se veía preocupado y chistaba para que los que hablaban se callasen. También llevaba buzo escote en ve y camisa blanca debajo.

—¿Ustedes saben que si pagan el alquiler no los internan? —dijo Chacaymanta. Su ropa estaba en andrajos, tenía los pies desnudos y rasguñados.

Ariel le hizo a Aldo un gesto con la mano indicando que no importaba, que dejase hablar a los pacientes.

—Esto es lo que debemos entender —decía Ariel—. La internación

es como ir en cana…«¿Si sos inocente, por qué estás preso?», va a decirte el policía. «¿Y si no estás loco, por qué estás internado?», te va a decir el psiquiatra.

Garrobo lucía imponente y a pesar del frío estaba en musculosa, pantalón de baño y ojotas. Sacudía la cabeza hacia los costados, con movimientos cortos, esquivando golpes y tenía una barba de varios días.

—Perdone, señorita, pero ¿cómo se dice? ¿televisión o maquinaria…? —le preguntó Garrobo a una de las chicas de la peña, que no supo qué contestarle.

En ese momento pasamos con Ricky entre algunos pacientes y entramos al grupo. Pero nos cortó el paso un viejo al que llamaban El Predicador:

—Cristo era rubio, hermanos, pero supo ser negro cuando fue necesario —dijo, y se quedó mirando unos pájaros oscuros que volaban en círculos, muy alto en el cielo.

De pronto estuvimos frente a frente. Ella y yo. Y sentí miedo y alegría al mismo tiempo. Todavía no sabía que se llamaba Mariana y vi que de cerca era aún más linda. Sentí que me ahogaba en sus ojos. Quise decirle «te quiero» pero me pareció demasiado.

Después de aquel encuentro pasaron días y pasaron meses. Los días pasaban y caían como pacíficas ovejas rodando en un desfiladero. Ya no me importaba el alta definitiva. Qué importancia podía tener si las cosas eran como decía Ricky: «¿Para qué vas a salir si no tenés a dónde ir?». En el hospital me autorizaron salidas los fines de semana y cuando las tomaba iba algunos sábados a buscar a Natalia, aunque muchas veces los familiares de mi ex mujer no me la dejaban ver porque decían que yo estaba enfermo. A Natalia se le habían caído dos dientes de leche y dijeron que no me darían ninguno porque yo estaba loco.

El otoño avanzaba rápido, pero al mismo tiempo seguía atesorando lo mejor del verano. Y aquella tarde, a pesar del frío de horas antes, el buen tiempo se había estacionado sobre la ciudad. Los juegos de la pequeña plaza de Palermo estaban rodeados de paraísos, el camino se había alfombrado con flores azules y crujían bajo mis zapatillas las vainas secas de los algarrobos. Frente al tobogán había dos sauces recién plantados que ya tenían sus primeros brotes y contra una pared de la confitería de la pista de práctica del Automóvil Club, debajo de un balcón, florecían copones de hortensias.

No podía sentir nada importante porque el chaleco químico me había anestesiado y por momentos me quedaba mirando fijamente un bolso que había dejado contra un árbol, con ropa de Natalia, manzanas, galletitas, pan para los patos y una botella de agua mineral. Yo había adquirido la costumbre de fijar mi atención en cualquier

objeto material para aferrarme al mundo sólido y evitar que mi mente se derramase.

Natalia estaba vestida con un enterito gris, zapatillas blancas, una camisa azul y un pulóver celeste con una flor roja a la altura del corazón.

—Dale, pa, hamacá. Fumás y fumás y no hamacás.

Estaba solo con Natalia. Y Natalia estaba sola conmigo. Y apenas llegaba al parque yo padecía una idea que, según el doctor Fontana, debía «arrancar de mi cabeza». Y el tipo me lo decía como si esa idea fuese algo que yo pudiera poner y sacar de mi cabeza como si nada, así como se pone y se saca algo del cajón de una cómoda.

Mi obsesión consistía en pensar que Natalia, su mamá y yo habíamos sido las tres rectas de un triángulo. Pero el triángulo se había roto y yo no conseguía ser uno en donde debíamos ser dos y en donde alguna vez habíamos sido tres.

De pronto, a unos cien metros, la vi venir hacia donde estábamos nosotros. Tenía puesto un jean, una musculosa azul, zapatillas y una campera blanca atada a la cintura. ¿Era posible? ¿Tan grande era la ciudad y tenía que encontrar a Mariana en medio de la plaza más oculta de Buenos Aires?

Se sentó a pocos metros de nosotros y debió haber escuchado que Natalia reía y pedía que no la hamacara tan fuerte. Y fue recién entonces cuando empezó a reconocerme. Me miró, dijo ¡ay! Y se llevó las manos a la frente. Sonrió asustada:

—No te conocí.

Sin esperar una respuesta, miró a Natalia y volvió a hablarme:

—¿Qué hacés? ¿No estabas en el hospital?

Se me debe haber pasado rápido el asombro porque le contesté enseguida:

—Sí, pero tengo permiso por el fin de semana y ella es Natalia, mi hija.

Al rato, y sentados a la sombra de un árbol fui respondiendo todas las preguntas que me hacía sobre la internación. Lo que no le quise decir, aunque me lo preguntara, fue cómo y por qué había sido internado.

Hablamos sobre mi pase al hospital de día y sobre mi nueva vida durante los fines de semana.

—Cerraron la peña Martín Fierro, la acusaron de subversiva. ¿Sabías?

—Sí, ya lo sé.

Al rato me preguntó si tenía algún plan para cuando me dieran el alta. Y entonces le conté que tenía unos pequeños ahorros de la época en la que trabajaba y que tenía pensado hacer algo así como una

militancia. Qué bien, dijo. Y enseguida me hizo dos preguntas más: ¿Estás en algún partido…? ¿Tenés un sindicato? Le contesté que no, que ya no tenía nada de eso. Pero enseguida agregué que quería estar mejor y que pensaba que trabajar como voluntario en una guardería infantil que había en el psiquiátrico de mujeres era algo que seguramente me haría bien.

Después de un breve silencio pasó a la desilusión:

—¿Vos no creés que la militancia es algo más profundo y arriesgado que hacer caridad burguesa en la guardería de un psiquiátrico? ¿Y no pensás que ya tenés una hija propia para cuidar?

Después de eso me quedé callado porque me pareció que estaba enojada y al rato, para romper el silencio, le conté que mis dos mejores amigos, Ricky y La Promesa, habían formado una pareja y que estaban muy felices con eso. Trataba de decir cosas interesantes pero ella parecía escucharlas como si fuesen absurdas.

Tal vez, lo que yo decía no le importaba.

—No parecés un tipo que está internado… —dijo de pronto.

—Ni el más loco de todos los locos es loco las 24 horas del día.

Ella se puso roja, sonrió, me dijo que estudiaba psicología y me aclaró que, en verdad, lo que había querido decir era que en ningún momento me había visto el aspecto deteriorado de un enfermo crónico.

—Vos debés estar superando algo transitorio, una mala etapa, una separación, un duelo, algo así. ¿O me equivoco?

No supe qué contestar. Por momentos me daba la impresión de que sentía piedad por Natalia y por mí y que quería protegernos. Pero al rato parecía que, en verdad, lo que tenía eran ganas de castigarme por exponer a mi hija con mi compañía.

Hablábamos entrecortados mientras Natalia corría por el parque y a veces se acercaba para mirarnos y hacerle preguntas que la ponían en apuros. Mi hija tenía cinco años, veía televisión, habitaba un mundo que ella desconocía y a todas sus preguntas le contestaba que no: no iba a la peluquería, no tenía zapatos con plataforma, no usaba cremas para la cara, no se pintaba las uñas y nunca había usado hot pants.

Pero sucedió algo y por primera vez en la vida se encontró hamacando a una nena y riendo al atajarla en el tobogán.

Natalia dijo que quería hacer pis y Mariana la llevó al baño de la confitería. Cuando volvían vi que le secaba las manos y charlaban. Y me sentí casi feliz. Pero tan casi feliz como hacía mucho que no me sentía. Y entonces pensé que, tal vez, para ser felices, los humanos necesitábamos ser dos y dividirnos por tres.

Me ofreció un cigarrillo y cuando me dio fuego nuestras manos se rozaron, me dio electricidad y tuve miedo de que vinieran los temblores que me daban cuando pensaba en el sexo. Me sentí perdido. No pude recordar de qué estaba hablando y maldije los psicofármacos que lentificaban mi memoria. Miré mis manos temblorosas y me pregunté por qué los momentos felices tenían que ser tan tristes. Y fue entonces cuando me acarició la mejilla. Hacía meses que no me tocaba una mujer. Y menos la mujer con la que yo había estado soñando durante mucho tiempo. Hizo una sonrisa triste:

—Es patético —me dijo— muy melodramático todo lo que te pasa.

—Y sí —le contesté— hay quienes dicen que el inconsciente funciona como un melodrama.

Nos quedamos callados. Y entonces Natalia pasó corriendo delante de nosotros y se detuvo frente a ella:

—¿Vos mirás el teleteatro? —le preguntó.

Entonces Mariana se rió y creo que fue la primera vez que la vi reír.

—No, Natalia, yo no miro el teleteatro. Pero me lo cuenta tu papá.

—Ah —dijo Natalia y se fue corriendo como había llegado.

Luego me pidió que le indicase dónde podía tomar un colectivo.

La acompañamos hasta la parada del 37 y se despidió sin dejarme ningún dato sobre cómo hacer para volver a encontrarla.

«MÁLAGA SIN PADRE NI MADRE…»

(CÉSAR VALLEJO)

En los primeros días de enero de 1937 viajaste a Málaga en una camioneta equipada para montaña. Subieron por los desfiladeros de la Sierra Gorda y Federico Valladares, tu compañero, condujo entre precipicios y echando putas contra el motor que parecía desvanecerse en cada curva. Federico era un hombre amable, sereno y aún siendo del PC era todo lo contrario de un fanático. Alto, robusto y de mirada firme, le gustaba hablar pero también escuchar.

Se habían alojado en una casa conseguida por el Partido Comunista: era un chalet de piedra alejado de la ciudad donde padecían hambre y frío. La zona estaba poblada de limonares y se encontraba bajo un cielo que intentabas descifrar noche a noche mientras extrañabas la Cruz del Sur.

El coronel que te había despedido había dicho que viajabas en calidad de observador militar, que tu labor se limitaría a brindar los datos técnicos que te fueran solicitados, que no debías entrar en combate y que tenías que regresar a Madrid o a Valencia antes del 30 de enero.

El coronel te había dicho también que existían condiciones para resistir una ofensiva fascista pero que las fuerzas no alcanzaban como para rechazarla.

Una madrugada tuvieron noticias telegráficas sobre fuertes tiroteos en diversas zonas de Málaga y Antequera. Pensaron que se trataría de encuentros aislados entre las vanguardias, pero de todas formas decidieron con Federico trasladarse hasta la costa.

Al bajar a una playa cercana, una mitad del cielo estaba oscura mientras que en la otra mitad ya había clareado. El rocío, al evaporarse, se había llevado los restos de una media luna que un instante atrás brillaba a la altura del horizonte.

Con un largavista alcanzaste a divisar, entre la bruma del Mediterráneo, tres grandes barcos y varios pequeños. Segundos más tarde, el cañoneo empezó a barrer la costa y ya no tuviste dudas de que se había iniciado la ofensiva, porque el tiempo era bueno, las playas no tenían ondulaciones y el fuego ni siquiera se dirigía hacia las débiles defensas republicanas sino hacia toda la ciudad.

Pensaste en ir a entrevistarte con los mandos pero escuchaste el alarido de un proyectil y apenas echaste cuerpo a tierra sentiste

náuseas, tragaste arena, los estampidos se volvieron secos y lejanos y perdiste el conocimiento.

Aturdido, recordaste tus caminatas por la ciudad: las iglesias carbonizadas por anarquistas y comunistas, el mar de los trirremes y de Ulises, los fusilamientos públicos ordenados por tribunales supuestamente populares, el rumor transparente del agua en las fuentes, los mendigos que se desesperaban por mostrar sus muñones, los rastros de la Roma imperial en algunos edificios y una mujer en andrajos que, al verte de uniforme, te gritó en la cara que tu guerra era una mierda.

Federico ayudó a que te pusieras de pie porque el dolor te paralizaba la pierna hasta la ingle. Tenías un pequeño corte en la sien izquierda y tu pie derecho chapaleaba dentro de una bota llena de sangre. Federico dijo que iría a buscar ayuda, que te dejaría a resguardo y que regresaría lo antes posible para que revisaran tu tobillo. Te dejó en la entrada de un castillo. A duras penas cruzaste unos arcos en herradura y enseguida encontraste donde sentarte. Era una mañana gris y viste una escuadrilla de bombarderos alemanes apenas protegidos por cazas que volaban despreocupados y brillantes como en un desfile.

El sol estaba alto cuando llegó un automóvil y, enviados por Federico, bajaron dos milicianos y un joven oficial. Te llevaron rápidamente a una salita cercana en donde unos enfermeros dijeron que había una fractura expuesta. Te abrieron el tobillo sin anestesia, te vendaron y te dieron muletas. Al salir de la enfermería viste un pequeño cartel en la puerta que decía «Sálvese quien pueda».

Por algo que pareció un formulismo, el joven oficial que te había llevado te preguntó qué pensabas. Te imagino desesperado por el dolor, parado en una pierna, diciendo que sí, que era la ofensiva, que de los barcos que estaban frente a la costa tres eran cruceros y que los aviones enemigos, después de arrasar la ciudad, irían sobre las líneas hasta que finalmente llegaran los tanques y la infantería italiana.

Subieron al auto, te recostaste en el asiento trasero, te ofrecieron whisky que no aceptaste y el joven oficial te hizo una última pregunta:

—Perdone la curiosidad, pero ¿no tiene usted en su país fascistas propios con los que lidiar?

Momentos después, te ayudaron a descender del vehículo en un lugar llamado la Roca del Diablo, a 1500 metros de altura, en un paso que se desprendía de la Sierra Nevada y en donde la República había instalado su principal puesto de observación. En ese lugar te presentaron al nuevo jefe, un coronel al que veías por primera vez y que jamás había mostrado interés en hablar con vos.

Sólo habías cambiado unas pocas palabras con el jefe cuando llegó un miliciano y los interrumpió:

—Camarada coronel —le dijo el miliciano al jefe— le espera míster inglés.

—Dile que no estamos como para reportajes y que se marche urgente si quiere salvar el culo.

—Por la exclusiva responsabilidad de ese periodista gilipollas la República se ha quedado sin inteligencia en el campo fascista —te dijo el coronel.

Resulta que el tal Arthur Koestler le había hecho un reportaje al jefe de los fascistas y publicó cuáles eran sus fuerzas. Ellos reaccionaron sacando a todos los periodistas del frente

A pesar de lo dicho, el miliciano no se retiró.

—¿Qué esperas? —dijo el jefe.

—Es que el inglés dice que no puede huir porque habrá una masacre y debe denunciarla.

El jefe te explicó que ya era tarde para planificar la retirada, que todos los civiles iban a quedar rodeados.

—Y todo esto porque hemos tenido que pelear más contra el infantilismo de los anarquistas y de los trotskistas que contra los mismos fascistas —dijo.

El jefe te miró, dijo que también vos debías marcharte, que necesitabas mejor atención médica y que era una orden.

Al llegar Federico, descendieron cuidadosamente hasta la camioneta ayudados por el miliciano.

Por el camino se encontraron con un hombre preocupado y prolijo: tenía pelo y ojos castaños, vestía una camisa celeste, corbata escocesa gris y campera azul. Ese hombre que nunca habías visto era Arthur Koestler.

Después de los saludos, el escritor te explicó que en realidad era húngaro aunque todos en España insistían en decir que era inglés.

La voz de Koestler te pareció una melodía desesperanzada:

—Aquí van a masacrar a una multitud de personas que tratarán de huir por la carretera de Almería. Será la peor matanza de inocentes que habrá visto Europa, si hasta los mismos aviadores fascistas llegaron a preguntarle a sus jefes, en tres oportunidades, por qué tendrán que bombardear a los que huyan si no serán combatientes sino civiles, mujeres, niños, ancianos y pordioseros.

Luego se despidieron, subieron a la camioneta, te recostaste en el asiento trasero y, mientras Federico arrancaba la camioneta, bajaste la ventanilla y mantuviste un breve diálogo con el miliciano:

—¿Llevas una pala? —le preguntaste.

—¿Para qué? —te preguntó extrañado.

—Vienen tanques y tropas motorizadas y habrá que cavar trincheras —le dijiste.

El miliciano te respondió con una sonrisa falsa y no ocultó su

molestia:

—¿Una pala? Mire, mayor, los anarquistas a la guerra vamos a pelear, no a trabajar.

SUSY, LA REINA DE LA NOCHE

Se acarician se besan se desnudan
Se perforan se incrustan se atornillan
Se desgarran se muerden se asesinan…

OLIVERIO GIRONDO («Los amantes»)

Muchas veces vi a Susy llorar con su hijito en brazos, y también pude ver cómo se entregaba al código ético de los samuráis abriéndose el vientre con un sable corto en *Madama Butterfly*. Y en *La Bohème* escuché a un filósofo llamado Colline que con lágrimas en los ojos empeñaba su único abrigo, la vecchia zimarra, para abrigar a Susy moribunda y en la miseria. Yo tenía unos 10 años y mi hermana, la cantante, la que me amó con más desesperación, solía llevarme al Teatro Colón para sacarme de la calle. Ella me recostaba entre dos butacas, ponía su cartera debajo de mi cabeza y pedía que la esperase mientras ensayaba en el escenario. Cuando Susy cantaba, el universo amanecía siempre de mi lado y, si el lenguaje del mar termina en el delfín, el canto de la tierra siempre terminaba en la voz de mi hermana.

Alguien escribió que el pasado es un país extranjero donde las cosas son de otra manera y otro escribió que el pasado no existe y que ni siquiera pasó. Yo viajo en el asiento trasero de un micro de larga distancia, sólo veo lo que ya pasó y enfermo de recuerdos y palabras. Siento con estupor que mi historia se va convirtiendo en algo parecido a la ficción.

Dice la familia que mi hermana me hacía dormir con la canción de cuna de Brahms, con la «Fa la nana bambino», o con «O mio babbino caro», el aria de Puccini. Susy era la segunda de diez hermanos y siempre quiso ser mi madre y hasta llegó a disputarle con vehemencia ese lugar a mi madre verdadera. Fue Susy quien, sin querer, me enseñó lo que es comer con amargura, cada vez que me traía comida y me decía que no convidase a nadie y que nadie debía pedirme porque nadie necesitaba alimentarse tanto como yo.

Todo empezó en una familia sin padre, un mediodía, en el jardín de una casa de Villa Urquiza y en el momento en que una chiquilina que tenía una amorosa relación con los pájaros salió al patio florido de la casa y se puso a cantar. Y su madre y sus hermanas corrieron a escucharla sin atreverse a interrumpirla hasta que calló, y la madre le preguntó qué era eso que estaba cantando y ella le contestó que era

«La reina de la noche», de Mozart, el Aria 14 de *La flauta mágica*, que siempre pasaban en un programa de radio. Según pude conocer mucho después, se trata de una pieza que requiere una soprano capaz de alcanzar un sobreagudo majestuoso.

Susy cantaba y hacía cantar al canario que había en casa. Todo esto sucedía cuando el mundo no podía saber que Noam Chomsky alguna vez plantearía los universales lingüísticos donde señala que el lenguaje y la música podrían tener como fundamento procesos biológicos comunes a muchas especies. ¿Y si antes de hablar los humanos hubiesen cantado?

Confundidas por el hallazgo, mamá y las hermanas la llevaron a la Iglesia del Carmen, allí donde los vecinos las llamaban «Las comunistas del Sagrado Corazón» y un sacerdote la reclutó, con reticencias, para el coro infantil. Un mes después, Susy cantó como solista el Ave María de Bach-Gounod durante una misa y fue todo tan delicado que los creyentes habrán sentido que la música era una forma de redención, la única manera no química de llegar hasta los últimos territorios del ser.

Detrás de la niña cantante, en un vitraux se veía a Jesús, un niño perfecto, discutiendo en la sinagoga con los sabios y ancianos rabinos de grandes barbas que escuchaban asombrados los conocimientos de aquella criatura. Sólo el cura Bernardo tuvo que arruinar la situación al comentar en voz baja lo que mamá sin embargo escuchó: «Esta chica es una perla en un chiquero, pero con esta familia va a terminar cantando tangos en un boliche del Bajo».

Después vinieron las radios, las presentaciones por monedas, los representantes de clubes y grabadoras, los periodistas exagerados que la escuchaban y hablaban de Claudia Muzio y de Lili Pons y en eso estaban todos cuando de pronto Susy se calló y la esperanza de la familia se apagó.

—No canto más hasta que no me llamen del Teatro Colón —dijo.

Y en su voluntad llegó al delirio de no ir al colegio para no escuchar la palabra Colón en la clase de historia. Hasta que hubo una presentación y el Máximo Coliseo Argentino le abrió sus puertas. Pero ya no se trataba solamente de cantar. Además de suerte era necesaria una estricta disciplina, entender composición, conocer teoría musical y actuación, ir a muchas audiciones, tener capacidad física para resistir los constantes ensayos, soportar viajes, actuaciones nocturnas y aguantar presiones políticas.

El Colón ha estado habitado, desde siempre, por personas que creen que quienes no saben cómo servir una centolla o no toman champán francés, no están a la altura del teatro. Y lo más interesante es que sólo ellos pueden escuchar en el gran escenario la música de Schubert que podía idear y componer una obra entera en su cabeza antes de

escribirla en el papel, pero que siempre vivió en la miseria, pasando hambre, y que murió a los 31 años destruido por la sífilis. Los asiduos al Colón se sienten dueños de Beethoven, quien creció en la indigencia, acosado por dolores corporales y que absolutamente sordo compuso la sonata número 32, que es la cima de sus creaciones para piano.

Y fue así que Susy se encontró en medio del falso enfrentamiento entre «alta cultura» y «cultura popular», porque ella llegó al Colón durante los dos primeros gobiernos de Perón. El presidente desafió a los espectadores históricos y llevó al teatro a un público obrero, convocó al escenario al Coro de la CGT, a los Hermanos Ábalos y a Aníbal Troilo. Pero el sacudón más fuerte llegó cuando el Colón puso en escena *El conventillo de la paloma* de Alberto Vacarezza y Perón dijo públicamente: «Para los pitucos eso habrá sido una profanación, pero para los del conventillo los agraviados fueron ellos». Ahora pienso que los chistes de Perón tenían la misma esencia cachadora de los de Jorge Luis Borges.

Tiempo después, cuando las autoridades y la raza aria del teatro supieron que el padre de Susy había sido un militar marxista, y que su madre y sus hermanas habían sido «admiradoras y amigas de Evita», empezaron con el boicot. Pero, no obstante, dos célebres representantes de la ópera y del Colón salieron de inmediato en defensa de Susy: Athos Palma, compositor, filósofo y médico exigió un lugar para ella en el Teatro Colón y en el Argentino de La Plata. Y Renato Césari, el gran barítono argentino, tomó una de sus manos entre las de él y le dijo una frase que ella nunca olvidó: «Susy, pequeña, ni en sueños voy a soltar tu mano».

Susy, de a poco, se iba convirtiendo en diva y en prima donna.

Fue entonces cuando conoció a Alfredo, un joven deportista, ambicioso y adelantado estudiante de derecho. Se enamoraron. También la carrera de él iba en ascenso al haber ingresado como correo diplomático en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Alfredo viajaba por el mundo y Susy era cada vez más una cantante del Colón. Pero con Alfredo se extrañaban mutuamente y empezaron las escenas y las escenitas y así como la ópera se nutre de historias de amor, celos y pasiones desgraciadas, sucedió que ellos dos empezaron a trasladarlas a la vida cotidiana.

Hasta que una noche decidieron separarse y fue una pesadilla porque si ellos sólo podían ser a través de la mirada del otro, cuando el otro no lo miraba el no mirado se disolvía. Los dos empezaron a sufrir y Susy empezó a faltar a sus obligaciones con el teatro. Susy, fuera de sí, más que poseer a Alfredo parecía querer ser poseída por él. No soportaba un minuto sin verlo. Hasta que con las hermanas y en un arranque perturbador para mediados de los años 60, se hizo sacar

una foto en blanco y negro que alguna vez pude ver: está de pie, desnuda, deslumbrante y con una gran rosa que le cubre el pubis. Dicen que Alfredo llevaba siempre esa foto en la billetera.

La relación se reanudó y dio curso a la llegada de eso que William Shakespeare en Otelo llamó «los celos, el monstruo de ojos verdes». Y ahora me pregunto siempre lo mismo: si no era amor, qué era lo que sostenía la solidez de aquella pareja.

Un día le pregunté a Lalita por qué Susy y Alfredo se golpeaban y vivían peleando y ella me contestó con una simple frase que recién ahora entiendo:

—Si alguien se siente indigno de recibir amor y desconfía, es porque nunca lo ha recibido y porque siente que ha sido malquerido.

Todo se complicó cuando Susy quedó embarazada y empezó a faltar al teatro y a comprar escarpines, tejer gorritas y destejer pulóveres para tejer saquitos. Cantaba las mismas canciones de cuna que me había cantado a mí. Y las peleas y los escándalos seguían. Tal vez alzaba sus ojos a Dios pero el cielo, como un espejo, sólo le devolvía su propia imagen desolada. Hasta que una noche sufrió un aborto espontáneo. Alfredo la llevó al hospital en medio de un baño de sangre y Susy perdió el embarazo. Volvió a casa. Pero a las pocas horas con fiebre la llevaron de vuelta a cirugía porque habían quedado restos y debieron hacerle un legrado.

Meses después se casaron y Alfredo puso una cláusula de hierro: Susy no cantaría más, dejaría la ópera y el mundo nocturno del teatro. Ya nadie escucharía las pocas grabaciones que había hecho. Y de su maravillosa voz no quedaría ni la sombra.

Recién casados viajaron a España, al consulado argentino en Vigo, Galicia. Allí, Susy nunca salía de la oficina diplomática. Alfredo le había pedido que no cantara porque cuando la escuchaba, él no podía contener las lágrimas y la culpa. En una recepción ella le dijo a alguien que en una época había sido cantante. Y entonces le pidieron que cantara. Tuvieron que rogarle. Al final aceptó y cantó «El amor es un pájaro rebelde», la habanera de la ópera *Carmen*. Su voz había madurado y seguía siendo maravillosa. Pero ella tenía miedo. Sentía que cometía una traición. Le había jurado a Alfredo por Dios que no volvería a cantar. Y esa noche Alfredo discutió, rompió la libreta de casamiento y la golpeó, una vez más.

Susy lloró durante varias horas sin levantarse de la cama. Cuando se levantó tenía un ennegrecimiento en una de sus piernas y, a la semana, ya era una llaga. Fueron al médico, quien diagnosticó una neurodermitis melánica, una enfermedad atópica: insólita y absurda. Susy sentía que su piel estaba maldita como la piel de las momias. Sufría la misma enfermedad misteriosa que lastimó a Ezequiel

Martínez Estrada, una dolencia tan brutal y llena de odio que nada podía atenuarla, hasta que el escritor se vio curado milagrosamente en 1955, cuando un golpe cívico-militar volteó el gobierno de Perón.

Susy y su marido viajaron a Chile, donde las relaciones diplomáticas eran complicadas, peligrosas y se parecían al espionaje. La piel de Susy se fue endureciendo, ella no salía a las calles de Valparaíso y Alfredo, con una úlcera sangrante, fue internado. Susy fue a verlo al hospital y cuando entró en la Terapia Intensiva, tuvo un ataque de celos y atacó a la enfermera que lo bañaba. Alfredo murió en el quirófano. Ella volvió a Buenos Aires, las llagas la cubrían de los pies hasta los muslos. Compró canarios. Cada vez que cantaba ellos también lo hacían. Y así quedó para siempre. En soledad, cantando y rodeada de gorjeos.

Cuando la recuerdo, ahora, suelo soñar con una noche de verano. Estamos todos en el patio de la casa de Villa Urquiza. Alfredo muy joven y mamá y mis hermanas le piden a Susy que cante. Y ella canta «O mio babbino caro» y me mira solamente a mí porque yo soy su bebé. Cuando termina de cantar, Alfredo, con los ojos húmedos, le dice «por qué, Susy, por qué todos ustedes son tan trágicos». Susy, después, nos mira a todos, uno por uno y le contesta a Alfredo: «Y… con la situación que soportamos qué otra cosa podemos ser».

Hoy, tantos años después, me pregunto: ¿Éramos pobres? Y en verdad no lo sé. Pero lo que sí sé es que cada vez que paso por Villa Urquiza recuerdo una canción que cantábamos los chicos del barrio y que en los años 60 conocían los niños de toda América latina:

«El burrito del teniente lleva carga y no la siente».

HERMANO DE LOS SUEÑOS

De todos los chimentos que circulaban por la casa, había uno que me invadía continuamente y en especial por las noches. Era como un sonámbulo que se metía en mi cama y no sabía si ahorcarlo o dejarlo dormir a mi lado.

Mis hermanas, cada tanto, insistían en decir que «en España» o «por ahí» o «vaya una a saber dónde» teníamos «un medio hermano» y que su madre era «una escritora argentina que había ido a la guerra con papá». La mujer se llamaba María Luisa Carnelli y era bastante conocida como escritora y autora de tangos. Mi hermana Isabel decía que papá tenía un hijo con otra mujer que no era mamá. Mi hermano Martín decía que mi papá había amado más al otro hijo porque cuando el otro nació yo todavía era un bebé. Mamá decía que lo más probable era que el otro hijo no fuese hijo de papá. Lalita decía que yo era hijo de papá y de mamá y que se dejasen de joder con eso. Lola decía que la madre de mi otro hermano no era mi mamá y que la otra madre era una guerrillera y una atorranta. Más que tu hermana tu madre verdadera soy yo, decía mi hermana Susy, la cantante.

Yo prefería no preguntar pero andaba por las calles del barrio pensando en dónde habría quedado esa mitad y cómo podría encontrarlo si tal vez vivía en España, que era un país lejísimo. Consideraba, sobre todo, si aun en caso de encontrarlo, podríamos vagar juntos, con las manos en los hombros y si podríamos querernos como hermanos enteros. ¿También él tendría lastimados los pies por jugar a la pelota descalzo por falta de zapatillas? ¿Andaría él también a los golpes y sin saber por qué con todos los chicos de su barrio? ¿También sobre él dirían las vecinas que era un perdulario pero que tenía corazón?

Cuando le pregunté a Fanny Edelman, la dirigente comunista, me acarició la cabeza como siempre, me miró con una media sonrisa y me dijo que eso del medio hermano no le parecía posible. Pero ante la insistencia me puso en contacto con un matrimonio amigo de mi padre.

El economista y escritor Víctor Sommi había sido dirigente de la Internacional Comunista, había publicado más de veinte libros sobre los capitales extranjeros en la Argentina, y había estado varias veces preso por sus ideas marxistas. Lila Guerrero, su mujer, era poeta y traductora de Máximo Gorki y de Vladimiro Mayakovsky.

Era un matrimonio grande, habían estado con papá en la Guerra de España y, la primera vez que llegué a verlos en su departamento de la

avenida Santa Fe, me recibieron como a un hijo. Aunque en mi caso debería decir: mejor que a un hijo. Me llenaron de caricias y de comida. Lila, con un gesto asombrado, me abrazó largo rato y no soltaba mi mano que mantenía entre las suyas: «La última vez que te vi eras un bebé y estabas en el patio de tu casa, en Villa Urquiza, en brazos de José Pedroni». Yo por entonces ni siquiera había oído nombrar a Pedroni.

Lila había sido bellísima, lo era todavía, tenía un abundante pelo de color caoba, ojos grandes y azules y una cara pequeña y perfecta. Y una tarde, con un lenguaje sensual, me contó cómo había conocido a Volodia Mayakovsky durante un recital en Moscú.

—Eran tiempos de Stalin, yo era una chiquilina apasionada y audaz. Él decía sus poemas en un acto ante un gran público. Y de pronto se interrumpió y gritó uno de sus versos más potentes: «¡Silencio oradores…! ¡Ahora tiene la palabra el camarada Máuser!». Y entonces subí al escenario, me acerqué, lo miré a los ojos y una frase me brotó espontáneamente: «Yo creía que usted era un gigante, pero veo que tiene los ojos de un náufrago»

Los encuentros con ellos eran escenográficamente iguales, pero los diálogos resultaban siempre distintos. Me recibía Sommi, me abrazaba, preguntaba si había comido, íbamos a su escritorio y frente a una biblioteca desprolija me hablaba de mi padre. Al rato me explicaba que tenía que escribir y me llevaba a la habitación de Lila, que estaba recostada.

Lila padecía problemas respiratorios y decía que los fríos de Rusia la habían maltratado. Al verme en la puerta de la habitación me llamaba con una mano y cuando me inclinaba sobre ella me besaba varias veces en la frente y en las mejillas. Y después me regañaba: ¡Qué flaco estás, hoy no te vas a ir sin comer todo lo que te sirva! Finalmente tomaba una de mis manos entre las de ella y me hablaba largamente sin sacar sus ojos de los míos.

Alrededor de su cama, entre las sábanas y hasta debajo de la almohada, había libros de poesía. Lo primero que me regaló fue un libro de ella —*Mis devociones*— y en la dedicatoria me llamó «hijo querido» y debajo de su firma escribió: «Lila, la nube con faldas», emulando «La nube en pantalones» de Mayakovsky.

Yo era un adolescente, estaba con las hormonas de punta y, como dicen en el boxeo, las historias de Lila me pegaban debajo del cinturón: «Los rusos somos muy apasionados y en un parque llamado Bosque Plateado las parejas nos besamos bajo las grandes nevadas. Y en otro parque, el Sokólniki, cuando llegan las noches de primavera, hacemos el amor cubiertos por los abedules y recitando a Pushkin».

La narración de su encuentro con el poeta Nazin Hikmet una noche de verano en Estambul, a la luz de la luna, en la hamaca colgante de

un patio árabe, alcanzaba una temperatura erótica tan feroz que yo no veía la hora de llegar a mi casa y esconderme en algún lugar para aliviar mi testosterona. En verdad no lo vivía con culpa y cumplía con el bálsamo como si fuese un antibiótico: una vez cada ocho horas.

Aquel era un mundo sorprendente: Lila amaba a Víctor Sommi por sobre todas las personas, pero también había amado a Mayakovsky, a Lila Brick, amante de Mayakovsky, y a Ossip Brick, esposo de Lila Brick. Y Lila Brick, que según Pablo Neruda era «La musa de las vanguardias», había amado a Mayakovsky, a su propio marido, Ossip Brick, a Serguei Eisenstein, a Marc Chagall y al poeta Nazin Hikmet. Ese turco era el que más ligaba.

Una noche, al irme, me animé y les dije el nombre de la mujer que según mis hermanas era la madre de mi medio hermano. Lila y Luis consideraron absurda la posibilidad de que esa mujer hubiese tenido un hijo con mi padre. Pero de todas maneras, consiguieron su número de teléfono y me pidieron que por favor no le dijera a nadie que ellos me lo habían dado, porque esa señora era trotskista y estaba enfrentada con ellos. Para los comunistas el trotskismo era «la enfermedad infantil del comunismo» y eso siempre me hacía pensar en la varicela.

Otras personas me contaban que la supuesta madre de mi medio hermano había nacido en una familia rica de la Provincia de Buenos Aires y, siendo una adolescente hermosa, había escapado de la casa paterna para dedicarse a escribir tangos lunfardos.

O sea que la madre de mi supuesto medio hermano era autora de tangos y milongas compuestas por Julio de Caro y algunas cantadas por Carlos Gardel. Había sido, también, una amiga demasiado cercana del «Malevo Muñoz», personaje del que yo no tenía información alguna.

Una semana después de haber hablado por teléfono, María Luisa y yo estuvimos sentados frente a frente y en el sitio que ella había elegido. El lugar era el boliche «La Parra» de Venezuela y Lima, en Monserrat, donde decían que había funcionado «La jabonería de Vieytes», residencia colonial en la que los patriotas de Mayo conspiraban contra España.

Una enredadera de jazmín del país perfumaba el patio y una tupida parra, con uvas de sol y uvas de sombra, cubría las antiguas mesas de madera en las que los pudientes de saco y corbata tomaban cerveza y comían milanesas cortadas, mientras los otros bebían vino grueso o grapa y no comían nada. Los de la grapa eran viejitos silenciosos y flacos que usaban tiradores, llevaban un escarbadientes entre los dientes y estaban tan cansados que ni siquiera usaban palabras para pedir otra vuelta: les alcanzaba con mirar lánguidamente al mozo y golpear la mesa con la copita.

«La Amante de tu padre» era una señora físicamente magra, tenía ojos claros y pelo entrecano, corto y revuelto. Era menuda y tendría unos sesenta años. Guardaba rastros de una belleza inquietante en su rostro y en su cuerpo. Pero la furia revolucionaria era la que ocupaba el mayor espacio de su cara. Varios comunistas me dijeron, después, que la furia era otro típico rasgo de los trotskistas.

A poco de presentarnos y de contarle que escribía poesías, María Luisa me hizo un discurso inesperado.

—Tu padre era un militar del pueblo —dijo, y subió el tono de voz —. Estuve a su lado en el Cerro del Águila, cuando descifrábamos la conducción de los tanques soviéticos, recién llegados al frente. Tu viejo había subido al cerro varias veces con el capitán Domingo Díaz, un valiente que antes de la guerra había sido panadero. En la trepada les tiraban con todo. Hasta que unos moros con berretines de antitanquistas se les vinieron encima con racimos de bombas. Y entonces tu viejo le apuntó al medio del pecho al que venía adelante y disparó. Una mitad del tipo fue con Mahoma y la otra mitad fue con Alá. Y entonces los otros moros huyeron.

Luego de ese recuerdo, se la agarró contra mí: ¿Y con esta historia que acabo de darte, vos qué vas a hacer? ¿Vas a escribir versitos? ¿Vas a pasear haciéndote el lindo por la calle Florida? ¡Y pensar que a tu edad León Trotsky ponía bombas debajo de los trenes zaristas!

María Luisa, para hablar, abría bien la boca y parecía que usaba las palabras para despedazar al que las escuchaba: hasta tuve la impresión de que ella hacía con las palabras lo mismo que mi padre y el panadero Díaz habían hecho con el moro demediado. Pero de todas maneras, mientras ella hablaba encolerizada, una brisa cálida arrancaba jazmines y arrojaba diminutos pétalos sobre las mesas.

Después de tomar las dos copas de grapa Valleviejo que me invitó, ya bastante mareado y luego de mucho pensar, elegí esta frase:

—Mire, María Luisa, usted tiene un hijo. Y su hijo nació cuando usted había vuelto de España. ¿Eso fue casualidad? ¿O, como dicen en mi casa, tiene usted la mitad de un medio hermano mío, muy querido por mí?

Hice la pregunta, bebí otro sorbo de Valleviejo con jazmines y me quedé en silencio, mirando fijamente la copita vacía y evitando la mirada de la señora.

Entonces ella se quedó callada y sentí que de pronto estaba retirando los regimientos de la mesa. Me miró y, como llegando desde algún lugar lejano de sus grandes ojos celestes, en su mirada se asomó una mamá.

«La Amante de tu padre» me acarició la mano con un solo dedo, pero enseguida se arrepintió, lo sacó y habló intrigada:

—Pibe, ¿sabés que sos un personaje? Pero no te dejés embrocar. Yo

quise mucho a tu viejo, pero estábamos en la guerra y no tuvimos ningún hijo. No seas pendejo, no dejés que te vendan un radioteatro berreta. Mejor tomemos otras cañitas. Yo te invito.

Con las nuevas copitas yo ya estaba pensando que en la Guerra Civil Española, tal como la imaginaba en ese instante, las personas primero se mataban a tiros y los que sobrevivían se iban a dormir mezclados en la oscuridad de las trincheras.

Y de pronto María Luisa pasó a contarme sobre el Frente de Madrid y sobre las orgías sexuales de los antepasados ranqueles de mi padre en Leubucó y me habló de sus grandes encuentros amistosos con Carlos Gardel y de su hermosa relación con el fotógrafo Robert Capa en España. Habló también de sus primeros tangos y del rechazo que sufría en los círculos literarios por ser «una rea», por ser trotskista y por haber sido ruda con los hombres a los que abandonaba cuando ellos creían poseerla.

La acompañé hasta el colectivo y cuando se iba la abracé para no caerme. Sin soltarla, le pregunté si también ella estaba borracha. Sonrió y con el mismo dedo que había tocado mi mano me acarició varias veces la nariz, me besó en la frente y me susurró al oído: «No, pibe, lo que pasa es que me tenés borracha desde que te vi».

VICKY, TU CONCIENCIA POLÍTICA

Consigna republicana: «Si ganamos, qué importa morir y si perdemos, qué importa vivir».

Ese domingo el timbre la despertó temprano y fue tan estridente que Mariana lo sintió sonando adentro suyo. Envuelta en una sábana, se levantó confundida y abrió sin preguntar quién era. Con la beba en un brazo y un bolso enorme en el otro estaba Vicky, menuda y fuerte.

En principio fue como una aparición en sueños, pero enseguida recordó el tiempo en el que vivieron juntas durante los últimos meses de su embarazo. Mariana se vio junto a ella y su panza, las dos sentadas en la misma silla, en la cocina y al calor de la hornalla encendida. En esa época, por una cuestión de seguridad y cuando ella recibía visitas o tenía reuniones, Vicky se encerraba en el dormitorio para que no la vieran. Y sus visitantes, todos compañeros de militancia, escuchaban pasos en la habitación cerrada y se burlaban: «¿Che, Marianita, a quién tenés guardado, a Firmenich?».

Vicky le dijo que había aprovechado el sol para salir con la nena y visitarla. Y enseguida, casi de memoria, fueron a sentarse en la mesa Van Gogh que pintaron juntas de un color amarillo algo sombrío.

Vicky puso a la nena sobre la mesa, en el bebesit, y le pidió que encendiese la estufa para secar unos pañales mojados que traía envueltos en una bolsa de nylon.

Durante un largo rato se quedaron mirando las monerías de Evita, que balbuceaba como queriendo decir algo. Estaba con unos calcetines rosas y con las piernas desnudas, le habían puesto aritos de perlas y tenía los mismos ojos encendidos de Vicky. Mariana se quedó absorta, mirándola, pensando en que nunca había visto una criatura tan hermosa. Y entonces se acordó de mí. En ese momento Vicky le preguntó si la nena estaba linda.

—Es más que hermosa. Y además tiene como un olorcito…

Vicky levantó las cejas y frunció la nariz con una media sonrisa

—Olorcito a qué.

—Como a yogurt.

—No, Negrita, soy yo. Es mi leche.

Y rieron las dos.

Después de varios sorbos de café, Mariana terminó de despertar y le preguntó si se sabía algo.

Vicky le dijo que no, que todo estaba igual. Que ni ella misma veía a su papá y que los servicios lo buscaban para fusilarlo donde lo

encontrasen.

—¿Pero esto no se puede denunciar? —balbuceó Mariana, como un chico que tiene una caja de caramelos y elige el que menos le gusta.

—¿Pero qué decís, Marianita? Denunciar es algo del pasado. Ahora la justicia la hacemos nosotros o no la hace nadie.

—Sí, es verdad. Sólo que me da miedo por la nena.

Vicky la miró con la mirada decidida y enojada que ella le conocía de las asambleas y las marchas.

Pero enseguida te acarició una mano y se lamentó:

—A mí también me da miedo… ¿Qué te creés? La enana es todo.

Hizo una pausa y volvió a hablar con energía:

—Pero estoy convencida de que sin justicia la vida ya no es posible en la Argentina. Esto no da para más.

Entonces Mariana recordó algo que había escuchado en Radio Colonia, aunque no le dijo nada. Ariel Delgado había relatado que una mujer «joven, delgada y bonita» había enfrentado a una patrulla policial en el Gran Buenos Aires y que había herido gravemente a dos suboficiales al cubrir con un FAL la retirada de sus compañeros.

—No podemos rendirnos ni pedir justicia. Con ellos la palabra no funciona. Pensando en la nena es que sigo. Porque si bajamos las armas, nos van a pasar por arriba.

Evita había empezado a frotarse los ojos, como si el tono de la conversación le hubiese dado sueño. Y entonces Vicky la llevó a la otra habitación, le cantó y la hizo dormir. Mariana se dio cuenta, mirándolas, que esa era también la casa de ellas, porque esa había sido su habitación durante el embarazo y porque sentía que Vicky era su hermana. Pero, además, creía que era su conciencia política, la que ella misma admitía no tener en claro.

Cuando Vicky volvió, había preparado el mate y charlaron sobre la época en la que trabajaban en la misma empresa y rieron durante un largo rato.

Ya estaba el mate lavado cuando la nena empezó a llorar y fueron a buscarla.

—Hubiera querido darle la teta durante más tiempo —le dijo Vicky mientras la levantaba y le hacía mimos—. Pero bueno, tuve que interrumpirlo y empezar a sacarme leche con una pezonera.

Mariana fue a la cocina, encendió el fuego para la leche de una mamadera y volvió a pensar en mí. Al volver a la habitación, advirtió que Vicky era una madre amorosa y experta y que se movía con naturalidad entre pañales, mamaderas y talcos.

—Negrita, cómo te conozco. Te veo pensativa y me doy cuenta. Vos conociste a alguien —le dijo, de golpe.

Mariana se quedó fría. Vicky conocía hasta sus mínimos detalles.

—No quiero hablar de eso ahora. Sí, conocí a alguien pero que es

un alguien que tiene toda una historia.

—Y bueno, todos tenemos historia. No nos hacen en Somisa.

Mariana cambió de tema, le mencionó que conocía una plaza muy linda en Palermo.

—¿No querés que vayamos con Evita?

—Me gustaría. Pero no puedo. Tengo reunión en un rato —se lamentó.

—Si querés, puedo cuidarla, y hasta la puedo llevar a la placita.

Pero su tono de voz delató la inseguridad con la que había pronunciado cada palabra.

—No… La llevo conmigo. Pero te quería decir algo, qué se yo… Nosotras nos conocemos, ¿cuánto hace?

—Y, ¿serán siete años ya?

De golpe, los gestos de Vicky se fueron endureciendo.

—Bueno, Mariana. No me hago la solemne. Vos me conocés. Quiero decirte que estoy preocupada, muy preocupada.

Mariana no quiso que Vicky pusiera en palabras aquello que estaba a punto de decir. Le dijo que se dejara de joder y se abrazaron durante un largo rato.

Finalmente, antes de irse, Vicky le palmeó una mejilla:

—Usted está demasiado sensible, compañerita, tenga cuidado.

LUZ Y DOLOR

Al irse Vicky, Mariana se dio cuenta de que estaba preocupada por ella, por la nena, por mí y porque de golpe su vida se había llenado de chicos. Se vistió, puso un pan en el bolsillo de su campera azul y salió. En la puerta la esperaba un día frío pero soleado y le pareció que la calzada brillaba como si le hubiesen arrojado un baldazo de cristales helados.

Llegó enseguida a Callao y Santa Fe y tuvo que sacarse la campera y atársela en los hombros porque la marcha y el sol le habían dado calor. Muchas personas elegantes leían el diario, desayunaban y comían medialunas en confiterías de lujo que olían a café molido, a repostería recién horneada y a tabaco virginia.

Los hombres tenían camisas celestes, pañuelos de seda al cuello, mocasines confeccionados a medida, pantalones de gabardina gris y blazers de paño azul. Las mujeres eran delgadas y estilizadas, llevaban ropa de alta costura y estaban enjoyadas con discreción.

Mariana se preguntó dónde estaban los pobres, los villeros y los pacientes del manicomio. ¿Cuál de los dos países era el verdadero?

Vicky le había dicho una vez que el país verdadero era el de los inundados, el de las villas y el de los hospitales pobres. Y que Callao y Santa Fe, el Teatro Colón y la Facultad de Derecho, que también eran la Argentina, no eran más que el esfuerzo denodado que hacía un grupo social para que no se notase la existencia del otro.

Pasando Pueyrredón hacia Palermo, y sin dejar de ser una ciudad de millonarios, el Buenos Aires opulento que terminaba de ver empezó a evaporarse. El país no se volvió pobre, pero la riqueza se hizo medida y tolerable. Ya en Plaza Italia sintió que los colimbas y las mucamas, los dos llegados del interior con sus atuendos, sus músicas y sus frituras del Tercer Mundo, le agregaban una nota de verdad a la oligarquía porteña.

De golpe empezó a respirar la brisa fresca del río. Quiso detenerse un rato para fumar, pero se dio cuenta de que en el apuro no había llevado el encendedor.

Y de golpe, al encontrarnos en el parque, prácticamente no hablamos y apenas si nos saludamos. Enseguida nos estábamos besando en un mediodía lleno de luz, con pasto en la ropa, mareados, rodeados de árboles y riéndonos.

—No me mirés así —me pedía.

—Pero por qué no te puedo mirar —le preguntaba yo, sabiendo la

respuesta.

Después se le cayó un pan de la campera y estuvo un rato sentada sobre un miñoncito y nos reímos cuando le pregunté si tenía algo que ver con Pandiayer.

No sé si yo estaba actuando o si exageraba, pero ella sonrió cuando fingiendo una inocencia que no tenía le pregunté:

—¿Me llevás a tu casa, Mariana?

De aquel viaje en colectivo no recuerdo nada. Sólo sé que entramos a su departamento y nos desnudamos.

Mirá cómo me dejaste la boca, me dijo ella al día siguiente, fingiendo un puchero, con los labios enrojecidos.

Los dos sabíamos que los psicofármacos eran una complicación y que la sexualidad no era fácil. Sin embargo, yo había sentido algo parecido a la luz y también al dolor. Ella, entonces, me dijo algo que borró todos los fantasmas. Nadie, nunca, llegó hasta ese lugar del cuerpo y del alma al que llegaste vos.

Cuando despertó a la madrugada, estiró una mano en la oscuridad y no me encontró. Pensó que todo había sido un sueño y le dio dolor de panza. Encendió el velador y me vio sentado en el suelo frío, desnudo, con la cabeza sobre las rodillas.

—Son las cinco de la mañana —me dijo— a las nueve tenés que volver al hospital.

La miré sin entender nada.

—Vení, subí, estás helado, qué te pasa.

Subí otra vez a la cama y me dijo que no quería que sufriese por todo ni que hiciera un tango con cada cosa. Pero yo no sufría por todo, tenía un problema con las palabras, había estado hablando solo durante mucho tiempo y ahora no soportaba que hubiéramos hecho el amor sin decir «te quiero».

Más tarde nos levantamos, nos dio mucha felicidad desayunar juntos y me dijo que cuando viniese del hospital en la noche del viernes próximo, primero íbamos a comer rico y después esperaría la mañana del sábado para invitarme a desayunar.

—Vamos a ir a una confitería bien gorila de Santa Fe y Callao, te va a encantar.

REVOLUCIÓN EN LA REVOLUCIÓN

«¡Adiós, hermanos san pedros, heráclitos, erasmos, espinosas! ¡Adiós, tristes obispos bolcheviques!»

CÉSAR VALLEJO

Estaban comprometidos tendones y arterias. Los primeros médicos, ante la posibilidad de una gangrena, aconsejaron cortar hasta la rodilla. Pero cuando los cirujanos finalmente llegaron, la fiebre había bajado y ya no creyeron necesario amputar. Sólo cosieron los labios de la herida y te trataron con sulfamidas.

Con las primeras sombras de la noche malagueña, habías visto una lluvia lenta de luces, eran los tanques italianos en una columna interminable y con antorchas en las torrecillas. Detrás de los blindados habrían marchado los legionarios, gallardos y orgullosos, apretando entre sus manos las gorras grises y cantando «Giovinezza».

El militar que estuvo al mando de la defensa escapó sin disparar una sola bala. Arthur Koestler, por el contrario, eligió esperar al enemigo, registrar la masacre y ahora se encontraba prisionero de los fascistas a punto de ser fusilado.

Mientras estuviste en cama, Rosario no se separó de tu lado. Hablaban durante horas sin mencionar la guerra. Ella soñaba con que dejases el ejército regular español y que juntos pasaran a las columnas anarquistas en las que serías bienvenido.

Rosario te daba clases magistrales sobre el anarquismo y vos le hablabas de tus antepasados indios. Para tu asombro, Rosario había descubierto que durante la Campaña del Desierto el Ejército Argentino había llamado a los indios con el nombre de infieles, la misma palabra que usaban los fascistas para señalar a los republicanos. Imagino a Rosario en Madrid, entre las barricadas y los cacheos, recordando y repitiendo palabras mapuches recién aprendidas.

Las combatientes como Rosario usaban uniformes y ropa interior de varones. Meaban paradas y en público, gargajeaban y puteaban como machos y a varias, con las angustias de la guerra, se les había retirado el período. Eran románticas y tiernas pero eran capaces de meterle un balazo entre las cejas al enemigo sin la mínima vacilación.

Sí, esas mujeres mataban a sangre fría pero muchas de ellas, por las noches, lloraban de amor.

Una mañana un motociclista estacionó en la puerta de la sala en la que eras atendido y te dejó un sobre. Al abrirlo encontraste un

documento en el que se te citaba para una reunión en la mañana siguiente. Después de hablar del tema, Rosario te alertó.

—No creo que sea nada bueno, vienen tiempos antirrevolucionarios para la República.

En las primeras horas del día llegaste hasta el edificio fuertemente custodiado. Un miliciano te llevó hasta un despacho. En la puerta había varios guardias apostados. Cuando entraste, alrededor de una gran mesa te esperaban tres hombres. El centro lo ocupaba un tipo fornido: tenía la cabeza pelada y se suponía que era oficial del ejército soviético. Los que lo flanqueaban eran dirigentes comunistas: el de la derecha era español, usaba unos lentes diminutos, tenía barba, y muy a su pesar se parecía a León Trotski. El de la izquierda no había hecho más que saludarte para que, por el tono de su voz, te dieras cuenta de que era argentino.

Después de unos saludos formales te pidieron una evaluación sobre la caída de Málaga. Pero como Rosario ya te había informado que en ese tipo de reuniones todo solía terminar en interrogatorios políticos, intentaste referirte exclusivamente a temas militares.

Entre los tres interrumpieron tu exposición apenas empezada y te dijeron que el problema no había sido militar sino político. Porque, según ellos, los anarquistas y la ultraizquierda, con el aval del presidente Largo Caballero, habían complicado la situación y estaban usando la derrota de Málaga para difamar a la Unión Soviética y al Partido Comunista.

—Enviar al frente a un oficial de mando es una decisión más política que militar y las decisiones políticas tienen en cuenta la formación ideológica de las personas e inclusive su vida privada.

Al escuchar esa referencia a tu «vida privada», te diste cuenta de que se estaban refiriendo a Rosario.

Al advertir tu molestia, el ruso le habló en voz baja al argentino que entonces volvió a tomar la palabra. Los dos funcionaban como un avión con doble comando.

Después de un discurso supuestamente conciliador, tu compatriota te miró a los ojos

—La relación con Rosario es riesgosa para la República y para usted, Mayor.

A modo de prueba, te alcanzó una carpeta con el nombre de Pedro Estrada. Contenía varios documentos que intentaban demostrar que Rosario y Pedro, hermano de ella, favorecían a los fascistas con su militancia anarquista.

Pero lo que más te molestó fue que todos los documentos de la supuesta investigación sobre los hermanos Estrada llevaban fechas anteriores a julio de 1936, y eso demostraba que la inteligencia republicana se estaba manejando con la misma información de la vieja

Guardia Civil fascista.

Con demasiadas palabras te dijeron que querías entrar en combate y que eso estaba muy bien. Pero te aclararon que en esa etapa a lo que debías ayudar, como todo el ejército republicano, era a combatir la acción de los incontrolables en Barcelona y que resultaba imperioso normalizar Cataluña, terminar con el infantilismo izquierdista y salvaguardar la institucionalidad democrática.

Los tres te miraron en silencio, esperando una respuesta.

Te pusiste de pie. Apoyaste tu cuerpo sobre el bastón y dijiste que te resultaba imposible ir a Barcelona a pelear contra republicanos o revolucionarios.

Decenas de entrevistas y largas conversaciones con antiguos combatientes que te conocieron, me permiten pensar que fue en aquel momento cuando te dijeron que, si no querías ir a Barcelona, te alejases de Rosario y tomases unas semanas de vacaciones. Y vos obedeciste, papá, pensaste que Rosario marcharía hacia Barcelona y ni siquiera le dejaste un mensaje de despedida. Eras un militar de carrera. Y si algo aprende un militar durante años en un cuartel es a obedecer. Porque tanto para los militares como para los religiosos, el mundo nació con una orden.

LA ESPADA Y LA GUITARRA

La familia se reunía alrededor de la radio para escuchar a los locutores que repetían a todo volumen la palabra iliquidez. Pero cada vez que les preguntaba a mis hermanas qué cosa era la iliquidez, me respondían con el gesto de esas personas que no terminan de despertar y se quedan pensando con la mirada perdida y la cabeza caída hacia adelante.

Ante la falta de respuestas, yo recurría a Lalita y ella me decía que la iliquidez era algo que convertiría a los argentinos en un líquido que iría a derramarse por el borde del planisferio.

—Tenés la espalda pegada a la panza —se preocupaba mamá, y me ponía entre las sábanas una botella con agua caliente.

Los médicos decían que yo tenía debilidad y las hermanas aseguraban que mi problema era el crecimiento. Yo creía que el crecimiento era una enfermedad que empezaba al nacer y se curaba al morir.

Al dormir me perseguía una pesadilla en la que mamá, saliendo de un mar con olas de terciopelo negro, me decía que papá había sido Comandante de Milicias Populares pero que yo iba a ser Boy Scout. Al despertar venía Lalita, me acariciaba la nuca con el dorso de una mano y repetía la misma frase:

—Tranquilo, gatito, vos sufrís la peste del lenguaje.

Isabel, la más loca, por aquellos días había adquirido la costumbre de pasear por toda la casa con la radio a transistores pegada a una oreja y desparramaba a toda voz tragedias y malas noticias. Mis hermanas la veían acercarse y alertaban: «Hay viene la Motorola». Isabel no sólo anunciaba las desgracias ya sucedidas sino también algunas que ella creía que sucederían en el futuro.

En aquel tiempo, yo me había convertido en un adolescente que se calentaba las manos en la hornalla de la cocina y escribía versos desde la noche hasta la madrugada. Algo inevitable había empezado a cincelarme desde adentro y lo hacía con la naturalidad de un escultor que entra de golpe a una piedra y esculpe un sueño que ya tenía olvidado.

Isabel, que sólo dormía de día, leyó una noche un fragmento de lo que yo escribía y se le dibujó en la cara la desilusión.

—Está lindo —comentó— pero universo se escribe sin hache.

Como sabía que ya no iba a tener escolaridad, asistía de lunes a viernes de 14 a 22 a la Biblioteca Nacional de la calle México y trataba de mejorar mi ortografía. Pero al leer lo que escribía sólo

comprobaba la pobreza de mi vocabulario. La biblioteca me despertaba envidia y admiración por los grandes escritores que podían inventar historias o narrar dramas imaginarios en tanto que yo, detenido sobre mi apellido, sólo podía escribir en el margen de la hoja y nada más que mis propias desdichas.

Ante las frustraciones y el vacío de la adolescencia había adquirido la costumbre de emborracharme y romper mi ropa hasta quedar en jirones por la calle.

Eran tantas las necesidades de la casa, que el de mi padre había vuelto a ser el tema más hablado, y las quejas en su contra no contribuían a que pudiese olvidar que yo era hijo de alguien. Aunque, al mismo tiempo, me resultaba difícil olvidar a quien ni siquiera había conocido. Pero de todas maneras soñaba que tenía un padre, que lo abrazaba, que le mostraba lo bien que jugaba al fútbol y que orinábamos juntos contra un árbol.

A veces me convencía de que en alguna parte del mundo mi padre me habría dejado una contraseña eterna, una persona, alguien o algo que me dijese que él había pensado en mí.

Hasta que una tarde sonó el teléfono, atendió mamá y la escuché decir: «Sí, claro, qué alegría saber de usted después de tanto tiempo». Mamá siguió hablando sobre la inundación pero enseguida advertí que semejante cuestión no era del interés de la persona que había llamado, porque de pronto mamá se detuvo, me miró y dijo: «Sí, por supuesto, aquí está, se lo llamo». Después alzó las cejas y dijo que era «Raúl González Tuñón, un antiguo compañero de tu papá.»

Tomé el teléfono y le escuché decir a González Tuñón que Lila Guerrero y Luis Sommi le habían hablado de mí y que le gustaría verme. Me indicó un día y una hora y dijo que me esperaba en Las Caldas del Rey, un boliche de San Telmo, en la cortada de San Lorenzo y Balcarce.

Hablar con Raúl era como ganar un premio literario. Lo había visto una sola vez, en el Luna Park, durante un homenaje al poeta español Marcos Ana, 23 años preso sin juicio en las cárceles franquistas. Las tribunas estaban llenas de jóvenes, flameaban las banderas, las chicas eran hermosas, los muchachos tenían buenos modales y los cantos revolucionarios eran de una belleza irresponsable.

Entonces lo vi en el escenario, bajo la luz de un reflector. Estaba vestido con un pantalón oscuro y por debajo de un buzo azul asomaba el cuello de una camisa blanca. No sacudía los brazos ni gesticulaba y la primera palabra de cada verso era el inicio de una metáfora que no tardaba en abrirse. No alzaba la voz, él era lo contrario de una propaladora de pueblo frente a la multitud, el poema se plantaba solo y sin ser defendido por la entonación.

A cada verso parecía que Raúl iba perdiendo carne y convirtiéndose

en puro lenguaje. Pensé que él podía morir en ese momento y que su poesía me acompañaría para siempre. Y de pronto, al apagarse la luz del estadio, sucedió algo maravilloso: las tribunas y el público, al quedar en sombras, se volvieron tan imperceptibles como la belleza misma.

Al salir del Luna Park sentí que el baño de lenguaje recibido me había convertido en un adolescente rebosante de padre y henchido de España. Caminé largo rato por Leandro Alem recitando en voz alta lo que iba escribiendo en mi mente y de inmediato me acordé de Lalita y pensé que la peste del lenguaje realmente existía y que, tal como ella decía, era algo que se curaba con lápiz y papel.

Días después llegué a Las Caldas del Rey una hora antes y mi expectativa se distrajo observando ese lugar en el que, sobre unas mesas de madera oscura y gastada servían vino, salamín, queso y pan. Sólo a Raúl le servían un aperitivo llamado Lucera.

Raúl se peinaba con gomina y vestía con traje y corbata. Y aquella tarde, gracias a él, tuve una nueva imagen de mi padre. Antes que nada me habló de España y me dijo que el único antecedente de la Defensa de Madrid era la mitología griega. Enseguida, poniéndose serio me miró a los ojos y me dijo:

—Si alguien estuvo en el frente y sobrevive, ya nunca va a ser un tipo normal. ¿Vos te das cuenta de lo que hizo tu viejo? Era un capitán del ejército argentino peleando para el ejército rojo. Y mientras aquí muchos militares soñaban con Hitler y Mussolini, tu viejo peleaba en el bando del socialismo y de sus amigos anarquistas.

Raúl esperó que yo terminase de resoplar y me dijo que, sin embargo, la verdadera comandante de milicias populares había sido mamá.

—¿Nunca pensaste lo qué hubiera sido de todos ustedes si también ella hubiera querido hacer la revolución?

Después de aquella tarde volví a ver a Raúl varias veces en su casa de la calle Amenábar. Teníamos que hacer silencio porque el tren pasaba muy cerca de una de las ventanas. Y allí le escuché decir muchas cosas que ignoraba. Me contó que una noche, en Madrid, en los primeros meses de 1937, antes de la Batalla de Teruel, había invitado a papá a un recital de poesía.

—Fue entonces —me dijo Raúl— cuando tu viejo conoció a César Vallejo. Le impresionó la figura del Cholo, su rostro anguloso y esa voz que alguien definió como un sonido de metales rompiéndose. Tu papá, después del recital, se quedó hablando largo rato con él. Creo que hablaron de algo que Vallejo llamaba La Cruz de Hispanoamérica.

Yo lo miré sin comprender.

—¿Qué es eso, Raúl?

—Vallejo decía que la verdadera Cruz de Hispanoamérica no era la

cruz de los cristianos sino una cruz compuesta por el cruce entre la línea vertical del alma del conquistador español y la línea horizontal del alma del indio conquistado: no era una Cruz material sino una Cruz espiritual, metafísica, indestructible. En esa época —dijo Raúl— el Cholo la pasaba mal, dormía en el subte de París y sólo escribía poemas en prosa. Todavía no había escrito *Poemas Humanos* ni los versos sobre la guerra civil.

Una de esas tardes, Raúl me comentó algo que en la familia nadie conocía. A papá le gustaba la música, una vez le escribió pidiendo que le consiguiese un profesor de guitarra para cuando saliese en libertad.

La tarde en que nos despedimos para siempre, Raúl me dijo una frase que me hace querer más tanto a mi padre como al poeta de Buenos Aires:

—¿Cómo no voy a querer a tu viejo si fue el único capitán que cambió la espada por la guitarra?

TRES NOCHES DEL PSICONAUTA

CARA

Durante los días previos al encuentro del fin de semana, Mariana le pidió a su mamá que le diera trabajo en una empresa dedicada a realizar encuestas. Y con el trabajo de varios días, compró una remera, fue al mercado, llenó una bolsa con alimentos y puso veneno para cucarachas en toda la casa.

El viernes fue a la facultad y se inscribió en Estadística, la materia que más le costaba. Después de comprar unas clases en el centro de estudiantes y cuando ya salía, sintió que una mano gorda y caliente como una empanada se posaba en su espalda. Era Amelia, amiga de la peña del hospital que acababa de dar Estadística con un nueve.

Hablaron largo rato sobre la facu en el hall, y como la charla se hizo interesante decidieron seguirla con un café.

—Estoy enamorada de un paciente —dijo Mariana.

Pero mientras le contaba a su amiga los detalles de la relación, Amelia meneaba la cabeza y pasaba un dedo por la fotocopia de la clase como si estuviese subrayando frases con marcador. Hasta que de pronto interrumpió su tarea para mirarla a los ojos y decirle:

—Aunque uses el diminutivo y digas «loquito» en vez de loco, un loco siempre será un loco, un peligro para él y para los demás.

Llegada la tarde del viernes, Mariana empezó temprano a preparar la comida. Puso la radio. A un programa lo seguía otro y ninguno le interesaba. Hasta que un presentador empezó a hablar de Ravel, del «Bolero» y de Maya Plisetskaya y recordó, apenas, una película en la que la había visto bailar. De golpe, casi sin darse cuenta, ella también estaba bailando.

Fue bailando hasta la cocina y encendió el horno. Volvió y se sentó en la mesa y empezó a escribir.

«Es urgente. Vení. Quiero saber hasta dónde podemos llegar si estamos juntos. Esta semana dejé colgados a varios compañeros y falté a una cita de control y eso es grave, porque no saben si me chuparon o dónde estoy. Pero tengo la cabeza en otra parte: quiero ir al hospital y conocer a tus amigos, necesito ver dónde dormís. Quiero decirte que sos mi parte de volar y que ya no tengo pesadillas ni sarpullidos y sólo tengo miedo de que te pase algo, y por qué no me dejás ir a verte al hospital. Quiero llevarte comida, soy una pobre mina y estoy más loca que vos y creo que he salido del manicomio como una Julieta del

Tercer Mundo en busca de un Romeo rayado y con pétalos, y sé que estás ahí y que vivís entre los adictos a la cocaína del Pabellón 9 que si no tienen agua mezclan la pasta con agua del inodoro y se la inyectan y si creen que miento vayan y vean. Y aquí estás golpeando la puerta y me sobresalto.

¿Tonto mío, por qué en vez de dar tantos golpes no tocás el timbre?»

Pero quienes golpeaban eran Eduardo Juárez y el Buitre Asnar.

—Te borraste y estamos preocupados —dijo Eduardo, comprensivo.

—¿Estás jugando a la pendeja misteriosa? —la retó Asnar.

De pronto vieron la mesa servida y se miraron. Y ella se sintió culpable del aroma de la carne horneada que llegaba de la cocina.

—¿Sabés lo de Vicky? —dijo Asnar.

—El domingo pasado estuvo aquí, con la nena.

—Vicky desapareció.

—¿Y la nena?

—Se la llevaron —dijo Eduardo.

—Pero, ¿quién se la llevó?

—Y quién va a ser. A ver Mariana, adiviná. No es una pregunta difícil. Es una pregunta como para vos.

—Pará, Buitre, la estás maltratando desde que llegamos. Vamos a tranquilizarnos —dijo Eduardo.

La puerta de calle del edificio estaba abierta, como siempre. Era la primera vez que yo entraba a su casa sin ella. No quería temblar pero temblaba. Era muy largo y triste el pasillo, tenía algo helado, algo de monasterio y de fantasmas. Faltaban pocos pasos para abrazarla. Saber que en pocos segundos íbamos a estar juntos me daba un vértigo que me hacía cosquillas en la planta de los pies. Estaba frente a la puerta. Toqué el timbre. Toqué otra vez y ella no abrió. Escuché voces.

Mariana pensó que ahora sí sería yo el que tocaba y que no sabría qué decirme.

—¿Esperás a alguien? —le preguntó Eduardo.

—Sí.

—Perdoná —dijo Asnar mirando a Eduardo— pero es como yo te digo: siempre que hacemos algo con Mariana hay un quilombo y termina mal. Vos no sos consciente de lo que estamos viviendo ni de la militancia que asumiste

—Pará —dijo Eduardo— es su casa y tiene derecho a ver a quien quiera.

Toqué otra vez el timbre.

Los tres pensaron que podrían ser los servicios. Y ni siquiera se les ocurrió pensar que los servicios no tocan el timbre. Ella hizo un gesto

pidiendo calma. Se levantó de la silla y fue a abrir. Cinco pasos. Cinco siglos.

—Hola...

Ella pensó que yo estaba asustado. Y yo estaba asustado. Y yo pensaba por qué teníamos que vivir siempre asustados. Creí que Mariana me estaba hablando con gestos porque me miraba y no decía nada. Y entonces pensé que las peores cosas que había escuchado en los últimos tiempos estaban hechas de silencio. Hechas de «Silencio hospital».

Ella habló en un susurro:

—Perdoname, tenés que esperarme un momento. ¿Por qué no vas al barcito de enfrente, mientras resuelvo un tema acá? Es grave.

Le caían dos lágrimas. Iban despacio por su cara. Fue la primera vez que la vi llorar. Tenía la nariz roja.

—No puedo dejarte así.

—Por favor, está todo mal. Esperame en el barcito de enfrente, tomá algo, yo tengo plata.

Pero yo también tenía plata, ese no era el tema.

—Es sólo un momento —dijo ella.

Llegó una voz inquisitiva desde adentro. Y era la voz de un tipo:

—¿Todo bien, Mariana? —le preguntó desde el otro lado de la puerta y su voz decía que todo estaba mal.

No obstante, enseguida apareció otra voz, más serena y más firme:

—Dejala hablar con su invitado, tranquilicémonos.

Pero desde cuándo soy un invitado, pensé. Ella me miró, hizo una mueca triste. Sin abrir la boca y con un gesto piadoso, insistió en que me fuese al bar.

Le dije que sí con la cabeza, di media vuelta y bajé trotando la escalera. Me pregunté con cuál de las dos voces se acostaría ella. O si se acostaría con las dos.

Recordé que Ricky me había contado que en su primera salida del hospital fue a pasar el fin de semana en su casa, con su familia, porque había un cumpleaños:

—Casi me muero. Era peor que el manicomio.

Eduardo y Asnar le dijeron a ella que días atrás la policía había detectado una reunión en una casa operativa. Le explicaron que los compañeros tenían material importante sobre algo que estaba en marcha y que no podían entregarse. Ellos pensaron que a los pocos

tiros la cana se iba a abrir. Pero no. Había aparecido el ejército y hasta habían traído una tanqueta.

Yo crucé la calle y entré al bar. En varias gasitas llevaba envuelta la medicación para dos días y medio.

Abrí la de la primera noche. Empecé por un Rohipnol y lo tragué sin agua. Sumé un Valium 10. Dudé en agregar el Haloperidol pero enseguida me di cuenta de que en verdad ya lo había tragado. Salió un hombre de atrás del mostrador. Tenía las cejas canosas. Y yo no podía soportar que las personas tuvieran las cejas blancas. Era el mozo. Le pregunté precios, para hablar de algo. Traté de hacer tiempo para no pedir el veneno que iba a pedir. Y porque a pesar de las cejas tristes era un hombre atento.

—Gin doble, con hielo.

Tragué también un Nozinán del sábado. Al rato el mozo volvió con las manos vacías para preguntarme si quería comer algo. Le dije que no con la cabeza. Y me quedé pensando en que si hubiera querido comer algo se lo hubiese dicho. Recién salía al mundo y ya estaba harto de las preguntas de los mozos.

El tipo permanecía detrás del mostrador, junto a la caja y me miraba en silencio con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Los reventaron, rompieron media manzana a cañonazos —le dijo Asnar.

—Vicky resistió y pudo rajar con el material. La Flaca, como siempre, estuvo heroica. —agregó Eduardo.

Mariana lloró otra vez.

Lloró por Vicky y por la nena y por él.

—Bueno, Mariana, la mano viene muy pesada —dijo Eduardo.

—Pero Vicky estuvo aquí, con la nena, el domingo.

El tipo sirvió gin. Fue generoso. Pero cruzado de brazos y desde atrás del mostrador no me sacaba los ojos de encima, no supe si por preocupación o por desconfianza. Me dejó el vaso en la mesa. Tomé el primer trago. Me gustó más el aroma que el sabor. Vacié la copa. Me subió un calor tremendo. Pero fue bueno. Porque el cuerpo empezó a reacomodarse y a juntar partes que estaban dispersas. Estaba poniéndose entero. No sabía por qué estaba ahí, pero decidí quedarme.

—Deme otro latigazo —dije.

El mozo frunció el ceño y fue a buscar la botella.

Pensé que algún día iba a morir así: drogado con psicofármacos,

borracho y rodeado de seres desesperantes y de cejas canosas.

Pedí una tercera copa. Sentí que tenía los calzoncillos mojados de semen y pensé que la angustia y la sexualidad se habían unido y funcionaban juntas, eran el mismo sistema y no podían separarse. Me di cuenta, además, de que me había caído para adentro. Y pensé que no iba a poder salir. Otra vez psiconauta. Estaba temblando. Y de golpe descendí tanto, al punto de sentir que si me hundía un poco más, volvería a salir por el canal materno.

Estaba en la cumbre lisa de una montaña. Pensé que tal vez estaba en lo alto de la Cordillera del Lenguaje. Todo era oscuro. Haciendo tacto con los pies fui tanteando hasta lo que sería el borde de un precipicio. Miré hacia abajo. Pensé cuánto de profundo sería. Busqué algo en el bolsillo. Una moneda. La dejé caer. Y la moneda cayó al abismo. Y enseguida volvió a caer, pero desde arriba. Entonces entendí: primero había caído hacia el pasado y después había caído desde el futuro. Espacio y tiempo. La misma mierda.

De pronto, enfrente, estaba ella.

Me sacudía un brazo.

Pude salir. Ella me sacó.

—Mariana —dije.

La palabra Mariana cayó al piso y, al romperse, se desparramó en un montón de arañitas que se retorcían como si les hubiesen echado veneno.

Tomé otra pastilla, también del sábado:

—Es un antiepiléptico, Mariana. Pero no soy epiléptico… sólo que tiemblo. Tiemblo mucho. Y cada palabra me pesa como si fuese una res de carnicería y me parece que las reses de carnicería me están doblando la espalda.

Ella movió la boca, yo supuse que estaba hablando. Sus palabras flotaban en el aire como bolitas de colores y yo no sabía cuáles elegir porque todas eran bonitas.

De pronto en alguna parte del mundo, dejó de llover y pude escucharla:

—Bueno, vamos...

—Mariana… —dije y me quedé mirándola.

Qué tarado, pensé y me dio mucha risa.

—Vamos —insistió ella. —Don Martín, mañana le pago.

—Mariana, no me lleves al hospital. Si me ven así, voy al Pabellón de Castigo y no salgo más.

Ella me agarró fuerte de la cintura.

—No habrá ningún hospital —dijo.

—Mañana le pago, Don Martín —le fui diciendo a todas las personas que pasaban.

Al subir la escalera me detuve en los últimos escalones. Ella me

miró. Yo incliné la cabeza y le besé los pezones por sobre la remera.

Después de que ella me acostara, yo me encerré en mi cabeza como en un baúl hasta que, mucho tiempo después, el tic tac del despertador me rescató. Al salir debí de haber gemido porque apenas abrí los ojos, ella ya estaba recostada a mi lado. Sus caricias terminaron de despertarme y empecé a reconocer la habitación como si la estuviese viendo desde el fondo del Río de La Plata.

Supuse que era sábado y que estábamos en su cama. La noche anterior se me había borrado y sólo me quedaban imágenes confusas. Ella me dijo que había dormido quince horas y que en un momento se había asustado al no escuchar mi respiración.

Al amanecer pegué un gruñido, me di vuelta y quedé boca abajo:

—Tenés el pelo muy largo y parecías una nena, bajé mi mano por tu espalda desde la nuca hasta el huesito dulce, te acaricié las nalgas debajo del calzón y tuve ganas de violarte, no sé cómo pero quise violarte —dijo ella, riendo.

Luego me arropó, me besó los hombros y se fue.

Entró al baño, escuché la ducha y quedé sonámbulo mirando hacia el lugar en el que caía el agua del otro lado de la pared.

Al rato ella salió envuelta en un toallón. Tenía el pelo y el cuerpo mojados. La miré desde la cama y me dieron temblores. Eran escalofríos y no los temblores suaves de las primeras veces. Algo debió ella percibir porque en respuesta dejó caer el toallón, se exhibió y me preguntó si temblaba por ella. Sus pechos redondos y surcados por tenues venas celestes me parecieron dos frutas maduras doblando levemente una rama para buscar caricias.

Cerré los ojos y los volví a abrir: ella ya no estaba. Olí café y pan tostado. Escuché sus pasos y la vi venir cubierta con su *robe* azul y con una bandeja que dejó sobre la mesa de luz. Se recostó a mi lado, corrió la sábana, apoyó su cabeza en mi pecho y sus lágrimas se deslizaron por mi vientre.

—No puedo dejar de pensar en Vicky y en la nena. Tendría que salir a la calle y arrancarme la piel.

Cuando otra vez abrió los ojos y la vi desnuda, volví a temblar. Mariana me preguntó si era algo que me pasaba solamente con ella y le dije que sí. Fue entonces cuando agarró el toallón, que estaba enrollado sobre mi vientre, y lo tiró contra una silla.

Más tarde me despertó la claridad del día en la claraboya del comedor. No supe si era el atardecer del sábado o el amanecer del domingo. Estábamos sin comer y sin salir de la cama. Cada tanto ella iba a la cocina y me traía trocitos de carne y me hacía beber agua de un vaso. Y nos reíamos porque cada vez que lo hacía, me decía que

era el último bocado que iba a darme y que para el próximo íbamos a tener que levantarnos y comer en la mesa como gente normal.

La noche llegó rápido y nos quedamos dormidos, agotados. El domingo desperté sin confusiones y desayunamos con la cena que había quedado del sábado. Volvimos a dormirnos y al despertar jugamos al orgasmo mental: desnudos, sentados frente a frente, mirándonos sin tocarnos, hasta que de golpe nos retorcíamos desesperados uno contra el otro. Después de eso, volvió a llorar y dijo que estaba destruida por Vicky y por la nena y que nunca iba a dejarme ir. Pase lo que pase no voy a dejarte, insistió. Yo no dije nada pero le pregunté varias veces a qué se refería con eso de «pase lo que pase.»

Pero un momento después ella me besó y con los ojos húmedos me dijo muchas veces te quiero. Yo venía del silencio y al escucharla me reanimé y tuve ganas de escribir y de que fuéramos felices.

Más tarde fuimos desnudos a la mesa, tomamos café y decidí que al mes siguiente iba a pedir el alta y que, si no me la daban, me iba a ir igual del hospital. Ella dijo que si hacía eso, viviríamos juntos ahí, en su casa, hasta conseguir un lugar mejor.

Al atardecer del domingo coincidimos en que nos vendría bien despejarnos y le dije que saldría a caminar un rato.

Nos despedimos melodramáticamente y al salir caminé por Cerrito hasta Avenida de Mayo. Al llegar a Perú, doblé hasta la Avenida Belgrano y de allí seguí hasta el Bajo. Iba pensando en lo que me había contado sobre su amiga Vicky y su bebita.

Llegué hasta el Parque Lezama dispuesto a recorrerlo pero decidí regresar porque estaba cayendo la noche y había empezado a llover más fuerte. Oscurecía tan lentamente que por un momento pensé que le habían cortado las venas al anochecer para que la tarde muriese eternamente sobre San Telmo. Pero esa metáfora me fastidió porque me recordó la doble cicatriz en la muñeca izquierda de La Promesa.

Por la calle Defensa se me ocurrió pensar que en San Telmo siempre era otoño y que los árboles siempre tenían las hojas amarillas y siempre se escuchaba el silbido de los últimos churreros y siempre llovía. Y caminé largo rato pensando que en las casas de San Telmo encendían lámparas de kerosén y las abuelas tenían ojeras de santas y contaban historias de barcos y los nietos chapaleaban descalzos por los charcos y sus pequeños pies se ponían fríos y rosados como peces.

Pero de pronto me detuve bajo la lluvia porque me pareció escuchar que el pasado de la ciudad venía caminando detrás. Y me dio por pensar que, cuando la noche caía y cuando el sol se retiraba, había personas amables que corrían a refugiarse en sus casas y que, en vez de huir hacia otros países, se quedaban ahí, negándose a entender que

finalmente vendría un tren y las llevarían amontonadas y desnudas en vagones hasta dejarlas en un lugar del que ya no podrían regresar.

Al llegar a la puerta del edificio, traté de no pensar en lo mal que había salido todo durante la noche del viernes y me empeñé en recordar lo entusiasmados que estaban La Promesa y Ricky al saber que iba a pasar el fin de semana con ella.

Al subir la escalera oí voces y me pareció que ella estaba escuchando la radio con un volumen muy alto. Pero no. Discutía con un tipo. Gritaban y se insultaban. Me alejé un poco y vi la raya de luz debajo de la puerta y las sombras que se movían del otro lado. Dudé entre tocar el timbre o irme. Pensé que iba a repetirse la noche del viernes y que no iba a soportar que otra vez me dijese que la esperara en el bar.

Di media vuelta y sin llamar a la puerta bajé la escalera lentamente, esperando que escuchara mis pasos y me llamara. Me detuve en la puerta de calle. Mejor vuelvo al hospital, pensé. Pero de pronto supuse que ella estaría pasando un mal momento y podía necesitarme. Me angustió imaginar que se acostaba con otro y me dieron temblores y recordé que Fontana me había dicho que si temblaba pensando cosas sexuales era porque me excitaban y porque tenía miedo de realizarlas: «El miedo es el límite que nos pone el deseo para no irnos del otro lado», me había dicho, dándose aires de sabio.

A pesar de que en el departamento la discusión había subido de tono, toqué el timbre y ella abrió enseguida. Entrá, por favor. Había llorado y estaba despeinada. Tenía puesta la misma ropa que cuando la había dejado: la enagua transparente color verde agua, un pulóver azul ajustado que mostraba que no tenía corpiño y zapatillas sin medias. Al entrar, sus zapatillas chirriaron porque el suelo estaba lleno de azúcar. Lo primero que vi fue la yerba desparramada sobre la mesa Van Gogh y la azucarera y las tazas rotas en el piso.

Él es Romeo, dijo. Y recién en ese instante miré a la persona que estaba con ella: Era un tipo de unos 40 años, tenía los ojos colorados y una barba canosa que ensombrecía su cara. Sus zapatos eran nuevos pero estaban llenos de barro, tanto que las suelas habían dejado unas huellas pesadas y húmedas en el azúcar del piso.

A pesar de los primeros fríos, Romeo tenía puesto un traje marrón de verano que le quedaba apretado y, sobre una de las sillas, había dejado un portafolio que reventaba de papeles. Lo miré en silencio y sentí que, al igual que su portafolio, yo también me habría hinchado tragando broncas y esperanzas fallidas.

Su aspecto me deprimió y no lo quise mirar más. Me senté en una

silla y con la cabeza baja me puse a mover un dedo sobre la yerba desparramada en la mesa. Él es mi compañero, le dijo ella a Romeo. Y esa palabra me pareció tan ajena a lo que éramos como un reloj despertador encerrado en una jaula para canarios.

«Ya me voy», dijo Romeo, cortando la frase en tres partes con un cuchillo.

Ella fue con él hasta la puerta, y cuando salió resopló y cerró con doble llave. La miré y pensé que cuando había salido ella estaba bien, pero ahora que le había abierto la puerta a Romeo estaba con los ojos húmedos y la nariz colorada.

Ella me dijo que habían matado a su amiga Vicky. Sollozó y se tomó la cabeza entre las manos y empezó a tirarse del pelo. Yo la sujeté de las muñecas para que no se lastimara y ella lloró un largo rato hasta que alzó la cabeza y me miró y dijo que me quería y que tenía terror de que todo terminase mal.

—Esto es una pesadilla, pero ya no puedo hacer nada para impedir todo lo que siento por vos.

Después ella me pidió un vaso de agua y al entrar en la cocina escuché ruidos de platos en el departamento de al lado. Imaginé las manos de la vecina enjabonadas con detergente y bajo el chorro de agua (según ella, la vecina era «una chusma muy peligrosa»). Y después me quedé unos instantes mirando una cucaracha que caminaba sin apuro hasta desaparecer en la rejilla del piso.

Al volver a la mesa me contó que Romeo la había ayudado en un «quilombo» que ella había tenido con Asnar y que Asnar era uno de los compañeros que habían estado en su casa en la noche del viernes. Después de un largo silencio me aclaró que Asnar había sido un amante ocasional. Y entonces le pregunté qué quería decir «amante ocasional». La pregunta pareció molestarla y me dijo que quería decir que de su parte en esa relación no había existido afecto. Fue algo que se dio, nada más que eso, dijo ella. Ante su respuesta pensé que «se dio» era una frase que no tenía nada que ver conmigo y que, sin embargo y a pesar de lo que sentían, las palabras de ambos solían ir en direcciones opuestas.

Raspando con una cucharita ella hizo un montoncito de azúcar y lo dejó junto a la azucarera. Dijo que una mañana había cometido el error de darle las llaves del departamento a Asnar y que a los días se las reclamó y él no se las quiso devolver. A partir de ese día Asnar había empezado a llegar de imprevisto y a querer meterse en su cama. Lo echaba cada vez, pero no conseguía que le devolviese las llaves.

Hasta que un día había aprovechado una reunión para contarle todo a Romeo y Romeo, que pertenecía a una unidad militar, había hablado con Asnar y le había recordado que esas cosas estaban penadas. No lo denunció. Pero tampoco hizo falta porque Asnar dejó

de aparecer. De todas maneras Romeo se había quedado un tiempo con ella.

Yo no quería que en medio de la angustia por la muerte de su amiga me estuviese dando explicaciones que parecían molestarla. Pero no la interrumpí. Y mientras la escuchaba recordé una pesadilla reiterada y previa a mi internación. Soñaba que en una playa desierta había un ave que tenía el pico enterrado en la arena y para sacarlo hundía la pata y entonces se le quedaba la pata y finalmente entraba en una danza interminable, metiendo la pata para sacar el pico y metiendo el pico para sacar la pata.

Cuando Romeo llegó, ella le dijo que no tenía tiempo para atenderlo y que estaba por salir. Pero él le dijo que era urgente y sin pedir permiso empujó la puerta, entró, se derrumbó sobre una silla y, al abrirse el saco, dejó ver una pistola 45. Al ver las tazas y la cafetera sobre la mesa le preguntó si tenía café y contra la evidencia ella le dijo que no y le volvió a decir que se fuese.

Mientras hablaban, a ella le inquietaba la posibilidad de que yo llegara y otra vez la encontrase con alguien en su casa. Angustiada y en un impulso le dijo que se fuera, que no sabía nada de nada, que no le interesaba nada, que vivía una situación personal difícil y que ya ni siquiera sabía si la lucha armada era el mejor camino.

Entonces él le preguntó de qué carajo estaba hablando porque, dijo, caminos había muchos, pero ese, el que tenían, era el único que les dejaba el enemigo. Le dijo también que si fuese por él, había que tirar los fierros al río y que, si ella quería, podía hacerse monja, pero que si se hacía monja igual la iban a reventar porque estaban yendo casa por casa y mataban hasta al canario.

Ella le contestó a los gritos que tal vez tenía razón, pero que su casa se había acabado para la organización y para todo. Romeo golpeó la mesa con el puño y le preguntó si era tan boluda como para pensar que Vicky había «elegido» morir como había muerto. Entonces ella le dijo que el boludo era él, que estaba informada de todo, que para ella Vicky era como una hermana y que habían estado juntas el domingo anterior y que Eduardo y Asnar le habían informado que Vicky había escapado con un material importante.

Romeo la interrumpió y le dijo que no estaba informada un carajo, que era evidente que ni siquiera había escuchado la radio en varios días y que a Vicky la habían alcanzado cerca de la General Paz y que la habían llenado con tanto plomo que muerta pesaba más que viva. Entonces ella le gritó que era un hijo de puta, que le había traído una noticia terrible y se la tiraba brutalmente. Agarró la plancha, intentó golpearlo y exigió que se fuese porque su casa se había terminado para todo y para todos. Entonces él la sujetó, forcejearon y le sacó la plancha y dijo que no podía irse porque habían allanado su casa y su

mujer y su hijita andaban por ahí y él había perdido todos los contactos.

Él le explicó que necesitaba nada más que unos días para conectarse nuevamente. Vienen por nosotros, le dijo. Es un plan. No me podés echar ahora… ¿No estuve aquí cuando me necesitaste? Luego de escuchar eso ella se puso a llorar nuevamente y le dijo que tal vez tenía razón y que quizás ya estaban todos muertos, pero que esa casa se había acabado y se lo iban a tener que respetar.

Romeo cerró los puños y le dijo que no era el momento de llorar, que no debía convertir a «la Flaca» en una víctima, porque ella había muerto como un soldado y no merecía ser convertida en mártir, porque era una compañera muerta en combate y porque los compañeros caídos no eran mártires sino héroes.

Romeo se tranquilizó y dijo que antes ella no era así y que había cambiado mucho y preguntó qué le había pasado. Entonces ella le dijo que tenía pareja y que eso era lo más importante que le pasaba. Al escucharlo Romeo le contestó que no había ido a su casa para acostarse con ella y que si se trataba de eso él podía dormir en la otra habitación o en el comedor.

—Ni yo ni mi pareja estamos en condiciones de compartir esa promiscuidad —dijo ella.

—La promiscuidad es una puta idea burguesa. Acá estamos hablando de una cuestión de vida o muerte.

Y entonces ella se puso mal otra vez y golpeó la mesa y cayeron los pocillos y la azucarera y fue justo en ese momento cuando yo toqué el timbre.

Esa noche, gracias a las pastillas que me quedaban, dormí enseguida y con muchas ideas raras.

CRUZ

Eran las primeras horas del lunes cuando, al día siguiente, llegué al hospital y encontré a La Promesa y a Ricky hablando con un desconocido y me quedé escuchándolos. El tipo decía que el sábado a la madrugada un camionero lo había dejado en la guardia y que venía de muy lejos. Lo miré detenidamente. El Bebé, tal como lo llamaban mis amigos, era un hombre de más o menos treinta años. Tenía una frente amplia o se estaba quedando calvo, sus ojos eran grises y oscuros y su cara era linda. Lo único extraño era su cabeza muy metida entre los hombros, al punto que daba la impresión de que en cualquier momento se le hundiría hasta desaparecer.

Contaba que un camión lo había cruzado por el océano en una

balsa que al final lo había dejado en Chile. «Vi el paisaje…», decía con insistencia. Otro camión, decía el Bebé, lo había regresado a la Argentina y muchos camioneros más lo habían llevado después por gran parte del país. El último lo había dejado «en el loquero». «Paisajes no vi más…», decía.

Entonces sentí que en su mirada no había nadie. El supuesto Bebé estaba deshabitado. Su cabeza era un sótano inundado en el que flotaban ruidos y seres extrañados de sí mismos. Hablaba todo el tiempo del viaje. Era evidente que La Promesa y Ricky lo habían adoptado. Y como se lo veía limpio y bien alimentado estaba claro que los camioneros también lo habían cuidado.

Por momentos yo escribía en mi cuaderno, recostado en el suelo, contra un árbol, en el descampado. Y podía escucharlos. ¿Tenés padres?, había dicho Ricky. Madre, había dicho el Bebé. Y sentí que la palabra «madre» había cruzado el descampado y se había perdido entre las ramas de los plátanos del fondo.

Seguí escribiendo pero los escuchaba y trataba de pensar en lo que había visto viniendo de la casa de Mariana: apenas subí al colectivo, conté los pasajeros. Eran doce. Pero varios estaban muertos. Por momentos y pensando en eso, no quería escucharlos más, ni a Ricky ni a La Promesa ni al Bebé, pero sin embargo los escuchaba.

Yo sabía que mi historia del colectivo y de los muertos no era del todo cierta. Pero al mismo tiempo no sabía por qué la estaba viviendo como si fuese real.

En verdad me preguntaba en qué momento de su vida el llamado Bebé había visto derrumbarse los acantilados, desbordarse el mar, caer los edificios y quebrarse los techos; en qué momento habría visto el tsunami y caminado descalzo sobre los vidrios riendo a carcajadas.

Entonces el Bebé fue hacia la sala y Ricky lo acompañó.

Y qué escribís, me preguntó un rato después La Promesa. Nada, sólo escribo, dije. Pero mentí. Escribía de bronca pensando en la última frase del doctor Fontana: «Lo primero que tenés que hacer es tomar la medicación en forma ordenada, dejar de acostarte con una loca y no escribir tonterías».

Pero hoy estás muy triste, me dijo La Promesa. Y en ese momento volvió Ricky y La Promesa, al verlo, levantó dos veces seguidas las cejas, disimulando mal una advertencia con la que pareció decirle a Ricky que yo estaba raro.

Seguí escribiendo, sin levantar la cabeza del cuaderno. Ricky se sentó a mi lado y puso un brazo sobre mis hombros. Vamos al pabellón, aquí hace mucho frío, parecemos tres osos polares en el péntano, dijo La Promesa. Témpano, Prome, dijo Ricky. Me tenés las bolas llenas con los diccionarios, dijo La Promesa. ¿Las bolas?, preguntó Ricky. Sí, las bolas, dijo La Promesa. Y los glovarios también,

agregó La Promesa.

—¿Vos alguna vez viste la luna rodando por Callao? —le pregunté a Ricky.

—No. Ni loco —me dijo.

A las pocas horas estaba otra vez atado a la cama y sobre el colchón empapado. El cuerpo se me había atrasado y entonces había roto una pared del baño y con el filo de un azulejo me había cortado el pecho y los hombros y había sangrado hasta que me dieron el suero contra las emociones y ya no pude llorar ni gritar. No entendían que yo me lastimaba por una sola razón: quería poner mi cuerpo a la altura del dolor de la mente.

«ALÉJOME DE MÍ GRITANDO FUERTE: ¡ABAJO MI CADÁVER! Y SOLLOZO»

(CÉSAR VALLEJO, «INVIERNO EN LA BATALLA DE TERUEL»)

Habías tenido dos opciones: romper con Rosario y continuar en el Ejército de la República o irte con ella y alistarte en las filas irregulares del anarquismo o el trotskismo. Ante las dos opciones ganó el militar profesional. Ya habías cuestionado un ejército, no pudiste hacer lo mismo con otro.

Por entonces te habías alojado en un hotel de Madrid y no salías de la habitación. Me cuenta el doctor Grimbaun que cursabas una gran crisis. Pero no te espantes, me dijo Grimbaun, durante la guerra atendí a famosos jefes militares totalmente locos, tipos que se meaban encima o que no cagaban durante semanas. Había jefes que enviaban tropas contra posiciones imaginarias y otros que mandaban a morir a sus hombres en ataques a posiciones muy protegidas por el enemigo. Además, agregó Grimbaun, estaban los piojos. Eran enloquecedores. Y lo normal era tenerlos. Hasta los fascistas se burlaban de eso: Con los rojos, hambre y piojos, decían.

Todo se había complicado al límite del enfrentamiento armado entre comunistas contra trotskistas y anarquistas en Cataluña. Y la represión había terminado con cientos de muertos y heridos. Vencidos militarmente «los incontrolables», las nuevas autoridades republicanas dijeron que una «ola de locura había pasado por Cataluña», que no había vencedores ni vencidos y que, con la renuncia del presidente Largo Caballero, que alentaba a los insurrectos, había terminado «esa revolución dentro de la revolución que habían intentado el trotskismo y el anarquismo».

Entonces el Ejército Español te rodeó amistosamente, y asististe a cursos intensivos de táctica y estrategia junto a grandes jefes militares. Habías llegado con el orgullo de tus altos estudios de Táctica y Estrategia en la Escuela Superior de Guerra de la República Argentina, pero en la guerra de España veías generales que a los treinta años de edad, sin ser militares de carrera, tomaban posiciones de combate prodigiosas. Con dos de ellos habías realizado ejercicios de guerra sobre la carta. Sorprendido por sus acertadas posiciones, le

preguntaste a Enrique Líster cuál había sido su formación. Te contestó que antes de la guerra había sido campesino y albañil. Lo mismo sucedió con Juan Modesto, quien siendo sargento en la Legión Extranjera, sus oficios eran los de carpintero y dibujante.

Cerca de la Navidad de 1937, viajaron con destino desconocido en secreto y junto a tropas muy bien armadas. Resistiendo los golpes de la nieve, esa noche treparon por una montaña que al amanecer te pareció un dinosaurio dormido.

«Veinte bajo cero». Esa fue la primera frase que escuchaste al entrar en la chabola, una cueva abierta entre las piedras y cubierta con chapas, en Gea de Albarracín, Teruel. Las gotas de agua que caían del techo de chapa recorrían unos tres metros hasta llegar al suelo y se convertían en piedras heladas cuando golpeaban contra la tierra.

A la mayor parte de esos hombres que te esperaban, los habías conocido en una escuela de guerra para nuevos oficiales a la que habías sido destinado como profesor, luego de tu encierro en el hotel de Madrid. Y ahora, aflojadas las desconfianzas del partido comunista, te habían nombrado consultor del estado mayor en el Frente de Teruel. A las pocas horas de estar allí se te acercó Alonso y te dijo que en un rato llegaría Uribe. Santiago Alonso tenía veinte años y era estudiante de letras. Había combatido en Guadalajara, era alto, delgado, siempre estaba prolijamente peinado con una raya al costado y llevaba una barba incipiente. Te costaba comunicarte con él porque era altanero, desafiante y además te hacía pensar que pertenecía a cierta clase de reclutas que al entrar en combate suelen morir entre los primeros.

Fuiste a un rincón para revisar las cartas topográficas. Todo indicaba que la caída de Teruel era inexorable y que se trataba del primer triunfo republicano en una gran batalla. Pero también dudaste de que el triunfo pudiera continuar. Entonces se te acercó Pablo Jamardo y te preguntó si con esas «barajas» llamadas cartas militares también se podría adivinar quién ganaría la guerra.

Jamardo era un campesino que recién había aprendido a leer y que había recibido instrucción militar en Madrid. En una clase sobre aprovechamiento del terreno en la que habías explicado las maneras de usar defensivamente la geografía, le preguntaste cómo aprovecharía un llano atacado por tanques. Como primera reacción, su respuesta provocó risas pero un segundo después había hecho poner seria a toda la clase: «Ni lo piense, mayor. Siempre la mejor manera de aprovechar un terreno es sembrarlo».

Jamardo era alto y fuerte. Había algo de caballo en la potencia de su rostro ovalado y vertical, en sus enormes dientes. Sus manos eran inmensas y parecía que el lápiz se iba a quebrar entre sus dedos. Tenía una escopeta de caza con culata de nogal y todos los días la limpiaba

mientras recordaba las corzas y los jabalíes que había cazado.

Una mañana gélida llegó Vicente Uribe, ministro de agricultura y dirigente del Partido Comunista. Con un lenguaje colorido, Uribe te explicó sobre las cartas que la ciudad estaba al caer.

—Quedan focos aquí, en el cementerio —te dijo— pero los que cavaron nidos de ametralladoras en las sepulturas van a quedarse en ellas.

Al retirarse Uribe, sus asistentes repartieron cigarrillos y sirvieron raciones de whisky en los jarros y tus compañeros se burlaron al ver que no tomabas alcohol.

Horas después, al salir de la chabola, se encontraron envueltos en una lluvia de escarcha y vieron a los guardias hundidos hasta las rodillas en la nieve.

Bajo una luna de acero, cruzaron carreteras hasta llegar a una pequeña ciudad cuyas calles estaban cubiertas de cadáveres y por la que merodeaban pordioseros que bajo la luz de los faros del automóvil saludaban levantando sus brazos escuálidos y cerraban el puño haciendo el saludo republicano.

También viste soldados que iban prisioneros porque se habían dado un tiro en los pies para poder retirarse, y entonces supiste de otros que pretendían expulsar a los heridos de los hospitales de campaña para ocupar sus camas y viste caballos perdidos que trotaban hacia ninguna parte y que con sabio instinto se cuidaban de no pisar los cadáveres humanos ocultos bajo la nieve, y viste parvas de cadáveres desnudos con ojos de pescado y te informaste sobre los ejecutados sin juicio y viste sesos estampados contra las paredes.

Sé que antes de regresar a la chabola y al caminar por la ciudad recién tomada, encontraste a tu amigo el doctor Grimbaun asistiendo heridos. Él te saludó con una frase que recordarías durante mucho tiempo después: «Filosofía de guerra paisano, unos hieren y matan, y otros curamos».

Finalmente, en medio del optimismo reinante, asististe a una reunión con gran parte del estado mayor. Pero cuando pidieron tu opinión, hablaste con extrema cautela.

—Tal vez nuestras fuerzas no sean suficientes para defender la ciudad conquistada y al mismo tiempo continuar con la ofensiva.

Nadie te contestaba, te miraban preocupados y luego de un breve silencio, retomaste la palabra:

—Pero si no avanzamos y tomamos las comunicaciones, tenemos que saber que el enemigo lanzará una contraofensiva a través de esas rutas.

Al retirarte, se acercó un coronel y llevándote del brazo hasta un rincón te habló con una voz en la que no había temor pero sí abatimiento:

—Pienso parecido, camarada, muchos de nosotros lo sabemos. El enemigo vendrá y este triunfo actual será un puto coño. Es así, lo que acabas de decir lo sabe hasta el mismo general Rojo, que es nuestro guía mayor.

GITANA

«Thamar, bórrame los ojos con tu fija madrugada».

FEDERICO GARCÍA LORCA

Morena como la Virgen de Guadalupe, alumbraba y deslumbraba al mismo tiempo. A mi hermana Lola le decíamos La Gitana porque era alta y su pelo tenía el color rojo oscuro de las cerezas maduras. De haber vivido en España hubiese cosechado lluvias de oles a cada paso. Yo tenía menos de diez años y ella acababa de ser madre, estaba casada con un millonario y me llevaba de vacaciones como acompañante preferido. En verano me compraba ropa, recorríamos las playas y las montañas y cada vez que salía con uno de sus admiradores, me dejaba con su pequeño hijo en la seguridad de un hotel. En invierno, nos llevaba a un cine continuado de Esmeralda y Corrientes y varias horas después pasaba a buscarnos e íbamos los tres en remís a comer a los mejores restaurantes de Buenos Aires.

La Gitana era nadadora de elite, ciclista de competición, pianista, bailarina del Teatro Avenida y figura bienvenida en todos los colmaos y troníos de Buenos Aires. Amaba a su marido de una manera muy especial, pero también se sentía atraída por los deportistas guapos.

Al poco tiempo de casarse empezó a vivir sola y recibía a su marido los fines de semana. Recuerdo que un día mi cuñado me llevó a los baños turcos y vi que en vez de calzoncillos usaba una bombacha transparente. Se lo conté a mamá y ella averiguó: era una ropa interior que le había prestado La Gitana porque, entre los pactos con su marido, ella había establecido que no le lavaba la ropa ni los calzones a nadie y hasta le exigía dinero cuando él quería sexo.

Lola estaba en pareja también con Pola, una bailaora flamenca de Lima, tan hermosa como ella y con la que habían intercambiado anillos de oro prometiéndose amor eterno. Y cuando esas dos mujeres se juntaban en casa de la Gitana o en un tablao, yo me preparaba para excitarme hasta el delirio: fuertes y femeninas, bailaban frente a frente bulerías, siguiriyas, soleares y cantaban evocando amores desgraciados. Revoleaban sus faldas mientras sus piernas desnudas, su ropa interior y sus escotes me arrancaban la cabeza con pensamientos prohibidos. ¿Podía desear a mi hermana? Sí, podía. Pero el hecho es que no sabía a ciencia cierta qué cosa era exactamente lo que deseaba ni tampoco sabía si en verdad quería realizarlo. Sólo sabía que me daban vértigos y estremecimientos cuando ella recitaba «Thamar y Amnón» de García Lorca: «Amnón estaba mirando/ la luna redonda y

baja/ y vio en la luna los pechos/ durísimos de su hermana».

La Gitana amaba a España más que a Argentina y, para desgracia de nuestro padre, era partidaria de Franco. En los tablaos que bailaba solía haber españoles que aseguraban que no eran nazis pero que hacían el saludo de Hitler. Una vez le pregunté por qué no era republicana y su respuesta fue simple: porque la República viene y se va, me dijo. Pero la España que yo amo es eterna, es flamenca y salerosa y su folklore brota de Andalucía, de los reyes católicos y de los faraones. Nada tiene que ver con esos rusos comunistas, me dijo, cuyas mujeres musculosas manejan locomotoras e ignoran lo que son las medias de nylon.

Al mismo tiempo, Lola amaba con locura a Federico García Lorca, sabía de memoria el *Romancero gitano* y varias de sus obras de teatro y pedía pena de muerte para los cabrones que lo habían asesinado.

Aunque ella ignorase los hechos políticos, toda su vida estaba impregnada de hechos políticos que parecían no poder alcanzarla. Y cuando la cuestionaban diciéndole que cómo podía ser de derecha con un padre de izquierda, había encontrado una respuesta que le calzaba de maravilla en un poema de Jacques Prevert: «Yo estoy con un pie en la orilla derecha, con otro en la izquierda y con el tercero en el culo de los imbéciles».

Ella e Isabel, su melliza, nacieron el 16 de septiembre de 1930, el día del golpe militar de Uriburu que derrocó al presidente constitucional Hipólito Yrigoyen. En septiembre de 1945, 15 años más tarde, conoció a David, descendiente de una millonaria familia de origen sirio libanés y precoz doctor de ciencias económicas. Un mes después de conocerlo, en octubre de 1945, el hermano menor de David, radical como toda su familia, fue asesinado de un balazo por una manifestación peronista cuando iba a la facultad de Ciencias Exactas. Su cuerpo fue trasladado a la comisaría segunda y cuando David y su familia fueron a reclamar el cuerpo, en la comisaría no quisieron recibir la denuncia y dijeron que allí no habían llevado ningún cadáver.

Trece días más tarde, la mayor parte del pueblo argentino se puso de pie, salió a la calle y el 17 de octubre de 1945 el peronismo cambió el curso de la historia. Diez años después, en septiembre de 1955, un golpe cívico-militar y clerical volteaba el gobierno de Perón y La Gitana supo que su esposo y los hermanos de su marido se habían convertido en «comandos civiles» y habían tomado con ametralladoras la misma comisaría en la que había yacido el cuerpo de su hermano.

Lo curioso es que La Gitana no se alteraba con estos sucesos y seguía bailando y cantando y ocultando a su marido (para no inquietarlo) que años antes la familia había tenido un maravilloso y liberador encuentro con Evita.

Poco antes de cumplir 40 años de edad, La Gitana y David fueron padres de un varón y, contra la opinión de la madre, su pequeño hijo fue circuncidado en una gran ceremonia religiosa. Le pusieron un nombre judío pero todos lo llamábamos «Churo» (por churumbel) como le decía la Gitana. Días más tarde mi hermana me dejó al cuidado del bebé mientras ella cumplía con una de sus salidas habituales. En eso estaba cuando fui a la cuna de mi sobrino que lloraba y, al alzarlo, me encontré con los pañales tintos en sangre. Sufría una secuela de la circuncisión. Desesperado llamé por teléfono a mi madre y se movilizó toda la familia, buscaron y encontraron a La Gitana y llevaron al pequeño a una guardia en donde lo trataron.

Después del golpe de Estado de 1955, vinieron tiempos grises, se terminaron las fogatas de San Pedro y San Pablo, no hubo más llamadores de bronce en las puertas, llegaron las marchas de la bronca e imperaron unos bares tristemente lácteos. Y hasta La Gitana, con problemas de salud, dejó de bailar flamenco, de entregarse al cante jondo con sus castañuelas y de cantar y recitar a García Lorca. Hasta que una tarde le descubrieron un tumor en un seno y fue internada en una clínica de Santa Fe y Canning. A la mañana siguiente fui a verla y antes de entrar vi que toda la familia lloraba en el hall de entrada del sanatorio. Imaginé lo peor y, con una frialdad que no me conocía, antes de entrar compré y comí un pequeño paquete de galletitas porque estaba en ayunas y pensé que, a partir del momento en que me dijeran qué era lo que había pasado y fuese lo que fuese, iba a pasar muchos días sin apetito. Al entrar me informaron que La Gitana había muerto por un problema con la anestesia.

La de Lola fue la primera muerte de nuestra familia luego de la de mi padre. Durante las 30 horas del velatorio no me pudieron sacar de su lado ni pudieron acallar mi llanto desesperado e ininterrumpido: miraba su frente joven y bella. En mi cabeza recitaba el final del Romance de la Guardia Civil Española: «¡Oh, ciudad de los gitanos! ¿Quién te vio y no te recuerda? Que te busquen en mi frente. Juego de luna y arena».

Su hijito, sin la música y las nanas que le cantaba la Gitana, se fue callando, dejó de comer y en un momento hasta dejó de hablar. Sin la voz de La Gitana había menos luz, porque ella, con su lenguaje, le cambiaba las palabras con que el mundo le llegaba ya pensado y definido. Sin el baño de lenguaje materno, Churo fue perdiendo carne, desapareciendo, hasta que siendo aún un niño, tuvo una internación psiquiátrica y, si bien salió al tiempo, tardó toda una vida en volver a sonreir.

EL HOMBRE DEL IMPERMEABLE

En aquel segundo en que el azar nos puso frente a frente, yo estaba furioso y tenía un arma cargada y lista para disparar.

Nunca había visto a ese hombre y después de dispararle no volví a verlo ni supe nada sobre él. Podría alegar que si lo herí o lo maté no quise hacerlo. Sin embargo, ya pasados tantos años, aún siento que me mira con aquel gesto entre sorpresa y reproche. Lo cierto es que aunque deseo recordar sólo ese instante, la memoria es un ejemplar de manada, no suele venir sola.

La memoria viene con el recuerdo de Gastón Marelli, delegado de los trabajadores del Ferrocarril Roca, a quien vi una madrugada caminar por la explanada del aeroparque cantando «La Internacional» hasta que lo subieron a un avión militar a punta de fusil.

Joven, atlético, soñador y sanguinario, era el amigo más confiable y querible en aquellos años revolucionarios.

A los diez años, con Marelli jugábamos al fútbol en los potreros de Avellaneda y después nos tirábamos en el pasto. La vida que bajaba desde el sol parecía encontrarse con nuestras propias vidas, que subían hacia el cielo, entrelazadas y sin lágrimas.

El recuerdo llega también con la imagen de Francisco Barbieri, delgado, elegante, pálido, de ojos negros y cejas espesas. Sus manos eran delicadas y resultaba difícil relacionarlas con las duras peleas callejeras en las que participaba. Diez años mayor que Marelli y que yo, Francisco era un estudiante avanzado de abogacía y estaba convencido de que Perón, al regresar a la Argentina, realizaría una revolución que tendría semejanzas con la de Fidel Castro en Cuba.

Fue en aquella época cuando me sentí comunista y mi madre y mis hermanas se estremecieron porque la sombra del Capitán Frontera regresaba en su último hijo y porque la palabra comunismo estaba unida a una guerra que mi familia había perdido el mismo día en que mi padre se alistó en el ejército de la República de España.

Estaba por entonces lleno de odio hacia mí mismo, un odio que no era por lo que yo pensaba sino por lo que yo era: un vago sin destino y que se creía un iluminado.

Junto a Ernesto, Francisco y otros amigos fundamos el Comando Espartaco en el que no se discutían las muchas diferencias políticas que había entre nosotros y sólo se trataba de fabricar armas y atacar a quienes llamábamos la oligarquía. Y fue así que en las paredes de San Cristóbal, los vecinos pudieron leer nuestra amenaza pintada con carbón: «Ojo gorilas, Espartaco vigila».

Nuestros primeros actos revolucionarios estaban más cerca del ridículo que del heroísmo. En una oportunidad, al conocer la eminencia de una razzia policial, y como teníamos cientos de volantes de la CGT clandestina llamando a un paro general, decidimos eliminarlos sin ser descubiertos. Después de mucho pensar, nos convencimos de usar los incineradores de residuos que por entonces tenían los edificios: algo parecido a un buzón en el que se arrojaban las bolsas de basura que caían hasta el sótano, donde resultaban carbonizadas en un horno.

Recurrimos entonces a un tal Julio que vivía en una portería de la calle Chile y Entre Ríos. Pusimos las pilas de volantes en el horno y encendimos el fuego. Ya finalizábamos la tarea, cuando al sótano entró la madre de Julio, roja de ira, gritando que la íbamos a matar del disgusto. No habíamos puesto sobre el horno la parrilla que impedía que los residuos fuesen aspirados hacia afuera por la presión del aire y en varias manzanas a la redonda, cerca del Congreso de la Nación, estaban lloviendo intactos nuestros volantes llamando a la huelga prohibida y a la insurrección.

Pero una noche helada mi interludio con el Comando Espartaco terminó. Con Marelli nos postulamos para un ataque contra el periódico de Damonte Taborda, un político que «hacía campaña para sí mismo traicionando a Perón».

Primero pasamos por el Sindicato de Farmacia de la calle Rincón, en San Cristóbal, donde el dirigente Jorge Di Pascuale nos entregó dos molotov de ácido que estallaban sin tener que encenderlas. Y enseguida, Sebastián Borro (líder peronista del gremio de la carne) aportó un automóvil y nos presentó a varios compañeros que se ofrecieron para hacernos de campana mientras arrojábamos las molotov en la redacción del periódico *Resistencia Popular*, en la calle Riobamba.

Uno de nuestros custodios iba a ser Francisco, que siempre estaba armado. Pero el problema era que Francisco, por aquellos días, tenía un eczema en la axila izquierda y llevaba repetidamente su mano derecha hacia el sobaco: nunca sabíamos si lo hacía para rascarse o si estaba por sacar el revólver y empezar a los tiros.

Marelli y yo bajamos del auto y entramos al periódico con la mente en blanco. Y entonces, apenas entramos, nos topamos con dos compañeros muy amigos y que pertenecían a un grupo peronista llamado Comando Nacional. Al vernos llegar con las molotov, alzaron los brazos aterrorizados y dijeron que no, que había una grave confusión, que debíamos arrojarla «en la casa de un traidor, en otro lugar y otro día».

La nueva orden fue dejar las bombas en el diario y reunirnos con un grupo de compañeros entre los cuales estaban Norma Kennedy,

militante peronista que devendría amiga de José López Rega y sería señalada como organizadora principal de la matanza de Ezeiza; Beatriz «Bechi» Fortunato, responsable de la primera acción de la guerrilla urbana en Argentina al tomar un puesto de guardia aeronáutico en Ciudad Evita, y Gustavo Rearte fundador de la Juventud Peronista en 1957. Una vez reunidos, recibimos la instrucción de dirigirnos en grupos de a dos hasta Sarmiento y Riobamba.

Aquel era un invierno difícil, anochecía temprano y circulaba poca gente por las calles. Y entonces, simulando una charla sobre fútbol, nos quedamos en una esquina mientras los demás ocupaban las otras tres. Barbieri, en plena calle, me acercó entonces una pistola Ruby calibre 22 con siete balas:

—No hagas boludeces, pero tenela, la podés necesitar —me dijo.

A los pocos minutos vimos pasar lentamente por Corrientes varios patrulleros con las licuadoras encendidas y enseguida, después de la policía, una larga manifestación que exigía la prohibición electoral del peronismo. Detrás de los patrulleros marchaba un automóvil Ford Falcon sin chapa con un gran cartel en el que se leía el nombre del diario *Crónica*.

Gustavo Rearte indicó que nos dirigiéramos en grupos hasta la Avenida Corrientes. Y entonces, una vez que la manifestación había pasado y sólo quedaban los rezagados, nos juntamos y empezamos a insultarlos.

Éramos diez o quince personas, pero ellos eran una multitud y se nos vinieron encima. En pocos segundos estábamos en una pelea generalizada y alcancé a ver que uno de los supuestos periodistas bajaba del Falcon, esposaba a uno de los nuestros y se lo llevaba a gran velocidad abriéndose paso con la sirena.

Se escucharon varios disparos y alguien gritó que habían herido a un hermano de Gustavo Rearte. Y de pronto vi a un tipo muy robusto y de unos 50 años de edad que le tomaba un brazo a Marelli, le hacía una palanca y le estrellaba la cabeza contra una pared. Mi amigo, vencedor en todas las peleas, intentaba zafarse pero era inútil porque el coloso no lo soltaba.

Era un hombre cada vez más grande, tenía puesto un impermeable amarillo y con su mano libre intentaba sacar algo de un bolso. Entonces saqué la pistola, le quité el seguro, empujé la corredera hacia atrás, la dejé ir, y supe que ya tenía una bala en la recámara. Tomé el arma con ambas manos y le apunté a la altura del pecho. Nos miramos a los ojos. No tuve piedad ni miedo y ni siquiera odio. No hubo emoción alguna. Sólo sentí que yo era otra persona. Y disparé. Escuché el estampido, vi chispas y la pólvora me ardió en la nariz.

El hombre del impermeable, ahora arrodillado, me miró.

Quedé abstraído y sin entender qué había hecho. Y fue entonces cuando «Bechi» me dio un cachetazo en la cabeza y gritó: «Rajá, pibe, rajá».

Lo primero que vi después del disparo fue a Marelli corriendo conmigo por Riobamba y recuerdo que, al llegar a la calle Lavalle, el auto de los compañeros nos alcanzó y nos llevó hasta una casa operativa de Carlos Calvo y Saavedra, en San Cristóbal.

De a poco nos fuimos reuniendo y a medianoche llegó Norma Kennedy con comida caliente. Era una mujer delgada, intimidante y su mirada parecía una plancha de acero. Pero esa vez fue maternal: «Comé, compañerito, invita Perón», dijo y me dio un beso en la frente. Barbieri me dijo que la 22 era mía y que la tuviese para siempre.

Pero yo la rechacé. Fui al baño y lloré y vomité. Pensé que tenía 17 años y que ni siquiera tenía padre. Recién empezaba a saber quién había sido mi padre y ya tenía con él una diferencia crucial: yo no podía matar a conciencia, yo no quería matar pero, ahora, tenía que arrastrar por el resto de mi vida la carga de haber disparado contra una persona. No sabía si estaba arrepentido o si sólo tenía miedo de las consecuencias que vendrían por ser un asesino.

Mi ataque a ese hombre no fue publicado en ningún diario y tampoco fue informado en ninguna radio. Quizás no lo había herido ni matado. Pero con ese «quizás» ya tenía para toda la vida.

En cierta forma, sentía que había matado a mi padre. Pensé que suicidarse era más fácil que matar y que si en verdad había matado o herido a una persona, nunca me lo perdonaría.

Volví a casa y durante varios días lloré y ni asomé la cabeza a la calle. Soñaba, repetidamente, que el hombre agonizaba y que yo lo abrazaba y lo besaba en la frente para que no se le disolvieran los ojos.

ASAMBLEA DE LOS CONDENADOS

UNO.

El viernes a la noche Mariana se durmió sentada a la mesa, mirando el pastel de papas que se había desarmado. Al despertar, cerca de la medianoche, yo no había llegado. Ella no sabía nada de la beba de Vicky y en la claraboya del comedor no había una sola estrella.

Mariana había soñado que caminaba por una calle oscura y que después de bajar la escalera del subte de la esquina de Callao y Córdoba, llegaba a una casa de sepelios. Buscaba un nombre en la lista que estaba en la vitrina de entrada pero sólo había una frase: «Aquí no se velan cuerpos. Sólo almas».

Al despertar, vio que eran las ocho de la mañana del sábado y se vistió rápidamente, tomó café, decidió llamar a su mamá desde un público para decirle que no iría a trabajar y subió a un colectivo.

Después de atravesar las calles húmedas y la espesura de los bares de Constitución, vio el hospital desde la ventanilla y le pareció el lugar más deficiente del mundo.

La lluvia era una espuma helada y ni siquiera pensó en abrir el paraguas. Cruzó el playón y entró. El tipo que la atendió, tal vez un colaboracionista, tenía un ojo castaño y el otro blanco. Ella notó que con el blanco no veía nada. Preguntó por mí y el hombre, con el ojo castaño, buscó unos minutos en un cuaderno. Finalmente bajó la cabeza y le habló de mala manera.

—No estamos en horario de visita y además tiene las visitas canceladas.

Ella le dijo que debía existir una equivocación. Y que además los carteles decían que era un «hospital de puertas abiertas».

El guardia volvió a bajar la cabeza y habló con resignación, ahora tuteándola:

—Mirá, la orden escrita está aquí, firmada por el doctor. Velo el lunes a Fontana y preguntale a él, pero te aclaro que los lunes está muy ocupado.

Mariana fue a sentarse en un banco de cemento en el hall. Empezó a fumar y todos los que pasaban le pedían cigarrillos o monedas o le decían tonterías.

De pronto se le acercó un joven morocho con un pantalón ceñido y que a pesar del frío andaba en mangas de camisa. Estaba peinado con jopo, olía a spray y sonreía con una hilera de dientes blancos que

relucían debajo de unos labios de mulato. Si de lejos ella había creído ver a un bailarín gitano, de cerca le pareció un tehuelche.

—No tengo dudas, vos debés ser Mariana. Y yo soy… bueno, a mí me dicen La Promesa, estarás enterada de mi existencia.

La besó en la mejilla. Y la abrazó. Y ella sintió que el de La Promesa no había sido un abrazo de varón.

La Promesa le contó los incidentes que habían terminado conmigo castigado. Le dijo que a Ricky lo habían mandado a un pabellón del fondo sólo por haberme defendido de la brutalidad de los enfermeros que me habían reducido para que no siguiera lastimándome.

Le dijo también que debía ir cada tanto para ver cómo estábamos y para ponernos la chata a los dos. Le aclaró que ella no podía ir a ese lugar y la invitó a que la esperase tomando un mate cocido en el bar, que por milagro había abierto a pesar de ser sábado.

En el bar, Mariana pidió un mate cocido, sacó el cuaderno y en vez de hacer círculos grandes y otros más chicos como hacía siempre, se puso a escribir:

«Mis huesos crujen como muebles viejos y el silencio es nada más que esta pobre mano mía que no encuentra tu cara. No me dejes eternamente en el descampado, tomando mate con La Promesa y comiendo bizcochitos de grasa entre lágrimas enormes que me van a romper los ojos. Serafín escandaloso te deseo, extraño la sabiduría de tu boca y los conocimientos de tus manos pero sé sol, salvame. ¿Qué pasa con mis ojos oscuros que ya están verdes de tanto llorar?»

De pronto alguien habló a sus espaldas y era otra vez La Promesa:

—Ah, qué maravilla. Vos también sos escritora.

La acompañó hasta la puerta del hospital y Mariana quedó en volver el lunes. Y ese lunes, a las ocho de la mañana, estuvo en la puerta del consultorio. Estaba tan concentrada en la entrevista que al entrar no vio en el hall los anuncios de una asamblea, ni los carteles del Ministerio de Bienestar Social ni los volantes de los sindicatos, de varios partidos políticos y de agrupaciones peronistas de derecha.

Fontana llegó a las 9. Ella le dijo dos palabras y él la interrumpió para decir que no podía atenderla. Ella le aclaró que era muy importante y, luego de mirarla de arriba abajo, él le dijo que después de que atendiese a los visitadores médicos tal vez la vería. No le dio tiempo para decir quién era ni por qué estaba allí.

Cerca de las diez, Fontana se asomó y le hizo una seña con la cabeza para que entrase. Cuando ella se sentó, él dijo que regresaría enseguida y volvió a salir. Mariana encendió un cigarrillo y empezó a mirar los folletos de propaganda médica que estaban sobre la mesa. Se detuvo en una publicidad colorida que mostraba un cuadro y tenía un epígrafe: «Anciano en pena» (En el umbral de la eternidad). Reconoció la obra de Van Gogh y leyó en grandes letras: «Para trastornos

psicóticos, Fludimat».

Retorció el cigarrillo contra el cenicero y le dieron ganas de escapar. Pero detrás de unas carpetas con historias clínicas, vio otro folleto que le molestó aún más que el anterior: en primer plano la cara bellísima de un niño y, detrás, una mujer tirada sobre una cama con el pelo revuelto y cubierta con una *robe* mugrienta. Y bajo el rostro deprimido de la mujer, leyó: «Mi mamá no me quiere más». Y el texto recomendaba: «Si la depresión te impide querer a tu hijo, tu solución es Imipranina».

Fontana volvió a los pocos minutos, era alto y barrigón. Usaba mucha ropa de abrigo y tenía por lo menos dos pulóveres debajo del guardapolvo. Su pelo era blanco y todo en su cara era agudo: tenía la nariz afilada, los labios finos, la mandíbula puntiaguda y la mirada de quien se cree superior. Sus palabras cortaban como un bisturí oxidado.

Ella mencionó mi nombre, le explicó que necesitaba verme y él le contestó que eso era peligroso porque yo estaba en crisis. Y de pronto, después de mirarla detenidamente, le preguntó si no había estado en la peña Martín Fierro.

—Eso no tiene nada que ver —le dijo ella.

Pero él la interrumpió:

—Seguro que vos estudiás psicología. Escuchame bien lo que te voy a decir —agregó en voz alta—: los psicólogos son la peste de la salud pública.

Con un puño cerrado sobre la mesa le dijo que los subversivos de la peña eran más locos que los locos porque pensaban que los enfermos mentales en vez de locos eran héroes de la cultura y finalmente respiró y dijo una última frase antes de abrir la puerta para que ella se fuera:

—Y para colmo se te ocurre tener un amorío con un paciente grave y querés seguirlo aquí, en un hospital público.

Ella caminó esquivando a los que le pedían monedas y cigarrillos, y al volver al pasillo se le acercó un hombre gordo, ojeroso y pálido en piyama y con el flequillo de Hitler. Le dijo que era abogado y la persiguió hasta la cooperativa, pidiendo que por favor le llevase un escrito a Tribunales. Aquí está todo, dijo y le largó un discurso:

—Con este escrito el país sale de la malaria, aquí explico con lujo de detalles cómo podemos activar los fondos monetarios, llevameló, dale, linda, chiquita. Pero contestame. ¿Qué te pasa? ¿Quién te creés que sos? Tomatelás, brígida, engrupida, qué te creés, que tenés culo con rosca te creés.

De pronto, a las diez de la mañana de aquel lunes, Mariana me imaginó lastimado y, sin esperar a La Promesa, salió corriendo y una vez en la calle ni siquiera le llamaron la atención los micros con manifestantes que iban para el lado del hospital.

Llegó a su casa, limpió frenéticamente, otra vez puso veneno para cucarachas, llamó a su mamá, le dijo que el martes iría a trabajar y decidió que de ahí en adelante dejaría de lado todo lo que no fuese conseguir mi alta y vivir juntos.

DOS.

Aquel mismo lunes al mediodía yo era un espantapájaros relleno de paja mientras Ricky me sacudía los hombros y La Promesa me acariciaba el pelo y ponía una cara solemne, como de prócer de billete. «Despertate», me dijo Ricky, «hoy es el día menos pensado». Supuse que sería 25 de Mayo, que habría cantos patrióticos y que alguien repartiría chocolate caliente. Pero no escuché el himno —ni siquiera un piano— y recién entonces me di cuenta de que no estaba nuevamente en el segundo grado de la primaria.

Primero ayudaron a que me sentase. Después me puse de pie y advertí que, además de drogado hasta la médula, estaba muy triste.

—Yo te llevo el perchero —dijo Ricky y levantó el trípode con el suero. Al salir al pasillo escuchamos los cantos, los gritos, los tambores y los bombos. Y vimos que llovían volantes de colores—. Vos quedate aquí, sentado en la escalera y con el suero bien pegado a la pared, para que ningún pelotudo te atropelle.

De pronto vimos entrar al hall un grupo como de diez tipos diciendo que habían pertenecido a la peña Martín Fierro.

—Pero qué locura —dijo La Promesa—, algunos de estos son los mismos que prohibieron la peña.

En pocos minutos llegaron varias decenas de personas y el hall quedó cubierto de banderas, carteles, consignas y redoblar de tambores. Y no tardaron en sumarse casi todos los pacientes, salvo aquellos que no podían moverse porque estaban extraviados en el infinito desierto de la cama psiquiátrica.

Hasta en el último pasillo resonaban los cantos y los gritos de «Ni yanquis ni marxistas, somos peronistas» y «Perón, Evita, la patria peronista» y se les fueron agregando los familiares, la mayoría mujeres, que habían llegado muy temprano de visita con sus bolsos y con los frascos de mermelada envueltos en papel de diario y los rosarios las revistas las estampitas de la Madre María los sánguches de milanesa el dominó las barajas los termos para el mate y los bizcochuelos porque en los manicomios (como en las cárceles) los días de visita siempre son el Día de la Madre o del novio.

Eran las primeras horas de la tarde del lunes, recién empezaba a despertarme y pude advertir que nadie tomaba la medicación y que ninguno pedía cigarrillos ni monedas; un linyera de torso desnudo que

danzaba con pasos majestuosos y sacudía un palo que en la punta tenía un cartón en el que se leía escrita con lápiz rojo una consigna de la peña prohibida: «En el país de los ciegos el tuerto está preso». El tipo bailaba lentamente y tenía puestas unas botas enormes pero enseguida noté que no eran botas sino pulóveres, chalecos y hasta una corbata envolviendo cada uno de sus pies.

Y también llegó un grupo del hospital de mujeres que bailaban y coreaban llevando el compás:

«Aquí están estas son
las loquitas de Perón».

El hall era el escenario de una asamblea multitudinaria de seres prolijos y con corbata pero también de personas temblorosas y harapientas y de muchachas cubiertas con viejos batones y Coquito el microcéfalo corriendo y diciéndole a todos «Mamá» y «Papá» y Pandiayer hecho una fiesta y saltando por el pasillo preguntando «¿Ónde ía ió?» «¿Ónde ía?» y todos deliberaban sin ocasionar los incidentes que los médicos reunidos bajo llave en la dirección aseguraban que no tardarían en producirse y sobre el busto de un tipo que nunca nadie supo quién era estaba Pajarito Bernales, recién importado del Instituto de Menores Agote, y que insistía en decir que entre los institutos y los hospitales había recibido tantas sesiones de picana y electroshock que ya eran suficientes como para recibirse de ingeniero electrónico y Pajarito silbaba imitando canarios zorzales y jilgueros pero también estaban aunque callados y tomando notas los miembros de una organización integrada por colaboracionistas y enfermeros y médicos involucrados en el comercio de comida tabaco alcohol y marihuana pero entre todos ellos brillaba el doctor Carlitos Vázquez el que solía llevarse en el portafolio los pedazos de carne que después no comíamos los pacientes y estaban los representantes del Ministerio de Bienestar Social organizando lo poco que podía ser organizado y además se habían hecho presentes algunos de esos médicos que ante la enfermedad mental consideran únicamente los datos orgánicos porque están científicamente convencidos de que la salud mental depende de un cerebro bien nutrido y sobre todo bien dormido y era por eso que durante muchos años se habían considerado a sí mismos como los indiscutidos dueños del manicomio y de los cuerpos, auténticos amos de la locura, y eran, al mismo tiempo, los que sostenían que el hospital debía ser el casto recinto de la caridad la casa de los pobres el hogar de los que tienen deformado el cráneo podrida la corteza arruinado el seso agujereada y achatada la frente y porque según ellos el manicomio era el único lugar en el que esos seres últimos tenían derecho a reclamar una limosna de las

personas generosas y de bien pero siempre y cuando conservasen su lugar y no hicieran gestitos obscenos con las manos.

Ya estaba muy pasado el mediodía cuando me quedé paralizado en la escalera, apoyado contra la pared y mirando sin entender o sin querer entender clavado contra el mármol y como si me hubiese convertido en una estatua sin música.

Y fue entonces cuando los enfermeros y trabajadores que representaban al ministerio del bienestar de no sé qué cosa bajaron la reja de entrada y el paso quedó interrumpido para los policías aunque de todas maneras nadie tenía miedo de esos vigilantes culones, panzones y sofocados y fue entonces cuando un representante de los sindicatos rodeado por colaboracionistas de distintos orígenes y de enfermeros agresivos dijo compañeros y repitió varias veces la palabra compañeros como si estuviese templando una guitarra y luego empezó a hablar y dijo que la política acababa de entrar gloriosamente al hospital y que esa asamblea se realizaba porque las autoridades no tenían interés en nuestros problemas porque no les importaba un carajo de los trabajadores de la salud ni, lo que es mucho más grave, tampoco les importaba nada de los pacientes que un día habían sido los gloriosos grasitas de Perón y de Evita y siguió y que patatín y que patatán y pareció que nadie le creía aunque tal vez algunos sí y después de que habló corrió la marcha peronista por los pasillos como si fuese una centella y llegó a los descampados y retumbó al compás de las banderas y de los tambores pero después de esa parte que fue la mejor el orador siguió diciendo y asegurando que de la vida de ustedes los pacientes tampoco les interesa a los que intentan vendernos psicologías importadas y extrañas a nuestro ser nacional y popular y que se preocupan por el Complejo de Edipo de cuanto pelotudo anda suelto por Barrio Norte reclamando el amor de unas madres cuyas tetas secas ya no dan más leche mientras ustedes aquí apenas si comen y no hay agua caliente y las terapias no existen, pero entonces unos que se veía de lejos que eran estudiantes notaron alguna falsedad y empezaron a hacer gestos de molestia y a levantar las manos y parecía que el tipo ya no sabía hacia dónde llevar el discurso y dijo que las instrucciones que traía de la asamblea del ministerio del bienestar y del compañero José López Rega eran en primer lugar hacer saltar a los gorilas y en segundo lugar el otro gran objetivo el principal era nombrar un interventor médico que fuese insospechable de simpatizar con eso de la patria socialista pero pareció gracioso porque antes había mencionado el Complejo de Edipo y Lozano el psicólogo que tenía quemada la cabeza por el LSD y estaba internado por su adicción pareció recordar de golpe el drama de Sófocles y empezó a corear algo que hizo reír a unos pocos pero que enojó al orador y a sus acompañantes:

«Freud, traidor,
a vos te va a pasar
lo que le pasó a Vandor».

El representante de los sindicatos y del ministerio se mostró indignado y sin tener en cuenta que el licenciado Lozano estaba absolutamente loco le dijo que con Vandor no se jodía y que había que respetarlo y le dijo que, ahora, de lo que se trataba era de elaborar un nuevo modelo médico de base nacional y popular y de construir una psicoterapia peronista sin pajerías intelectuales, pero apenas dijo eso alguien lo interrumpió y fue La Promesa:

—Mirá, ñato, no te tirés contra los pajeros porque caemos todos en la volteada.

Y otra vez la asamblea empezó a reír pero el delegado continuó y dijo que interpretando a los presentes y a las bases y a los enfermeros y a los médicos y a todos los que eran conscientes de nuestro destino de grandeza proponía que el gobierno nacional y popular interviniese el hospital y que levantasen la mano los que estuviesen a favor, votemos compañeros, dijo, y la intervención al hospital, fue, según él, aprobada por mayoría absoluta y aclamación y aunque la mayoría no había levantado ninguna mano. Y entonces muchos pacientes se pusieron densos y Pajarito, trepado al busto del desconocido, dijo que nadie podía asegurar que los nuevos médicos iban a ser mejores porque él nunca había conocido a un psiquiatra que fuese mejor que otro y pidió la palabra el gallego García, ex chofer de colectivos, con un año de internación y que había atropellado y muerto a un niño, y al verlo creí recordar que alguna vez yo El Interesante había viajado por la mente de García y que en aquella oportunidad me había parecido ver a un chico que cruzaba asustado delante del capó y después no vi nada más porque se astilló el parabrisas, y bueno, la cosa fue que García dijo que quería un diagnóstico para él y para todos los que habían sido internados por decisión judicial porque la justicia hacía rato que los había absuelto pero no podían irse de alta porque los médicos decían que faltaba no sé qué diagnóstico y me pregunto, dijo García, cómo vamos a tener un diagnóstico si nunca hablan con nosotros y entonces, al ver que la cosa se estaba poniendo fea, el orador habló pausado y con un gesto tolerante y democrático dijo calma compañeros porque para cambiar las cosas hay que empezar por la cabeza y no se puede llenar al interventor de problemas apenas asuma, porque eso sería ponerle el palo en la rueda al ministerio y al gobierno nacional y popular y acto seguido y para cambiar de tema el orador dijo tiene la palabra el compañero Gómez y el compañero Gómez era otra vez La Promesa que sacó el prospecto de uno de los medicamentos que le estaban dando a Ricky y lo leyó en

voz alta: «Esta droga produce reducción motora, apatía, alucinaciones y diarrea» y esto, agregó el compañero Gómez, o sea La Promesa, se lo dan todos los días y para colmo los mismos médicos que lo recetan le dicen al paciente que es un vago que está viendo cosas raras y lo insultan cuando se caga encima y acaso no es eso lo que produce este remedio, lo que me parece, dijo La Promesa, es que este hospital es una enfermedad y fue entonces cuando en la asamblea de los condenados se empezaron a levantar los ánimos y Spinelli, otro drogadicto, pegó el grito: «La Promesa es más puta que las gallinas, pero no es boluda», dijo. Y La Promesa le contestó «Que con tu pan te lo comas, guacho» y fue ahí cuando muchos pacientes y familiares empezaron a cansarse y uno preguntó qué carajo iba a pasar con los electroshocks, con los chalecos de fuerza, con los atados a la cama, con la comida, con los golpes de los colaboracionistas y fue entonces cuando se percibió que los organizadores se arrepentían de haber convocado a los pacientes y el orador juró que todo iba a ser incluido en un petitorio para el compañero interventor y se dio por finalizada la asamblea. Y entonces, a los pocos días, asumió el nuevo investido de poderes y tuvo una sola duda: ¿Debía poner el retrato de San Martín en el medio de su despacho y a los costados los de Perón y Evita? Pero eso no lo convenció porque quedaba afuera Isabelita y entonces, finalmente, decidió poner sobre el escritorio solamente a San Martín y a Perón.

«SI LA MADRE ESPAÑA CAE, DIGO, ES UN DECIR, SI CAE»

(CÉSAR VALLEJO)

Los refuerzos y las provisiones sólo llegaban en la oscuridad y, al marchar de una a otra posición, la infantería tropezaba con los restos de los caballos muertos y cubiertos por el hielo. Hasta que finalmente llegó la mañana, un sol lánguido reverberó sobre la nieve, permitió el avance de los carros de combate y empezó la contraofensiva.

Llevabas una libreta de apuntes con el número de caídos y anotabas primero las bajas propias y después las del enemigo. Los días iniciales habían sido positivos: 1x1 y 1x2. Pero durante la contraofensiva las cifras cambiaron dramáticamente: 1x1, 2x1 y hasta 6x1, ahí fue cuando dejaste de anotar.

Como era de esperar y por la dureza de los combates, en ambos ejércitos empezaron los ataques de pánico y las deserciones. En un simulacro, los fascistas echaron al aire un humo coloreado y muchos republicanos huyeron de las trincheras creyendo que se trataba de gas venenoso.

A mediados de febrero y en medio de una espesa niebla, se dispuso que varios voluntarios se adelantasen para encontrar un camino por el cual retirar las tropas y salvar, al menos, una parte del ejército republicano.

Se ofrecieron Jamardo, Alonso, Villavedele, un mozo que había tenido un bar en Madrid, y unos cuantos hombres que volvían agotados del frente. Pero hacía falta que un oficial los dirigiese y los hombres de tu curso pidieron que marchases con ellos. Los mandos te autorizaron y te sumaste a las filas del grupo vigía.

Horas más tarde, en un cruce de caminos, se adentraron por un costado de las líneas y emprendieron la marcha con la nieve hasta los tobillos. Iban callados, transpirando contra un viento helado y oyendo el tronar de la artillería del otro lado de una sierra. Pero no habían andado mucho cuando sintieron que el suelo temblaba y escucharon el griterío de los moros y el relinchar de sus caballos.

Al salir de Buenos Aires habías prometido que de ser necesario ibas a dar tu sangre por la República y, tal vez, en aquel momento, sentiste que te la venían a reclamar.

Tus compañeros lanzaron una bengala para informar la presencia enemiga y no tardaste en ver y escuchar cómo los moros se apeaban y

empezaban a disparar con sus fusiles alemanes. Villavedele fue el primero en caer de un tiro en la frente. Alonso murió dando pruebas de coraje y de falta de criterio: apenas iniciada la lucha se parapetó, apuntó, apretó el gatillo de su fusil y olvidó sacarle el seguro. Jamardo sobrevivió con muchas heridas y perdió parte de su escopeta al romper la culata de nogal contra la cabeza de un árabe de ojos celestes que murió con su gumía apretada en la mano derecha.

El resto del batallón llegó minutos después y encontró pocos sobrevivientes. Jamardo había quedado recostado contra un pino, inmenso como era temblaba como un chico, con los restos de su escopeta apretados contra el pecho. Vos, después de tu primer y último combate cuerpo a cuerpo, tenías, entre otras, una herida de bala, varios cortes en el cuerpo, y no lograbas arrancar de tus oídos el crujido de los huesos contra las bayonetas, no dejabas tampoco de rugir como una bestia y te sentías responsable de los hombres que se habían perdido.

Mientras te trasladaban en camilla, uno de los enfermeros te ofreció una taza con vodka y la aceptaste rompiendo tu juramento de que no ibas a fumar ni tomar alcohol mientras estuvieses en la guerra. Pero no sólo la tomaste de un trago sino que también pediste otra. Y otra.

Después tus compañeros cavaron rápidamente y sin hacer distinciones enterraron juntos a los caídos de ambos bandos, en una tumba a la que algunos llamaron santas masas.

Después del combate, reintegrados al regimiento, eran unos dos mil hombres. Un ejército de mendigos. Y lo más absurdo era que el poco abrigo que llevaban era oscuro y ese color, contra el blanco de la nieve, los delataba ante los cazas enemigos que los ametrallaban a campo abierto.

MOMENTO PROUST

«El duelo es hacer nuestra una ausencia definitiva.
El duelo es hacer nuestra la existencia de un vacío».

CARLOS PIERA, Introducción a Tomás Segovia: “En los ojos del día: antología poética”.

En la valija de cartón con la que mi padre fue y volvió de España, hay un cuaderno con tapas de cuero cuyas hojas blancas ya estaban amarillas la primera vez que las vi. Ese cuaderno guarda notas sobre la guerra, fotos de personas que nunca sabré quiénes eran, cartas de mamá y documentos políticos y militares. Entre esos papeles hay un volante mimeografiado fechado en Valencia en marzo de 1937 y titulado «Biografía de militantes». Se trata de un cuestionario que completaron mi padre y miles de combatientes de España y de muchos países para afiliarse al Partido Comunista durante la guerra. Llama la atención que uno de los ítems (que papá dejó en blanco), señale que el nuevo afiliado, en caso de ser casado, deberá declarar la ideología política de su esposa y, en caso de tenerlos, las de sus cuñados y suegros.

La valija anduvo perdida de casa en casa durante largo tiempo hasta que, poco antes de cumplir veinte años, la recuperé de manos de mi hermana Esther.

Al releer los documentos del cuaderno, lo primero que noté fue que con cada uno de esos datos, la familia había construido relatos orales que gracias al lenguaje entrerriano y cimarrón de mamá, no habían tardado en convertirse en capítulos de una extensa novela familiar.

—¡Pero, Monito! —solía decirme mamá— tu padre nunca fue comunista, más bien era anarquista. Pero eso sí —aclaraba—, comunista con carné se tuvo que hacer en España, por obligación y para que confiasen en él y lo mandasen a la Batalla de Teruel.

Cada tanto y contra su voluntad, a mamá la visitaban algunos militares argentinos que habían sido compañeros de papá en el Colegio Militar. Durante la guerra de España, sólo pasaban por casa para husmear.

Una noche llegó un coronel en actividad que le había prometido a mi madre una autorización para visitar a papá en la cárcel de un regimiento. Además de no cumplir con su promesa, se había convertido en un detective baboso que acosaba a las ocho mujeres de mi casa.

El hombre golpeó la puerta y pegó el grito diciendo que era el

coronel Baltazar, ordenando que abriesen.

Mi hermano Juan, el boxeador, sabía la historia del coronel. Le abrió la puerta, se puso en guardia, y le dijo que si de verdad era Baltazar y no quería que lo cagase a trompadas, se fuera en ese instante y volviese el 6 de enero y sin olvidar los regalitos.

Meses después de recuperar la valija y de revisarla muchas veces, tuve sucesivas crisis de insomnio. Hasta que un amanecer en mi cuarto de pensión, me levanté de un salto y empecé a buscar otra vez el cuaderno.

De un bolsillo lateral de la valija cayó entonces algo que no había visto anteriormente. Era una pequeña carpeta del Ministerio de Guerra del Ejército Argentino, Regimiento 3 de Infantería General Belgrano, con un sello de «Expediente secreto». Al revisar vi que en una página de la carpeta y con la firma del teniente coronel Tomás A. Ducó, se indicaba que mi padre se encontraba preso por comunista. Y más adelante, en otro folio, observé que un sello y una firma sin aclaración señalaban que se le autorizaba a mi madre una «visita higiénica de 24 horas».

Leí también que el día otorgado para el encuentro entre mis padres había tenido lugar ocho meses antes de mi nacimiento. Pero, entonces, al terminar la lectura de ese párrafo, comprobé que era cierta la historia según la cual yo había sido concebido en la cárcel de un cuartel y que había nacido con siete meses de gestación.

Pero esa revelación no fue la única. Mientras leía, percibí cierto perfume en el documento y tuve que interrumpir la lectura y acercar con insistencia la carpeta de cartulina a mi nariz. De pronto, como un animal desesperado que por fin olfatea el reencuentro con su manada, identifiqué el olor de una colonia de afeitar y recordé o imaginé a un niño que bajaba de los brazos de una mujer y, con los primeros pasos de su vida, caminaba hacia los brazos abiertos de un soldado en una mañana de sol.

Horas después le llevé el documento a mi hermana Esther que, luego de aspirarlo y sin que yo le dijese nada, me dijo que esa fragancia era la de una colonia de afeitar que usaba papá. Y entonces supe, por una colonia de afeitar y por obra del más antiguo de los sentidos, que había cumplido el imposible sueño de abrazar a mi padre. Sentí, en un instante, que gracias al olfato había transformado en presencia lo que durante el resto de mi vida había sido un vacío.

EVITA SIGNIFICA

«Sobre las ruinas de todo,
sobrevive el enorme edificio del recuerdo».

MARCEL PROUST

Pasados cinco años de su regreso de España, ni mamá ni las chicas podían contenerlo. A esto se sumaban los allanamientos policiales, las prisiones militares, la falta de dinero, los tratamientos psiquiátricos y el propio comportamiento de papá. No sabían a quién recurrir hasta que mamá planeó una salida. Lo habló con mis hermanas y se pusieron de acuerdo: irían todas juntas a pedirle ayuda a Eva Perón.

A la familia no le interesaba cuántos pares de zapatos decían que tenía, les importaba que Evita había besado a un leproso. Porque «La Bicha», como la llamaban ellos, para la familia era una santa: las recibió a todas, les prometió la libertad de papá y cumplió. Y gracias a ella, en casa volvieron a comer. Porque ella habló con su marido y el Ejército tuvo que devolverles la pensión y los beneficios sociales que les correspondían y les habían suspendido.

Mamá, en sus cartas al Sagrado Corazón de Jesús, le decía que debía de estar cansado de tantos favores que le pedía, pero de todas maneras no dejaba de rogarle que, antes de llevarse a Evita, la mirase una vez más y la viese como la había visto ella, con el trajecito sastre gris y la blusita rosa.

Evita había nacido en la miseria y por seguir a un militar estaba en la cumbre del mundo, mientras que ella había pasado la infancia entre algodones y por seguir a un militar conocía el hambre y la vergüenza de que sus hijos se estuviesen criando a la de Dios que es grande.

Juan Domingo Perón y papá habían sido compañeros y cursado juntos el Colegio Militar. Sus nombres, al menos hasta poco tiempo atrás, estaban juntos, escritos en una columna dedicada a los subtenientes graduados año tras año. Pero los había separado definitivamente la revolución de 1930 contra Hipólito Yrigoyen, gobierno democrático que Perón combatió y que papá defendió con las armas en la mano.

«Cómo se le ocurre ir a ver a esa mujer», le decían a mamá en el Partido Comunista. Y se lo decían justamente ellos, que seguían con sus viajes a Moscú y sus cenas de camaradería, mientras papá estaba preso, lleno de cicatrices y loco por todo lo que había pasado.

Mamá había pedido ayuda en muchos locales pero nunca recibió

nada: pase camarada, siéntese camarada, le decían. Pero no eran capaces de servirle un vaso de agua.

Muy distinto a los locales comunistas fue lo que vio junto a mis hermanas en el despacho de Evita, imágenes que quedaron en la historia mítica de la familia: rengos, mancos, mujeres solas y con la panza en la boca y todos levantando sus ojos hacia ella, así como el cardo más humilde y aplastado se levanta hacia el cielo al costado de las vías del tren.

—No se ponga a la altura de esa mujer de dudoso pasado —le dijo uno que decía haber sido amigo de papá.

—No me venga con esa, coronel —le contestó mi madre—, porque ustedes dicen dudosa cuando no dudan y ustedes nunca dudan cuando se trata de ofender a una mujer. Pero me alegra, porque ahora se toparon con una que no es mancarrón patria para llevar sin riendas.

Mis hermanas fueron vestidas con ropa oscura. Las mayores entraron silenciosas y pálidas de emoción, mientras Esther y Mercedes iban detrás de Isabel que entró primera. Juancito quiso ir con el casco de boxeo puesto y ella lo tuvo que dejar. Total, pensó mi madre, hace rato que esta familia parece la Corte de los Milagros. La única que no quiso acompañarlas porque tenía una clase de danzas españolas fue La Gitana.

Evita estaba de pie, delante de su escritorio, muy seria, con los puñitos cerrados a la altura del vientre.

—Vamos, pasen, vamos —les decía, enérgica.

Y apenas mi madre la vio, pensó que esa mujer no podía ser lo que ellos decían y que todo era una infamia.

—Cuénteme todo que tengo tiempo —le dijo.

Y entonces se despachó. Primero le dijo que si papá se enteraba de esa reunión jamás la iba a perdonar. Después le contó sobre los brutales tratamientos psiquiátricos en el Hospital Militar y le dijo que hiciera lo que hiciera siempre encontraban motivos para arrestar a papá y enviarlo prisionero a guarniciones del Sur.

Entonces Evita le preguntó si papá les pegaba a ella o a las chicas y mamá le dijo que no.

Fue una mentira piadosa. Porque cuando papá entraba en crisis empezaba por hablar de tú y después las insultaba con palabras españolas y al final deliraba y se ponía violento. Una vez zamarreó a una de las chicas. Isabel había colgado unas sábanas en la terraza y él le preguntó por qué tres sábanas y no cuatro o cinco. Después le dijo que eso era una traición y que si había puesto tres, era porque a las tres empezaría el bombardeo. Y entonces reaccionó Juancito y se trenzaron padre e hijo. Para colmo Juancito le daba cinco o diez golpes seguidos y lo llevaba por todo el patio, pero él con uno solo que le contestaba lo dejaba tendido en el suelo hasta que, en el

griterío, los rodeaban y los separaban. Y entonces papá se miraba las manos como si no entendiese lo que había hecho.

Otras veces papá se despertaba de noche y decía que escuchaba relinchar a un caballo en el patio, y mamá le decía que no, que eso no podía ser, y él le decía que hiciera silencio porque al caballo lo habría atacado un puma.

Pero mientras ella hablaba de las necesidades de la familia, Evita escuchaba con atención y de golpe y sin decir palabra, le hizo un gesto con la mano a Lalita y le acomodó un lugar en su sillón. Y Lalita, la bruja, la que nunca se quedaba quieta, se quedó tranquila, junto a ella y hasta le apoyó la cabeza en un hombro. Y entonces mamá aprovechó el momento y le dijo que los médicos del Hospital Militar le hablaban con palabras raras y de cosas que no entendía sobre la excitación de los puntos subcorticales, o de que algo se le había metido en los mesencefálicos y que todo iba a ir cediendo con la benzedrina y la terapia del calor.

—Pero lo cierto —le dijo—, es que ahora estoy sola con ocho hijos y el noveno en camino. Ninguno de ellos ha terminado la escuela primaria. No hay dinero. Y pasamos hambre. Mirá —la tuteó mi madre y señaló a Susy—, ella canta, fue una niña prodigio y ahora, apenas salida de la adolescencia, ya está en el elenco estable del Teatro Colón, pero todavía le pagan poco. Y Esthercita, esa que parece tan inocente, va siempre a la casa de una vecina y la vecina está convencida de que la nena la adora pero en verdad va porque la señora tiene una gran jaula de canarios y cuando la señora se distrae, mi hija les come las vainillas.

Dicen las chicas que de pronto Evita sonrió. Y le dijo a mamá que su manera de hablar y sus frases le hacían recordar a Leonor Rinaldi. Pero enseguida volvió a ponerse seria. Y fue entonces cuando mamá le dijo que el Ejército estaba demorando mucho para otorgarle la jubilación a papá y que ni siquiera le daban una pensión y que estaban solas y sin un centavo.

Entonces ella suspiró y golpeó con los dedos sobre el escritorio.

—Aquí tengo los informes sobre tu marido —dijo y señaló una carpeta gordísima—. Es un verdadero prontuario anarquista y comunista. Tal vez tu capitán haya dejado de conspirar, pero abandonó el Ejército argentino, se fue a España y se unió con lo peor de lo peor. Todos sus contactos son antiperonistas y de izquierda. ¿A vos te parece que yo debería hacer algo por él?

Después miró a las chicas y a Lalita y pareció aflojarse.

—Bueno —dijo—, algo voy a hacer. Pero una cosa tenés que saber. Lo hago por las pibas y por vos. Y por nadie más. Porque nadie más vale la pena. Y ni siquiera puedo entender por qué estás con ese hombre.

—Mirá —la interrumpió mi madre—, yo me casé para siempre. Y ahora está caído. Si algún día se levanta, veré qué hago. Pero yo así, enfermo como está, no lo voy a dejar.

Entonces, y después de unos segundos cargados de tensión, dicen las chicas que Evita de pronto le agarró las manos a mamá.

—Pero cómo no te voy a entender —dijo Evita—, si estamos amasadas con el mismo barro. Pero yo estoy muy enferma y no quiero dejar solo a mi marido, que es mi Dios y lo adoro y es el presidente de la Nación y es el máximo líder que hemos tenido los argentinos. Y no lo quiero dejar solo porque está rodeado de enemigos, comunistas y no comunistas, y si yo no estoy, qué va a ser de él y qué va a ser de nuestro país. Pero tenés que prometerme que si tu capitán sale en libertad y se arregla lo de la jubilación, él no va a conspirar. Tenés que convencerlo de que en este bendito país no hay lugar para el comunismo.

—Mirá —volvió a interrumpirla mamá—, yo te aseguro con mi vida que él es incapaz de alzar una mano contra los humildes, porque él es humilde.

Y de golpe se quedó callada y preocupada por pensar que tal vez había hablado demasiado. Pero fue entonces cuando Evita se quejó con una sonrisa algo forzada:

—Ay, venís con ocho hijos y uno en camino y encima me hacés un radioteatro. ¡Justo a mí!

Y entonces mamá le dijo que no entendía por qué los militares se vengaban contra nuestra familia. Y en respuesta ella se enojó y levantó la voz y hasta las chicas se asustaron:

—Mirá —dijo Evita—, te cuento que esos sinvergüenzas me tienen prohibida la entrada a Campo de Mayo. A mí, que soy la esposa del presidente de la Nación. ¿Qué se creen? ¿En qué batalla ganaron sus medallas esos cagones?

Al rato golpeó las manos y entró un hombre con un cuaderno y una lapicera.

—Vayamos a la verdad —dijo Evita—. Quiero hablar con las chicas. ¿Qué te paso en el ojito? —le preguntó a Mercedes.

Y entonces ella le contó que había sufrido una infección al meterse en el río en Punta Lara.

—Anotá —le dijo Evita al hombre—, hacele una cartita al Santa Lucía, para que ya mismo se pongan en contacto.

—¿Y vos que te pusiste en la cabeza? —le dijo a Juan, sonriendo.

—Soy boxeador, señora —le dijo Juancito.

—Es una pena —dijo Evita—, porque tenés una carita linda y te la van a estropear. Pero no importa —le dijo al hombre y sonrió—, hablalo con Gatica y que el Mono le dé una mano antes de que lo

fajen.

Después preguntó cuál de las chicas era la del Teatro Colón y Susy le hizo una inclinación como si estuviese en el escenario.

Evita volvió a reír y les dio un montón de talonarios de la proveeduría para alimentos y juegos.

—Tomá —le dijo a Esthercita y le dio unos vales—, así no les comés las vainillas a los canarios de la vecina.

La besaron todas. Y se helaron de susto cuando le tocó a Lalita. Porque la pequeña bruja sacó de entre las páginas de una revista un dibujo bastante lindo, hecho por ella, en papel canson y con la imagen en colores de Evita y de Perón. Y arriba estaba la famosa consigna, pero mal escrita: «Perón cumple, Evita Significa».

Pero Evita le dijo que no importaba y que cualquiera podía equivocarse. Y entonces, como siempre, la bruja nos dejó helados:

—No —dijo Lalita—, yo sé muy bien lo que escribo. No es un error, Perón cumple, pero Evita Significa. Y si algo sabemos los argentinos es lo que usted significa.

Evita, entonces, y sin salir de su asombro, la besó y le dijo que lo iba a pensar. Que mucho lo iba a pensar.

EL ÁNGEL ANTE MÍ

Al principio pensé que era una nueva enfermera, pero enseguida advertí que no, porque en el hospital no había personas que nos tratasen con tanta delicadeza y amor. Cuando por fin desperté supe que esa mujer vestida con un hábito gris, y que me había curado una a una las heridas, era la monja Marita. Hablaba poco pero saludaba a cada uno por su nombre y la primera vez que la miré pensé que tenía los ojos celestes como el verano y las manos ásperas como el invierno.

Ricky y La Promesa llegaron apenas terminé de sentarme en la cama. Y entonces me contaron que había estado dormido poco más de 24 horas, cuando yo creí que había pasado una semana. La Promesa cebó mate, me consiguió un piyama limpio, ayudó a que me afeitase y nos dio galletitas con dulce de membrillo a Ricky y a mí.

No sabían nada de Mariana. Sólo que había venido una tarde y que, cuando le dijeron que yo había vuelto a lastimarme, se había ido muy seria y sin decir palabra.

Estaban contentos porque después del escándalo en la asamblea, que había salido en los diarios y hasta en la tele, la dirección del hospital había decidido dar el alta a muchos pacientes.

—Sólo van a quedar los crónicos que no tengan familia conocida y los que no tengan adónde ir —dijo Ricky.

La Promesa, mientras soplaba en un vaso con agua la bombilla que se había tapado, dijo que si le daban el alta a Ricky iban a vivir juntos en un ranchito que ella tenía.

Finalmente, me hablaron de Goldberg.

—Es el nuevo psiquiatra a cargo del pabellón —dijo Ricky.

—Lo acusan de izquierdista y se quejan de que es estudioso y de que lee mucho —dijo La Promesa—. El día en que llegó, unos tipos pusieron en el hall de entrada el dibujo de un viejo canoso con un guardapolvo blanco, con libros debajo de un brazo y con una foto de Goldberg en la cabeza.

—Le dieron el cargo para compensar —dijo Ricky—, porque muchos están diciendo que, después del escándalo, el hospital quedó en poder de la ultraderecha del Ministerio de Bienestar Social.

—Sí, pero lo que no pueden ocultar es que es un viejo buenazo y que parece ser un gran psiquiatra.

—Y además —barboteó Ricky— trajo a esa monja, Marita.

—Cuántas veces te dije que no hablés con la boca llena —lo interrumpió La Promesa y sacudió la cabeza.

Después de suspirar resignada, La Promesa dijo que ella con la

monja Marita no podía hablar, porque la monja era una santa pero hablaba como Tarzán y decía cosas tan importantes que al escucharla daban ganas de llorar.

—A decir verdad —agregó—, a la pobre santa no se le entiende un carajo.

—No sé —dijo Ricky después de pensar—, yo le pregunté por qué había elegido este manicomio para trabajar como voluntaria y me contestó que se decidió por este hospital porque los locos son las únicas personas que pueden mirar el mundo sin interés comercial alguno.

—Es un milagro esa chica —dijo La Promesa—, con decirte que a uno nuevo, muy drogadicto, y al que le dicen Fugazzeta porque se fugó de muchos hospitales y hasta de varias comisarías, la monjita lo tiene tranquilo y hecho un muñequito de torta.

Ricky me agarró el brazo y me dijo que si dejaba de cortarme, a mí también me darían el alta. Seríamos libres, me dijo.

—Mirá —La Promesa hablaba con voz romántica y refiriéndose a unos hongos del descampado—, anoche hubo tormenta y la lluvia y la tierra al unirse formaron entre las dos unos pequeños pancitos blancos, hijos del amor entre la tormenta y la tierra. Y ahora que estás enamorado y vas a ser papá por segunda vez, pensá en esos pancitos.

Ricky se quedó con la boca abierta y yo rogué que nadie más hubiese escuchado el mensaje melodramático de La Promesa.

Al rato, mientras trataba de concentrarme en la lectura y de no pensar en Mariana, los visitadores y el personal pasaban por el pasillo y miraban con atención la tapa del libro que yo estaba leyendo. Hasta que de pronto vino el médico de guardia con uno de los enfermeros y me pidieron que los acompañase porque el nuevo jefe de sala quería verme. Mientras caminaba con ellos, me dio por pensar que el hospital estaba habitado por dos clases de personas, los victimarios y las víctimas.

Cruzamos el descampado, nos topamos con el tal Fugazzeta y el médico de guardia se detuvo a charlar con él. A pesar de que hacía frío, Fugazzeta sólo tenía puesto un pantalón de baño, ojotas y una musculosa blanca. La medicación parecía haberle rebotado, sus ojos estaban muy abiertos y hablaba a los gritos y sin darse cuenta de que estábamos a pocos centímetros de distancia.

—No te escapés, Flaquito, ya no hay adónde ir —me gritó Fugazzeta.

Y al irme me pareció que de pronto su mirada se había apagado y sus ojos me parecieron los de un ciego.

Al subir la escalera sentí un miedo que empezó en la panza y me llegó rápidamente hasta los pies. Era el mismo miedo que sentía cuando me encontraba con Mariana.

En el pasillo hacía frío. Un frío de locos. Apreté el libro contra el pecho y sentí que podía defenderme con él. Durante toda mi vida me había protegido detrás de un libro cada vez que alguien me consideraba inferior por no tener escolaridad.

El consultorio del nuevo jefe médico estaba menos cuidado que el de la licenciada Budeen. Se trataba de un cuartucho lleno de biblioratos, tenía una pila de diarios viejos en un costado, dos tubos de oxígeno contra una pared manchada de humedad, una mesa y tres sillas metálicas.

El doctor Goldberg estaba sentado en una de esas sillas, lapicera en mano, revisando papeles en una carpeta que llevaba mi nombre. Al ver esos apuntes pensé que, tal vez, para Goldberg mi vida era eso que estaba escrito ahí y que mi futuro sería lo que él, alguna vez, anotaría en esa carpeta. Pero no anotó nada, levantó la cabeza, me miró durante unos segundos, sonrió y me dio la mano.

Después siguió leyendo. Y me quedé mirándolo. Tenía el pelo blanco y los ojos negros y vivaces. Todo el tiempo, aún cuando estaba serio, parecía que debajo de sus bigotes blancos se ocultaba una sonrisa.

Entonces, con gestos de aburrimiento, el médico de guardia y el enfermero amagaron con retirarse. Pero Goldberg levantó una mano y les indicó que esperasen.

Yo ya había escuchado a médicos y enfermeros hablando de Goldberg. Decían que negaba que los pacientes fuesen peligrosos y decía que, según él, los llamados locos solían ser menos peligrosos que la mayoría de las personas que caminaban por las calles de Buenos Aires. Según Goldberg, los diagnósticos psiquiátricos no tenían que ser para toda la vida y debían ser actualizados año tras año.

Pero lo que más había molestado a todo el cuerpo médico y ocasionado una furiosa reacción del nuevo director, era que Goldberg rechazaba las internaciones ordenadas por la justicia, diciendo que él era psiquiatra y no juez, y que si tenía que internar o no a una persona debía decidirlo a partir de principios médicos y no por cuestiones legales. Y que menos todavía podía aceptar la decisión de jueces que no conocían ni habían visto jamás a los pacientes que internaban de por vida.

De pronto Goldberg, sin hablar, me convidó un cigarrillo. Mientras también él fumaba y leía en silencio, el médico de guardia y el enfermero esperaban. Vi que algo de la historia clínica no le gustaba porque resoplaba, meneaba la cabeza y parecía que se le iban a caer los anteojos que ya le estaban llegando a la punta de la nariz.

Finalmente, al levantar la vista, miró al médico y al enfermero.

—Perdón la demora —les dijo—, pero no atiendo pacientes tan medicados y empastillados.

Goldberg me dirigió una sonrisa afable y volvió a mirar al médico y al enfermero, aunque menos enérgicamente que al principio.

—Bueno —dijo y se frotó las manos—, sáquenle el cincuenta por ciento de todo y corten por un tiempo el Haloperidol, porque parece que le cae mal. Ni una aspirina le den.

—¿Y si no duerme? —preguntó el médico de guardia.

—Problema de él —dijo Goldberg—, si no duerme, que aproveche y lea.

—¿Y si se lastima? —insistió el enfermero.

—Bueno —dijo Goldberg—, llegado el caso llaman a Marita.

Dicho eso, me miró con afecto:

—En serio, si te sentís mal, si tenés ganas de lastimarte, buscá a Marita. Se llama Mary-Hélène Perriaux, anda por los pabellones y siempre sabe qué hacer con los pacientes.

Cuando los enfermeros ya habían salido, Goldberg me habló con un tono paternal:

—¿Sabés qué pasa? No puedo tener en cuenta las ideas de un paciente intoxicado. Si tomo el diez por ciento de lo que te dan a vos, yo también empiezo a decir cosas raras. Y mirá, te adelanto algo: en los próximos días vas a estar en el spiedo. Vas a padecer abstinencia y te vas a quemar fuerte. Pero aguantá y confiá, es por tu bien. Volvé en una semana, más limpito, sin tanta droga. Y no te lastimes. No quieras hacer de tu dolor algo curricular. Hay otras maneras de «lograr que el cuerpo alcance el dolor de la mente». ¿Vos le dijiste eso a Fontana?

Asentí.

—Andá a estirar las piernas y metele a la lectura, que ya te vi enfrascado con Tolstoi. Pero te advierto algo —sonrió—, no te enamorés de Natacha. Es una piba encantadora pero resulta muy complicada para tipos como nosotros.

Entré al bar y todas las mesas estaban ocupadas por visitadores médicos que miraban por encima del hombro a los pocos pacientes que estábamos sentados y sin consumir. Y entonces pedí un mate cocido, me puse a leer y volví a enamorarme de Natacha, a la que veía con la cara y el cuerpo de Mariana. No habían pasado diez páginas cuando empezó a llover y, de golpe, descubrí que Ricky estaba sentado frente a mí, silencioso y con la cicatriz del balazo enrojecida.

—Voy a ir a vivir con La Prome —me dijo tímidamente, como quien pone un pie en el agua para saber lo frío que está el mar.

—Ya lo sé, me lo contaron ustedes, varias veces.

—¿Pero a vos te parece mal que vivamos juntos?

—No, para nada.

—Creo que no entendés nuestra relación.

—¿Qué es lo que tengo que entender?

Se quedó unos segundos en silencio y después habló en voz más alta, como enojado:

—Por ahí no entendés que yo no soy puto. Y te digo algo más, tampoco se puede decir que La Promesa sea puto, porque no es puto del todo.

Cerré el libro.

Los visitadores habían dejado de hablar. Nos miraban y escuchaban deslumbrados.

—Te voy a decir algo, a La Prome el sexo no le gusta como a los demás. Le parece agresivo. No le gusta tener que andar metiendo y sacando nada. Prefiere que nos acariciemos y todo eso, pero nada más. Vos sos mi único amigo. ¿No querés saber cómo vamos a hacer La Promesa y yo para entendernos cuando estemos los dos en una cama?

—No, Ricky, no me importa. Vamos afuera mejor.

Nos íbamos y vi que uno de los visitadores levantaba las cejas y se agarraba la cabeza con las dos manos, ante el asombro y la risa de los demás.

Salimos al patio de entrada y por una puerta lateral fuimos al descampado, bajo una suave llovizna y a la hora en que el hospital empezaba a oler a sopa. Ricky siguió con su monólogo y me dio detalles de por qué consideraba que, aunque hicieran «de todo», al «no poner ni sacar», ni él ni La Promesa podían ser considerados putos.

Al pasar el Pabellón de Castigos, y cuando Ricky estaba por develar en detalle cómo iban a tener sexo, nos encontramos de pronto con La Promesa que, después de un permiso especial, estaba de regreso.

Unos vecinos le habían regalado ropa y estaba muy bien arreglada. Me abrazó largamente, me palmeó la espalda, qué hacés, bonito, me dijo, y a Ricky, que estaba pálido, le dio un beso en la mejilla, cerca de la boca.

—¿En qué andan ustedes? —dijo, frunciendo la nariz.

—Mirá, Prome —dijo Ricky en un susurro—, hablábamos de nuestra sexualidad.

La Promesa silbó y soltó una carcajada.

—¡A la pelota! Esto es muy fuerte. Me encanta. Al fin dos tipos hablando de lo que siente la otra parte.

—Bueno, el que hablaba era yo y le dije a él que vos no sos puto —dijo Ricky.

—Ah, no. ¿Y qué soy? ¿Carlitos Balá soy?

Y enseguida, y sin dejar de reír, La Promesa insistió en dar explicaciones y habló mirando hacia el descampado y como si se estuviese dirigiendo a un gran auditorio:

—¿Pero ustedes se dan cuenta? Este buen muchacho, a punto de entrar en concubinato y después de tanto fracaso y después de todas las cosas que le pasaron con una Turca hija de mil putas que casi me

lo mata, ahora tiene miedo. Miedo de ser puto. Miedo de que le guste. Vamos, Ricky —dijo con firmeza y le señaló con la cabeza los fondos del hospital.

Hubo un silencio incómodo. Y La Promesa me sonrió y enseguida miró a Ricky:

—Vamos —insistió. Y se fueron.

Unos días después de aquella charla con Ricky y La Promesa y al volver a su consultorio, Goldberg me hizo una pregunta inesperada.

—¿Conociste o escuchaste hablar del doctor Grimbaun?

—No, creo que no.

—Es un gran amigo mío. Conoció a tu padre en España y fueron muy unidos en Buenos Aires, al final de la guerra. Conoció mucho también a tu familia. Salió tu apellido por casualidad, este fin de semana, cuando estuve en su casa. Y resulta que quiere verte y darte una mano.

—¿Una mano? ¿Y por qué?

—Eso te lo podrá explicar él. Pero lo seguro es que quiso mucho a tu viejo y que a vos te conoció cuando eras un recién nacido. Grimbaun es psiquiatra y tiene un centro médico y unas hectáreas de campo a doscientos y pico de kilómetros de Buenos Aires, en el oeste. Es un oligarca —dijo Goldberg y sonrió.

Goldberg me ofreció un cigarrillo y encendió uno él también.

—No, no es un oligarca. Es un buen médico y un gran tipo. Tiene un tambo o algo así. Medio de vicio lo tiene, por placer. Quedó viudo y su única hija vive en Israel. Y te quiere ver. Supongo que te puede contar muchas cosas sobre tu viejo. Anduvieron juntos por muchos lugares, en España y aquí. Yo le hablé de vos, le conté de tu internación, le expliqué que la tuya fue una crisis que está en tratamiento, le dije que el tema de tu familia es un paquete muy pesado y que es para abrir en otro tipo de terapia. Y le dije, también, que te gusta el campo y escribir. Yo le dije que estás en pareja y que van a tener un pibe. Pero en vez de ser un obstáculo, se alegró. Imaginate: tiene una clínica, modesta pero completa, a dos kilómetros del campo, en el pueblo, y allí la criatura podría nacer perfectamente.

—Me parece extraordinario. Pero tan de golpe es raro. Si no sabe cómo soy ni qué pienso.

—Mirá, lo que puedo decirte es que conoce a tu familia. Y que cuando le hablé de vos se emocionó y hasta me dijo que puede ofrecerte trabajo. Cómo será la cosa que me aseguró que, si no podés ir a verlo, vendría él a verte a vos. Grimbaun es una gran persona y vos siempre quisiste saber más sobre tu padre y sobre la guerra.

—¿Pero es para tanto?

—A mí también me sorprendió. Pero sí, así es.

—Bueno, en principio me gustaría mucho ir al campo. Estoy sin

trabajo, saliendo de esto, y con Mariana siempre hablamos del campo. Mariana dice que en vez de volvernos viejos y malos en la ciudad podríamos ser jóvenes y sabios en el campo.

—Hablalo con ella. No resuelvan nada todavía. Hablen. Vengan a verme los dos. Charlemos. Alguien les quiere tender una mano, es un gran tipo y no hay que pensar nada malo. A veces también pasan cosas buenas. Y ustedes son jóvenes, tienen todo por delante.

Yo estaba saliendo del consultorio y dando paso al próximo paciente, un hombre mayor, muy medicado y apurado por entrar. Pero Goldberg me detuvo y le pidió al paciente que esperase un minuto.

—Escuchame —me dijo Goldberg, no es que me meta en la vida privada de ustedes, ¿pero no creen que vivir en la casa de Mariana puede ser peligroso para los dos y para el que viene?

—No, doctor, no creo, todo está tranquilo.

Al salir del consultorio sentí que caminaba en el aire. Fue entonces cuando, en el hall de entrada, me alcanzó Pandiayer con una gran sonrisa.

—¿Quién quiere que le digan dónde tiene que ir? —le pregunté.

—Iiiooo —contestó.

—Yo también —le dije y lo abracé.

«PARA QUE VOSOTROS, VOLUNTARIOS DE ESPAÑA Y DEL MUNDO, VINIERAIS, SOÑÉ QUE YO ERA BUENO»

(CÉSAR VALLEJO)

Después de tu internación en un hospital de campaña, empezaste a conocer los trastornos mentales que ocasionaba la guerra. Tu amigo Federico Valladares, que te había sacado con vida de Málaga, estaba ahora bajo atención psiquiátrica. Fuiste a visitarlo a una clínica en Cuatro Caminos y te recibió con alegría. Por mi propia experiencia con la locura imagino que, en los ojos de tu amigo, vos también habrás visto ese pequeño brillo que es como el de las estrellas que murieron hace mucho tiempo pero cuya luz nos sigue llegando.

Recordaron los momentos que habían vivido juntos y hasta rieron pero, al retirarte, la última frase de Federico te desarmó: «Si ves al mayor Frontera, dale un abrazo de mi parte y dile que nunca olvido nuestras charlas nocturnas en la casa de piedra de Málaga».

Supiste que Jamardo, también internado, había adquirido la manía de quemarse las manos con fósforos encendidos para calentarlas en los días de calor. Pero, además, de pronto se quedaba tieso, pálido y con la mirada perdida. Y recién salía de ese estado cuando venía un enfermero y lo zamarreaba: «Mírame, atiende lo que te digo, muévete».

Otro de los problemas con la tropa y con los jefes militares, era que muchos combatientes resultaban acusados de simular la locura para no tener que combatir. Algunos médicos republicanos argumentaban que todos los enfermos mentales son simuladores, porque simular es parte de su enfermedad.

Mientras tanto, asistías con esperanzas a la Escuela de Guerra, en donde siempre estaban preparando ataques que demorasen el triunfo final de Franco.

Me ha dicho Grimbaun que un día recibiste una carta en sobre cerrado que te entregó un miliciano que no conocías: «Es privado y para entregar en mano», te dijo el mensajero. Al abrirla leíste un mensaje en el que te informaban que Rosario Estrada y su hermano Antonio habían muerto «combatiendo el ataque del Partido Comunista

Español y de la Unión Soviética contra Barcelona».

El texto, casi un anónimo, sólo lo firmaba «Eric, un compañero».

Treinta años después de que vos recibieras aquella carta, yo hablaba con María Luisa Carnelli, la supuesta madre de mi supuesto medio hermano. Ella hizo una sorprendente interpretación sobre el probable autor de ese recado de origen anónimo.

María Luisa había estado en Barcelona durante la rebelión de mayo de 1937 y tenía un gran conocimiento de lo sucedido.

—Mirá —me dijo María Luisa—, durante las jornadas de Barcelona, hubo un famoso Eric que luchó junto al POUM trotskista (Partido Obrero de Unificación Marxista) y contra la invasión comunista a Cataluña. Yo lo conocí personalmente y es probable que el autor de ese mensaje que recibió tu padre haya sido enviado por George Orwell, el autor de *1984*, muy cercano al anarquismo en esa época y cuyo nombre de guerra en España era Eric Blair.

Apenas escuché esas palabras de María Luisa y antes de pensar en el duelo que había sufrido mi padre por la muerte de Rosario, pensé en la novela *Rebelión en la granja*, editada en 1945 y en su conocida metáfora sobre el estalinismo: la revolución de la Granja Animal de Orwell aseguraba originalmente que «todos los animales son iguales». Pero, una vez llegados los cerdos al poder, la frase había sido cambiada: «Todos los animales son iguales, pero algunos animales son más iguales que otros».

Papá, sé que a principios de 1938 tomabas alcohol y fumabas y sentías que tu cuerpo era como un miembro fantasma que podía dolerte aunque ya no sintieras su presencia.

Todo era desesperante hasta que una tarde Grimbaun dejó de hablarte como amigo y te dijo que necesitabas urgente atención psiquiátrica pero no aceptaste. Y esas eran tus circunstancias cuando, de pronto, junto a otros oficiales y en contacto con el Estado Mayor, empezaron a trabajar en la planificación de una ofensiva. Se trataba de estudiar de qué manera una infantería de maniobras podría cruzar un río sin llevar tanques ni artillería ni elementos pesados que resultasen de peligro para cruzar unos puentes demasiado frágiles que no podrían soportarlos.

Hasta que una mañana fueron trasladados en vehículos cuyas ventanillas estaban cubiertas por hojas de diarios. No tenían idea dónde estaban, ya era de noche cuando armaron carpas y en la madrugada, al despertar, se vieron entre zarzales y en la orilla de un río. Estaban rodeados de almendros, olivares y construcciones antiguas. Y divisaban, a lo lejos, unos pequeños pueblos que parecían estar colgados de inmensas rocas grises y rojas.

Cuando me cuentan aquel viaje, imagino que en ese lugar maravilloso y en cada noche sentían que el universo agonizaba y que

después, a la salida del sol, ustedes se mareaban sintiendo que el planeta entero se había dado vuelta como un Lázaro que, empujado por la belleza del mundo, renacía cada mañana. Y por las noches, después de tomar unos tragos, hablabas con optimismo de un plan que tenías en mente y que muchos consideraban delirante y producto de tu alcoholismo. Se trataba de imitar el ataque de las hormigas Eciton Burchelli, llamadas marabunta, y que habías conocido durante unas maniobras militares en el Chaco boreal.

Esas hormigas guerreras flotaban sobre las hojas y las usaban como lanchas de desembarco, pasaban los ríos enmascaradas entre ramas, fingían ataques en los extremos y entraban por el centro burlando las defensas y dejando a su paso tierra arrasada; no tenían residencia fija. Unas eran rastreadoras, otras vivaqueaban, otras montaban guardia y finalmente todas atacaban en columnas o en enjambre.

La peor noticia les llegó al regresar de ese viaje, en junio de 1938. Porque en aquel momento recibieron la última orden del Ejército Republicano: debían abandonar España. Deberás marcharte, compañero, te dijeron. Si tu deseo no es viajar a la URSS e incorporarte al Ejército Rojo, podrás radicarte en Francia, nosotros haremos todos los arreglos. O quizás puedas regresar a tu querida Argentina, te dijeron, eres un gran militar y un brillante estratega, lo has demostrado del todo hasta con lo de las hormigas y, tal vez, en tu patria las cosas no sean tan malas.

«Millones de corazones españoles se van con ustedes. Nunca los olvidaremos», dijeron los españoles y lo manifestaron con honras sentimentales, abrazos entrañables y uno que otro afecto melodramático. Junto a muchos de tus compañeros desfilaste bajo lluvias de flores y asistieron a recepciones y homenajes.

La idea del gobierno republicano era que en el momento inminente en que la Alemania de Hitler se anexase Checoslovaquia, otros países europeos (como Francia, Gran Bretaña y la Unión Soviética) reaccionarían militarmente y unirían la guerra de España a una probable gran guerra europea contra el nazi-fascismo. Y el Ejército de la República quería que sus tropas, al llegar esa instancia, se mostrasen sin ayudas extranjeras, fuertes y capaces de un triunfo.

Y el 26 de julio de 1938, mientras tus compañeros y vos se trasladaban hacia la frontera francesa, supieron que tropas republicanas habían cruzado el bajo del río Ebro, en una noche sin luna, en decenas de pequeñas barcas y sobre pontones y puentes improvisados.

Finalmente, cuando ya estabas preso en Buenos Aires, te enteraste de que el enemigo se había repuesto, que había comenzado una contraofensiva y que la aviación alemana arrojaba una incalculable cantidad de bombas y fusilaba en el agua a miles de adolescentes

reclutados en Cataluña.

Ante una Europa indiferente, la dirigente anarquista Federica Montseny bautizó a esos jóvenes combatientes con el nombre que los inmortalizó: «La Quinta del Biberón. ¿Soldados de 17 años? Pero si todavía deben tomar el biberón».

TENIENTE ISABEL

«Vivimos como soñamos… solos».

JOSEPH CONRAD, *El corazón de las tinieblas*

No había dormido en su cama y nadie había irritado a toda la familia arrastrando las perchas del ropero o cerrando hasta el absurdo las canillas en medio de la madrugada. Y fue ante ese silencio inesperado que nos dimos cuenta de que Isabel no estaba en casa y salimos a buscarla por las calles de San Cristóbal. Pero no la encontramos. Durante meses recorrimos las comisarías, los manicomios, las estaciones de subte, los hospitales, y poco a poco se fueron descascarando las paredes y ella fue quedando como otra marca en el revoque, como otro nudo más en la garganta.

Aquel verano, antes de desaparecer, Isabel había hecho algunas de las suyas y sus delirios nos hacían reír. Una madrugada, en medio de un vendaval de lluvia que no dejaba asomar la cabeza, mamá encontró una carta en la mesa de la cocina: «Los inundados están bajo el agua, suben a los techos para no ahogarse y ni siquiera tienen agua para darle de tomar a sus hijos. Algo tengo que hacer y me voy de voluntaria para ayudarlos, Isabel».

Mamá lloró a moco tendido y dijo que ni siquiera tenía un impermeable ni botas de goma y dijo que ya la estaba viendo, congelada y tiritando bajo el agua. Y entonces Juancito salió a buscarla y la encontró en la puerta de casa mirando melancólicamente cómo caía la lluvia. Cuando le preguntó si iba a ir a la inundación le dijo que no, que llovía mucho.

Recuerdo la respuesta de Enrique Pichon-Rivière cuando le conté las historias de Isabel: «Mirá, pibe», me dijo, «no te hagas problemas. Hay dos clases de locos: locos lindos y locos de mierda. Tu hermana, sin duda, era de los primeros».

Pasaron días, meses, yo ya tenía catorce años, escribía y la soñaba entre las flores que llevaban por el río a la Ofelia de *Hamlet*.

Y fue en esa época cuando conocí a mi amigo El Flaco, que tenía diez años más que yo y que se había hecho imprimir una tarjeta sin dirección postal ni teléfono: «Héctor Améndola, Fabricante de duelos». El fabricante de duelos, que había amado sin suerte a Isabel, tenía los ojos grises y húmedos del invierno porteño, era un hombre justo y valiente, pero tal vez era su fracaso con las mujeres lo que lo empujaba a esa otra forma del amor que es la amistad entre varones.

Al ver su tarjeta de presentación algunas personas se sorprendían y preguntaban «¿fabricante de qué?». Mientras que otros solían preguntarle si tenía una casa funeraria o algo así. El Flaco, un teórico de barrio y de boliche, predicaba que el duelo debía realizarse apenas se presentasen los primeros síntomas del amor, para que de esa forma fuese el duelo el que produjese la separación y no la separación la que trajese el duelo.

El Fabricante de Duelos era un hijo preferido del Otro País y a su lenguaje le faltaba cocción: decía analis, la calor, el yelo y las almorranas. El Flaco pasaba quiniela por teléfono y lo hacía sin mencionar los números para que no lo ubicase la policía que investigaba las líneas telefónicas desde el departamento central. El Flaco los despistaba diciendo frases en vez de números: «El borracho mira las piernas de una mujer», quería decir 14 pesos al 77.

El Fabricante de Duelos había amado a Isabel pero, fiel a su filosofía, había preferido separarse antes de declararle su amor.

El Flaco era ateo pero, al igual que mi hermana Isabel, solía persignarse frente a todos los monumentos invisibles del Otro País: la Puerta 12 de River donde el 23 de junio de 1968 murieron 71 personas que tenían un promedio de 19 años de edad, el puente Bosch donde el 12 de julio de 1930 un tranvía cayó al Riachuelo y de los 60 obreros que viajaban murieron 56 y, por supuesto, se le caía una lágrima al pasar por la Plaza de Mayo donde el 16 de junio de 1955 unos aviones con la consigna «Viva Cristo Rey» bombardearon la plaza y asesinaron a 309 personas, hiriendo a más de mil doscientas personas.

Cuando El Flaco descubrió que yo escribía poesías me dijo que quería ser mi representante, porque él era mi cuñado y porque siempre había querido tener un poeta al que representar. Cuando mis poesías lo ponían triste, me decía siempre lo mismo:

—El día que me muera andá al convoy y poné un cartelito.

—Un cartelito que diga qué —le preguntaba yo, sabiendo que a él le gustaba darme la respuesta con su tono gardeliano.

—Un cartelito que diga, simplemente, «Cerrado por duelo».

Fue gracias al Flaco que por entonces conocí la peña literaria llamada «Gotas perlas del manantial», que se congregaba los sábados por la noche en una elegante confitería de la Avenida de Mayo y en la que todos, mujeres y varones, eran poetas tan desesperados como desesperantes.

Si bien mis poesías no eran de lo mejor, el hecho de tener 14 años, escribir todo el tiempo y vivir torturado por amores fatales hizo que mi amigo me convirtiese en otra gota perla del manantial. Los asistentes más veteranos me llamaron «el joven poeta de la peña, el que más promete».

Hasta que una noche, la presidenta de la peña dijo que durante esa velada sus gotas perlas recibiríamos la delegación de unas almas puras y solidarias. Y entonces, de pronto, llegaron al fondo de la confitería un grupo de mujeres y varones con uniformes azules color de la santidad, camisolas blancas con una S de Salvación en el cuello, escudos rojos por la sangre de Jesús, una bandera roja con bordes azules. Esos varones con gorras, junto a las damas con largas polleras cantaban y tocaban cítaras, panderetas, triángulos y hasta un acordeón.

De pronto se callaron, los mozos dejaron de vocear los pedidos y el Capitán Roberto Lamanna, así se presentó ante el asombro de todos, dijo las frases reveladoras:

—Nuestro lema es Sangre y Fuego, sangre por la muerte de nuestro Señor y Fuego por la acción purificadora del Espíritu Santo. Hemos venido al mundo para difundir tres consignas: dar a Dios el corazón y dar sopa y jabón a los desesperados, ir siempre donde estén los perdidos y los peores para salvar a esos hermanos en Cristo a los que la sociedad llama irrecuperables.

El capitán dijo que eran protestantes, que se abstenían del tabaco, del alcohol, de las drogas y de los juegos de azar y señaló que tenían en todo el mundo a más de 50 mil oficiales remunerados por ellos mismos y diez millones de voluntarios.

—No somos casamenteros —dijo—, pero a veces en nuestras filas algunas almas encuentran su pareja y hoy estamos festejando el casamiento legal de la teniente Isabel y el teniente Francisco, para quienes pedimos un aplauso.

Si la arena nos hundiese hasta el corazón del océano, si todos los besos volviesen como arrancados de la tierra, o si la cocina materna de la infancia nos despidiese eternamente con su llamita (como cuando íbamos al colegio en el primer grado), todo habría sido menos emocionante que ver a mi hermana corriendo hacia mí con su rostro pálido y su capelina y la falda hasta los tobillos diciendo:

—¡Qué grande estás! —y mirándome las manos—: y ¡ay, hermanito! ya tenés pelos en los brazos.

Ahí me di cuenta de que ella seguía con problemas en la terraza y supe también que el espíritu santo había levantado el cuerpo delgado de mi hermana y lo había llevado hasta las cunetas y los estercoleros del Otro País. Recuerdo que al verla caí sentado en la silla sin darme cuenta.

Ya no corría las perchas ni cerraba diez veces seguidas la llave del gas y las canillas del baño porque ahora había conocido el más simple amor humano y se había convertido en adicta a Dios. Recordé entonces cuando vivía en casa y se arrodillaba, agradecida, al rezar cuando alguna de las chicas lavaba unos paños blancos y lograba que

el agua, al salir rosada, indicara que alguna de las hermanas no tendría que ir a cierto médico misterioso.

Aquella noche me presentó a su pareja, el teniente Francisco para sumar un militar a la familia. Era un hombre caritativo pero muy feo y con una nariz de historieta. «Es una linda planta de hombre», dijo la presidenta de las gotas perlas como para conformar a mi hermana. «Sí, parece una higuera», agregó el Fabricante de Duelos, en voz baja, tomando de su propia medicina.

Aquella noche reencontré a mi hermana y quedamos en encontrarnos a la semana siguiente, en el local del Ejército Salvación en Pompeya, esa ciudad fronteriza con el Otro País. Y a partir de aquella noche empezamos a vernos con frecuencia. Ella y el teniente me esperaban con una merienda de mate cocido y pan, leían mis poesías, me alentaban, eran humildes y lo que no tenían en riqueza lo tenían mitad en bondad y la otra mitad en fanatismo.

Con Isabel nos vimos por última vez una tarde de Navidad pero no me reconoció porque un Alzheimer prematuro la estaba comiendo desde adentro. La habían internado en un refugio del Ejército de Salvación en La Plata. Aquel sitio parecía contrastar sus ornamentaciones y sus frases jactanciosas con los detalles más miserables. Imperaba un calor húmedo, pegajoso, el cielo amenazaba con una pesada tormenta que nunca llegaba, unos ancianos cuyos rostros estaban surcados por cicatrices caminaban lentamente y como autómatas, las voluntarias trataban de proteger a unas soledades y unos cansancios que rondaban por el patio. Pero lo más doloroso eran los pies de las personas que andaban en ojotas: hongos, dedos doblados y encimados, dedos gordos amarillos, tobillos morados y uñas gruesas como cartones.

Isabel estaba en camisón, sentada en la parte de abajo de una cama marinera. No tenía ganas de hablar y parecía un cuadro de Hopper. Había envejecido de pronto. Me miró un rato en silencio:

—Sabés quien soy —le pregunté.

—Sí, vos sos vos, pero yo no me acuerdo. ¿Vos sabés dónde tengo que hacer pis? porque al final la encargada dice que no hago donde debo y me fastidia.

Antes de irme le pregunté si quería que la acompañase hasta el baño.

—No —contestó—. Quiero que me traigan la chata y que me la dejen porque de noche hace tanto frío que no voy a ningún lado.

Entonces me puse a llorar

—Y yo qué te hice —me preguntó.

Y fueron las últimas palabras suyas que escuché.

Al subir al micro de regreso me pregunté de qué guerra eran

sobrevivientes esas personas y pensé que si en una Argentina nueva y absolutamente deshabitada se juntasen de pronto dos personas, una de cada país, no tardarían mucho tiempo en construir juntos una ciudad millonaria para unos y, paralelamente, para los otros, una villa miseria que iría desde Jujuy hasta la Antártida. La existencia de los dos países era una ley natural, como el lenguaje. Eran dos países pero también uno solo, eran dos en uno, como el ADN, como el bit, como el signo saussureano, como el test o como el ballotage que anula toda discusión en nombre del consenso.

ROMEO Y JULIETA EN EL OTRO PAíS

Temprano en la mañana de un domingo nos juntamos en un bar, debajo de la estación Pacífico. Por invitación de Mariana tomamos café y, en medio de un fuerte olor de pizza, cerveza y cigarrillo, me pareció que desde las otras mesas nos miraban con curiosidad. Cuando ya estábamos por irnos, Mariana, molesta, me pateó suavemente por debajo de la mesa y me señaló que Ricky, después de haber chupado la cucharita, también pasaba la lengua por el fondo del pocillo.

El sol todavía estaba bajo cuando una hora después bajamos del colectivo 15 en Puente Uriburu y Mariana miró el suburbio con extrañeza. De este lado es Pompeya y del otro es Valentín Alsina, dijo Ricky, floreándose de un conocimiento que Mariana no tenía. Para cruzar el puente, después, tuvimos que pasar los destacamentos de dos policías distintas, la de provincia y la de Capital Federal, lo que me hizo pensar en las aduanas de dos países diferentes.

Mariana, fascinada por el Riachuelo y por los barcos semi hundidos, dijo que hasta las personas parecían distintas según de qué lado del puente se encontrasen. Esto se llamaba Paso de Burgos, les dije recordando un artículo que había leído en *Todo es Historia*. Y enseguida agregué que por ahí, entre los flamencos y chapaleando en las aguas cristalinas del Río Matanza, iban los carreros que llevaban ganado a los Corrales Viejos. ¿Flamencos? ¿Aquí?, pensó Mariana. Y al mirar hacia abajo, desde el puente, dijo que el Riachuelo, desde el cielo, debía verse como el brazo negro de un minero sepultado en un derrumbe.

Por ese mismo lugar cruzó el Otro País las pocas veces que en doscientos años pudo entrar a la ciudad. Y después de pensarlo imaginé seres sombríos que marchaban en una serie de 17 de Octubres Funerarios y en los que venían a velar a Hipólito Yrigoyen, a Carlos Gardel, a Evita y a Perón.

—Hay varias entradas al Otro País —dijo Ricky—, esta es una. Y la otra es cruzar el Riachuelo desde La Boca a la Isla Maciel en el bote de Don Chicho.

Al escuchar lo del bote tuve dos pensamientos: la barca de Caronte y la advertencia del Dante: «Dejen toda esperanza los que entren».

En pocos minutos estuvimos delante de una ventanilla en la estación de trenes.

—Tres a Kilómetro —dijo Ricky sobre mi hombro.

—¿Kilómetro qué? —preguntó Mariana.

—Kilómetro, nada más —dijo Ricky.

Yo recibí los tres boletos. Y vi que no tenían impreso el nombre de las estaciones y que el empleado los había escrito a mano y puesto su firma en el cartoncito.

—¿Firma muchos por día? —le preguntó Ricky.

—Sí, pibe, unos diez mil —dijo el boletero, al que no se le veía la cara detrás del vidrio oscuro.

Al subir vimos que en el vagón faltaban varios asientos y que todos los vidrios estaban rotos. Tenga cuidado, señorita, le dijo el guarda a Mariana, no se acerque a la ventanilla porque tiran piedras.

En ese momento, la locomotora del trencito del Otro País empezó a pitar a su paso para levantar a los que dormían sobre la trocha angosta, y para que se corriesen unos muchachos que, sobre los rieles y con los brazos abiertos, querían que el tren se detuviese.

—Los que hicieron este ferrocarril —dije—, aseguraban que al final de las vías, a la Argentina le esperaba un destino de grandeza.

—¿En serio? —preguntó Ricky, y al rato agregó que, para él, este lugar sólo mostraba el fracaso de la Campaña del Desierto—: Si los genocidas de los pueblos nativos pudiesen viajar por el tiempo y ver esto, pensarían que todos los indios muertos resucitaron en estas modernas tolderías.

El Otro País nos iba absorbiendo como una fascinación porque a pocos minutos el centro de la ciudad se desparramaba como un continente lejano y sombrío. Veíamos pasar kilómetros y kilómetros de villas miseria o, para decirlo con propiedad, veíamos que la vía del tren no era más que la calle principal de una villa miseria que amenazaba con ser infinita.

Veíamos casillas compartidas por personas y caballos, chicos semidesnudos que jugaban con chanchos, cabras atadas a esqueletos de autos, paredes hechas con baterías de autos, ruedas de autos enterradas que indicaban la entrada a presuntos jardines, gallineros sobre pozos ciegos y charcos de un agua sospechosamente verde.

Ricky, entonces y en medio del traqueteo, nos contó casi a los gritos que una tía suya, después de viajar a Europa, había encontrado sus raíces en un pueblito de España. Pero para mí, dijo Ricky, este trencito tendría que ser un test. Porque si alguien siente que sus raíces están aquí y no en un pueblito europeo, quiere decir que esa persona es del Otro País.

—Muy bueno, Ricky —dije, y quedé deslumbrado por el razonamiento de mi amigo.

Pero de pronto el tren se detuvo en medio de la gente y de las casillas.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Mariana, inquieta.

—Es que viene el otro tren —dijo Ricky—, el del otro lado. Está todo calculado. Hay que parar, salir y poner este tren en la vía auxiliar

del costado.

Y recién entonces Mariana y yo nos dimos cuenta de que el trencito del Otro País tenía una sola vía, la misma para ir y para volver.

En veinte minutos llegamos finalmente a Kilómetro, que era una plataforma de piedra desfondada en medio de un charco. Y allí estaba La Promesa, con el borde de las manos juntas sobre el pecho, así como los beatos suelen dibujar a los angelitos rezando.

—Vinieron —dijo La Promesa, y nos abrazó y besó con solemnidad a cada uno.

Como calle no había, caminamos de a dos, esquivando el barro. La Promesa y Mariana iban adelante, del brazo, y Ricky y yo detrás.

—Aquí, conmigo, están seguros —dijo La Promesa—. Todos me quieren y respetan. Porque todos saben que el Poronga me banca a muerte.

—¿Y quién es el Po... el Poronga? —dijo Mariana.

—Poronga es el que manda —dijo La Promesa. Y nos contó de qué manera ella había cuidado a Estrella, una de las chicas del Poronga, violada y torturada en una comisaría. La dejaron tirada en una zanja, creyendo que iba a morir. Y yo la salvé. La cana me amenazaba, pero yo estuve días y noches curándola. Y se repuso y, aunque con eso no se consiguió nada, fui a los tribunales a denunciarlos. Desde entonces nadie se mete conmigo ni con mis amigos y hasta me ayudan y me regalan cosas y yo participo vendiendo cositas a comisión.

—¿Qué cosas vendés? —preguntó Mariana.

—Cositas —dijo La Promesa e hizo un gesto de cerrar su boca como si fuese una cremallera.

Mariana pensó que La Promesa era kitsch, término que empleaban en la agencia de publicidad en la que trabajaba y que quería decir que algo era genial pero horrible.

—Muchas de las cosas que hago, las hago porque soy marica. Una marica sentimental —dijo entonces La Promesa.

—¿Hace mucho que vivís acá? —le preguntó Mariana.

—Vine de muy chiquita —dijo La Promesa—, vine con mi vieja. Somos de un pueblito, de Tucumán. Nos fuimos porque se iban todos. Allá no había tanto quilombo como aquí, pero había mucha vinchuca. Como mi vieja tenía trabajo en una fábrica y ganaba más o menos bien, el gobierno dijo que nos iba a ayudar y que nos darían la vivienda propia. Pero cuando vimos la casa propia... No sabés. Era un invento del Chancho Alsogaray, un caño grande de chapa, cortado al medio. Mi vieja tenía que caminar doblada. Era helada en invierno y quemaba en verano. Pero vivir en una villa de Tucumán o en una de Buenos Aires es lo mismo. Ni notás el cambio.

La Promesa y Mariana dejaron de hablar y entonces pude escuchar el insondable sonido de la villa, un murmullo helado de conversaciones, radios y televisores a todo volumen. Parecía que todos los habitantes estaban, literalmente, fuera de sus casillas. Habían puesto sillas de plástico y escuchaban música muy alto y, sobre un colchón elástico, asaban un lechón. A pesar del frío, un muchacho se bañaba al aire libre, con el torso desnudo, mientras una chica bombeaba.

Varias mujeres en bombacha y corpiño se ofrecían en la puerta de una casilla, con sus carnes oscuras erizadas de frío. Estaban teñidas de rubias, maquilladas y entalcadas, y debajo de la transparencia se advertían las matas apagadas de los pubis.

—Eso sí —dijo La Promesa—, aquí un pibe escucha con todos los detalles cómo se cogen a la madre o a la hermana. Y después dicen que en la Argentina no hay educación sexual.

Mariana sintió que algunas mujeres la miraban.

—Parece que me odiaran —dijo Mariana, en voz baja.

—No, Negrita —le dijo La Promesa—, te miran porque sos hermosa. Y porque sos distinta. Pero a veces el odio no es el de la gente sino el de una misma. Como que los odiás sin darte cuenta y tu propio odio se te viene en contra.

—O sea que el odio es como un bumerán —dijo Mariana.

—Ah, m'hijita… tanto no sé.

Ricky dijo que, vista de espalda, La Promesa no estaba nada mal. Pero no le presté atención porque estaba atento a lo que hablaban ella y Mariana, aunque las frases me llegaban sueltas y aisladas entre sí.

Entonces pensé que el Otro País no era ese. Porque para ese, el Otro País era el otro. El País A era el Otro País cuando se lo miraba desde el País B. Y el País B era el Otro País cuando se lo miraba desde el País A. Pero no eran el Otro como algo ajeno. Eran el Otro de esa otredad que significa ser uno y ser dos al mismo tiempo. En ese sentido se podía decir que la Argentina era un país esquizofrénico.

Era tan difícil que una persona de Santa Fe y Callao ingresase a la villa sin ser detectada, como que La Promesa y Ricky entrasen a un club de Recoleta sin que los detuviesen en la puerta. El país tenía la mente dividida pero era uno solo. Era un enfermo mental pero no estaba educado como enfermo. Y sufría. Y gritaba entero. Con toda su cultura y con toda su brutalidad.

A pesar de que el piso era de tierra, todo estaba limpio dentro de la casilla hecha de chapa y ladrillo, porque La Promesa había regado

para que no se levantara tierra. Había heladera, televisor, mesa, sillas, un combinado y una cocina de hierro a carbón que también servía como estufa.

Una cortina que cruzaba la casilla separaba los ambientes; otra cortina, como si fuese la puerta de un ropero, cubría la ropa, colgada en perchas. Y en lo que venía a ser el dormitorio, y sobre la cama de dos plazas, colgaba un crucifijo y una foto de la mamá, destinataria final de la incumplida promesa.

—En esto soy bien argentina —dijo La Promesa riendo mientras nos mostraba el dormitorio—, porque sobre la cama en la que vas a tener sexo no te puede faltar un Cristo ni la foto de una madre muerta. A mí solo me falta, para completar, una foto de la comunión y otra de los parientes finados.

El bañito estaba afuera, era de chapa con una puerta de lona y no tenía desagüe pero sí un contenedor. Era uno de los pocos baños de la villa y el único que tenía inodoro.

—¿Tomamos unos ferné? —le dijo La Promesa a Mariana—. Pero ellos no, por las pastillas, ¿viste?

Y los cuatro, con entusiasmo, nos sentamos a la mesa, al calor de la cocina, y comimos pollo a la cacerola con papas. Reímos, nos emocionamos y reflexionamos recordando cosas de cuando Ricky y yo nos conocimos y todavía no teníamos permisos de salida.

—Está buenísimo —dijo Ricky y empezó a servirse de la fuente.

Una presa se le cayó, la levantó de la tierra y la comió. Ninguno dijo nada. Los tres sabíamos que a Ricky los delegados lo habían hecho despedir de un trabajo porque a muchos empleados les daba asco la manera en que comía.

—Después hay buñuelos —dijo La Promesa, entonada con el ferné. Y también unas masas de crema que trajo Mariana.

—Me muero —dijo Ricky.

—Tenés hambre, corazón —le contestó La Promesa.

—¿Prome, dónde puedo dejar la dentición?

—Sos un animal, Ricky, esperá que te doy un vasito con agua. Pero ponelos lejos, que no se vea.

—¿Es una prótesis tuya? —preguntó Mariana, apenas.

—Claro que es de él —dijo La Promesa—, pero es una prótesis vieja. Ya te dije que te voy a comprar una nueva cuando cobre un dinero, a fin de año. Pero por ahora no hablés de dientes en la mesa y menos cuando hay invitados.

—¿Te acordás cuando hicimos la encuesta?

La Promesa tenía la clara intención de cambiar de tema.

—Cómo olvidarlo —le contesté.

—¿Qué encuesta hizo mi pompón? —preguntó Mariana, achispada.

—La encuesta del Otro País —dijo Ricky sin levantar la cabeza del

plato, chupando los huesitos—. La encuesta del país de la gaita y del país de Marikena canta Brel. ¿Y cuándo vienen los buñuelos? —agregó, mirando a La Promesa.

La Promesa lo ignoró y volvió a explicarle a Mariana:

—Resulta que la susodicha Promesa llevó un disco del Cuarteto de Oro a una fiesta del hospital. Era un éxito. Arrasaba en todos los bailes de por acá. El disco se llamaba «La gaita del robot». Y con «La gaita del gordo», según Radio Colonia, eran lo más vendido.

—Y para colmo —interrumpí a La Promesa—, ese mismo día de la fiesta en el hospital, yo había encontrado un volante: «Marikena canta Brel».

—No entiendo nada —dijo Mariana con una carcajada, como si le hubieran contado un gran chiste.

La Promesa también se tentó.

—Esperá, Negrita, resulta que tu noviecito me pidió que les preguntase a los médicos y a los psicólogos si conocían La gaita del robot. Y yo cumplí. Me recorrí el manicomio. Fui y le pregunté a todos, incluyendo al mostro de Fontana. Ninguno sabía nada. ¿Conoce el disco de la gaita del robot?, les decía. Y todos decían que no. ¿Y la gaita del gordo?, insistía. Y tampoco. Nadie sabía nada. Salvo la licenciada Budeen. ¿La conocés a la licenciada Budeen, Mariana?

—Creo que no.

La Promesa entrecerró los ojos:

—Es una que se hace la princesa y camina como si tuviera un palo en el culo. Bueno, la Budeen me dijo que la gaita del robot debía ser algo fálico.

—¿Y era fálico? —preguntó Mariana.

—No, qué va a ser —dijo La Promesa.

—Mejor —dijo Mariana con otra carcajada—, porque si un día me entero de que mi amorcito anda hablando de cosas fálicas con una psicóloga, lo reviento.

Mariana, de golpe, se puso seria.

—Porque yo soy muy celosa y no sé qué hacer —dijo, haciendo pucheros.

Entonces la abracé, porque me di cuenta de que estaba borracha.

—Ay, el amor, cómo me calienta la sangre —dijo La Promesa, mirando a Ricky y lamiendo sugestivamente el filtro de un cigarrillo sin encender.

Pero Ricky la detuvo levantando una mano en señal de alto.

—¿Qué pasa, torturita de mi vida? —preguntó La Promesa.

—¿Los buñuelos, son con dulce?

—Ufa…y por eso me interrumpís?

La Promesa se levantó de la mesa, enojada, mientras Mariana y yo la mirábamos algo desconcertados.

—Se ofendió —comentó Mariana.

—Ya se le pasa —dijo Ricky.

—¿Y qué pasó con la encuesta de mi pompón? —dijo Mariana, empinando otro ferné.

—Ay, negrita, no sabés —dijo La Promesa al volver— yo salí después a recorrer por aquí, con el volante de Marikena canta qué se yo.

—¿Y para qué? —Mariana no entendía.

—Para hacer la encuesta —dijo Ricky—. Y hablando de preguntar, ni siquiera los de la terminal de trenes tienen la más puta idea sobre lo que significa Marikena canta Brel.

—A mí me fue peor —dijo La Promesa—. Porque le pregunté a uno que tiene una especie de kiosco aquí cerca y el cabrón se enojó: «¿Marikena…? ¡Maricón sos vos, puto de mierda!».

—¿Pero por qué mejor no lo contás vos? —me pidió Ricky.

—Dale —insistió La Promesa.

—Sí —agregó Ricky, pero qué tal si antes servimos las masitas.

—Después, primero bajá el pollo —le ordenó la Promesa.

—¿Por qué no nos cebamos unos mates y nosotras, Mariana, nos tomamos unos anicitos?

—Ay sí, yo quiero —dijo Mariana—, pero Ricky y mi pompón no pueden tomar alcohol.

—Mejor —dijo La Promesa—, primero hacelo desear, después sacale la correa, y vas a ver la fiestita que te va a hacer el porompompón.

La Promesa trajo la botella de Ocho Hermanos y unas Crush para Ricky y para mí. Y preparó el mate.

—Este es un mate del Otro País —dijo La Promesa, y miró lánguidamente a Ricky.

—¿Por qué del Otro país? —dijo Ricky.

—Porque tiene lirio blanco, que significa estar entregada a la persona a la que le cebás.

—¿Y es rico el lirio ese?

—Riquísimo, ya vas a ver, después… cuando se vayan las visitas.

Los tres se habían quedado mirándome. Me acomodé como para dar una conferencia y le di una larga chupada al mate con lirio. Está riquísimo, dije. Pero La Promesa me interrumpió con una especie de grito y de pronto me dijo que me faltaba parte de un dedo y que nunca se había dado cuenta. Me preguntó qué me había pasado, le dije que si quería le contaba y me pidió que no, que no dijera nada porque le daba impresión. Entonces volví a la encuesta y le dije que mi trabajo había demostrado que ninguno, entre todos los profesionales del hospital, sabía nada de la «gaita», a pesar de que era el éxito del Gran Buenos Aires y de las villas miseria de todo el país.

Era, en definitiva, la música más representativa de los lugares de los que provenían la mayor parte de los pacientes. Y les dije que la encuesta había aclarado, también, la otra cara de la moneda: porque entre los que escuchaban la gaita ninguno tenía idea de qué significaba Marikena canta Brel.

En materia de música popular, les dije, que es donde más se conoce la gente, nadie sabía nada del otro. Y la ignorancia estaba en todos los ámbitos. En el hospital, en la cárcel o en la colimba. En muchas instituciones, dije, dicen que van a readaptar a una persona al medio social. ¿Pero a cuál de los dos? ¿Cómo te van a readaptar a un medio social que ellos mismos no conocen? ¿A qué país te readaptan? ¿Al que dice tuberculosis o al que dice debilidad? ¿Al que dice llevo el bebé al pediatra o al que dice le llevo el angelito a Doña María? ¿Al que dice orgasmo o al que dice fierrazo?

—Es verdad —dijo Ricky—, son dos países, pero siempre le echan toda la culpa a los de Marikena o a los de la Gaita. Y hay malos y buenos en los dos países. Eh —agregó Ricky, preocupado—, de qué color son esos morochitos que andan secuestrando rubiecitas y rubiecitos en autos sin chapa.

—Perdonen —dijo La Promesa mirando a Ricky—, pero siguiendo eso del Otro País y aunque estoy media en tranca, creo que un fierrazo es mucho más sano y mil veces mejor.

A Mariana, en ese momento, se le cayó la copita de anís vacía y me pidió que la acompañase al baño.

Afuera de la casilla, en la intemperie, entre el zumbido de moscas verdes y en medio de un olor como de queso podrido, Mariana se estremeció. Al calor de la cocina no teníamos idea del frío que hacía ni del lugar en el que estábamos. A Mariana le pareció el sitio más terrible que había visto en su vida.

—Estoy destruida —dijo Mariana.

Y vomitó.

—Mi pobre bebé —dijo y se puso las manos sobre la panza—. ¿Qué hacemos acá?

Cuando volvimos a entrar, La Promesa estaba sentada sobre las rodillas de Ricky y Ricky había empezado a comer buñuelos. Estaban sobre la mesa, también, las masas con crema.

—Marianita —dijo La Promesa—, te preparé un té con yerba del pollo. Es muy buena para el embarazo.

—¿Estás segura?

—Sí. Y recostate, quedate quietita con el bebé. ¿Y vos, bonito, querés café? —me dijo.

Mariana, en una especie de sofá y tapada con una frazada, se durmió en seguida. Apenas dormida, La Promesa se acercó, le acarició

la cabeza y con una tijerita le cortó un pequeño mechón de pelo. Después me pidió que le permitiera hacerme lo mismo.

—Es para hacerles un regalito —dijo La Promesa.

Yo acepté sin preguntar.

Al rato volvió con una cartulina del tamaño de un libro: tenía pegados los dos mechones envueltos en papel de celofán, una cintita de la bandera argentina y una frase escrita con birome: «Una historia de amor». Me pareció algo ridículo pero le di las gracias y le dije que era muy lindo.

Finalmente Mariana despertó con una sonrisa.

—Quiero una aspirina —dijo.

Y La Promesa trajo de inmediato un vaso con una aspirina disuelta en agua mineral y azúcar.

—Correte, dulce —me dijo La Promesa.

Y se sentó junto a Mariana.

—¡Qué hermosa estás! —dijo, y le acarició el pelo—. ¡Cómo no te van a mirar! Miren ustedes, esta sí que es una belleza. Y además va a tener un hijo.

—Gracias, Prome —dijo Mariana—, sos tan buena.

—No, es la verdad.

—Quiero que él se siente aquí —dijo Mariana, arropándose.

—Vení —me dijo La Promesa—, hacete cargo, sentate con nosotras.

Me senté y Mariana me tomó de una mano.

—Creo que soñé con el Otro País —dijo.

—Seguro que fue una pesadilla —dijo La Promesa.

—¿Saben una cosa? Desde ahora, cada vez que alguien me hable del país voy a pedirle aclaraciones: ¿De este o del Otro?

—Tenés razón —dijo La Promesa—, porque además, ser del Otro país no es una cuestión de plata. Es algo para que se lo estudien las psicólogas como vos. Imaginate que te ganás la quiniela. Y tenés plata. Y decís me voy a comprar una boutique. Pero si sos del Otro país y tenés la misma plata, en vez de una boutique te ponés un mercadito.

Fue entonces cuando La Promesa empezó a quejarse de que el Otro País no tuviese todavía una capital, como sí la tenía, con Buenos Aires, el país de Marikena.

—¿Y para vos cuál sería la capital del Otro País? —preguntó Ricky.

—Uuuh —dijo La Promesa—, hay tantas sucursales del Otro País: la Tumba de Pancho Sierra en Salto o el Cottolengo de Don Orione en Claypole, donde están todos los pobrecitos.

Mariana y yo nos callamos y sin decirlo decidimos que lo primero que visitaríamos en los días próximos serían esos lugares.

La charla no daba para mucho más y al fin nos despedimos con abrazos y besos. Y La Promesa y Ricky nos acompañaron a la estación.

Mariana trataba de no mirar. No le cabía una imagen más. Al fin ella y yo subimos al trencito. Y Mariana se acurrucó y fingió que dormía para no hablar. Hasta que el tren se detuvo, otra vez, en medio de esa villa miseria infinita. ¿Qué es esto?, preguntó. La Matanza, le dije. Ya sé que es una matanza, pero cómo se llama, insistió. La Matanza se llama La Matanza, le dije. Y luego de escuchar la respuesta, Mariana se durmió.

CUARTELES DE INVIERNO

Papá le hizo una media sonrisa y cuando levantó la mano para saludarla, a mamá le sorprendieron su delgadez y sus dedos ennegrecidos de nicotina porque él nunca había fumado.

Pero no se le cayó una lágrima y sólo sintió odio por los militares de civil que lo llevaban con gestos altaneros. No permitieron que se acercara y sólo le dijeron que debía pedir un permiso de visita al comando en jefe y que del puerto lo llevarían directamente al hospital militar.

Lo tuvieron en observación durante varias semanas y un día de 1938, sin previo aviso y bajo la presidencia de Roberto Marcelino Ortiz, lo embarcaron en un tren a Neuquén, junto a otros prisioneros radicales y de izquierda. La información no salió en ningún diario y cuando mamá le preguntó a un teniente coronel dónde lo llevaban, el tipo le respondió airado:

—Vamos a terminar con el peligro comunista, señora. Lo mandamos al Sur para que se le congelen los huesos y no vuelva nunca más.

Para mamá y para muchos argentinos la palabra Patagonia era por entonces sinónimo de confinamiento y cárcel.

En un regimiento del sur lo sometieron a largos interrogatorios. Querían saber si de España traía planes soviéticos para realizar una revolución social en la Argentina. Después de retenerlo durante varios meses, el ejército informó que ya estaba otra vez en Buenos Aires. Pero le aclararon a mamá que no iba a poder verlo por un tiempo ya que sufría una dolencia peligrosa para sí mismo y para los demás: «Neurosis o psicosis de guerra», dijeron.

Pero ella tuvo la impresión de que, más que curarlo querían estudiarlo, por la simple razón de que ningún militar argentino había peleado en una guerra del siglo XX y ahora él era la única ocasión para saber de qué se trataba esa dolencia.

Pasado un largo tiempo, aceptaron una visita higiénica y cuando llegó al cuartel, la hicieron desvestir y la revisaron entera y con malos modos. Pero después, cuando entró al Casino de Oficiales, el trato cambió: la acompañaron amablemente a una casa cercana y aislada, y de golpe se encontraron solos en una habitación. Casi no hablaron. Ella se acercó temerosa como una adolescente, y pensó que podía odiarlo pero que lo que no podía era dejar de quererlo. Y después, cuando los pies de los dos se unieron entre caricias, ella le dijo que él podía hundir a la familia, pero lo que no podía era cambiar el mundo.

Él le contestó que en España no había tratado de cambiar el mundo, sino que sólo había peleado para que el fascismo no terminase de destruirlo.

Después de la ayuda de Evita, de la que nunca mi padre se enteró, él volvió a casa. Dicen las chicas que no hablaba. Que no salía y que estaba distante. A tal punto que se había convertido en algo así como alguien que alquilaba una habitación en la casa. Y las chicas, rebeldes como eran, al verlo huraño habían empezado a tratarlo mal. Discutían. Lo insultaban diciéndole comunista. Y a mamá le daba pena, porque en verdad no entendía si papá era anarquista, comunista o qué. Muy pocas veces, desde su regreso, habían salido juntos a la calle. Y varias veces más habían vuelto a detenerlo.

Una vez le pidió a mamá que lo acompañase a la plaza del barrio. Era el atardecer de un sábado. Hacía mucho calor y se sentaron un momento a mirar los árboles. Pero tuvieron la mala suerte de ver cómo una camioneta atropellaba a un chiquilín que iba en bicicleta. Todos los que pasaban corrieron para auxiliarlo. El chico estaba sangrando sobre el pavimento. Papá apenas si lo miró. Mamá no le dijo nada en ese momento pero después, a la noche, le preguntó por qué había tenido esa actitud distante. Su respuesta la asombró.

—Esperanza, todo el tiempo hieren o matan a alguien.

La guerra lo había cambiado para siempre. Nunca había sido de hablar mucho, pero al volver era peor. Ya no había comunicación. Y ella no había dejado de quererlo.

Él no quería ni deseaba nada. Las chicas decían que era un cactus. Porque solamente quería estar en silencio, leer, tomar alcohol y lastimar las manos que intentaban acariciarlo.

Y al fin, por consejo de sus compañeros, papá fue a vivir solo en un pequeño departamento que le prestaron unos republicanos españoles, cerca de Villa Urquiza. Para que siguiera en casa, además de contenerlo mejor, tenían que aceptar muchas indicaciones del hospital, como la de sacar los cubiertos de metal, especialmente los cuchillos, ante la posibilidad de que tuviese una crisis y sucediese una desgracia.

Sin embargo, volvieron a detenerlo por «actividades políticas prohibidas y peligrosas para el Estado Nacional». Y nuevamente ella lo visitó en el regimiento 3 de Infantería de La Plata y fue cuando quedó embarazada de mí.

CARTA A MAMÁ

Si los grandes eran como eran, también los chicos teníamos que salir tocados. Y yo era el último de la piña. Y vos nunca pudiste sujetarme del todo. Dicen que cuando estabas embarazada te acariciabas la panza rogando que yo no naciera con la locura de papá, como si acaso fuese hereditaria. Pero todo vino complicado desde el hecho original de haber sido concebido en el cuartucho de una cárcel militar. Y porque, además, cuando cursabas el final del sexto mes de embarazo, otra vez sucedió algo lamentable.

Era la hora de la siesta y escuchaste que había una pelea en la calle y te diste cuenta de que era Juancito, que estaba peleando con los albañiles de una obra porque habían molestado a Esthercita. Saliste corriendo y te interpusiste en la pelea. Pero Juancito, en el tumulto, te empujó y caíste al piso. La pelea se detuvo y al levantarte, descubriste unos hilos de sangre que te bajaban hasta los tobillos.

Todos corrieron a buscar un médico. Y a los pocos minutos ya estabas en una camilla, en un charco de sangre, en un atardecer de invierno y en una ambulancia que avanzaba enloquecida entre las luces de la calle Monroe. Ya en el hospital militar corrieron los médicos y las enfermeras y ahí no había peronistas ni antiperonistas, ni comunistas ni anarquistas; a los que estaban ahí sólo les importaban tu vida y la mía. Y gracias a ellos, que los tuvimos por obra y gracia de Eva Perón, pude ver la luz y salir con vida y en tus brazos, pero después de un largo tiempo en incubadora.

Dicen mis hermanas que de chico yo era la piel de Judas, que no iba al colegio y que vos me permitías todo, incluso que fumase delante tuyo a los diez años de edad. Había heredado el lugar de papá en la cama materna y, cuando me dolían los dientes, dormía encima tuyo.

Una mañana, durante mi segunda internación psiquiátrica y hablando con el doctor Grimbaun, le conté otro hecho inolvidable de mi infancia con vos. A los cuatro años de edad nos habíamos acostumbrado a comer los dos solos. Y cuando había carne, que no era muy seguido, vos la cortabas y me ibas dejando un trocito en el plato para que con mis manos me lo llevase a la boca. Dicen las hermanas que, durante esa ceremonia, vos y yo nos mirábamos a los ojos como si me estuvieses dando de mamar. Pero si vos cortabas el bocado y te levantabas de la mesa dicen que me negaba a comer y exigía que estuvieses todo el tiempo a mi lado y mirándome.

Mis hermanas decían que estabas criando un tirano y que cuando fuese un hombre iba a hacer llorar a muchas mujeres. Pero esa

situación madre-hijo tuvo su clímax un mediodía en que habías hecho un bife y, al mismo tiempo que lo cortabas, controlabas el fuego de la cocina y pensabas en todo lo que tenías que lavar y planchar y te distrajiste y en vez del bife me cortaste un dedo.

Susy vino gritando que eras una asesina y salimos corriendo para el hospital, que al final era el lugar al que más íbamos. Decía Susy que con el dedo colgando yo te llamaba a los gritos pero, cuando venías llorando, te echaba.

Sé que nuestra relación era demasiado fuerte pero cada vez que veo la ausencia de mi dedo me pregunto qué es lo que habrás querido cortarme.

SOMBRA DE HERODES

Llorando, mamá firmó la autorización para que yo pudiese salir del país. Sin dinero y con media pizza en una mochila, crucé a dedo la Cordillera de los Andes para ver el amanecer socialista de América del Sur. En Santiago de Chile, durmiendo en una plaza y hecho un linyera, me encontraron dos hermanos, Arturo y Ronald Rivera Calderón. Ellos me llevaron a su casa en donde junto a sus padres y sus hermanas envolvieron mi nombre en palabras tiernas y me trataron como si fuese un cachorro perdido. Recuerdo a los integrantes de esa familia como a seres esculpidos por Giacometti: altos, delgados y caminando solos en medio de la multitud.

En la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile descubrí el lenguaje de los nativos yamanas de la Tierra del Fuego, para quienes las palabras cambiaban de sentido según donde se dijeran: no significaban lo mismo cuando el sol estaba alto en el Estrecho de Magallanes que cuando la luna brillaba sobre el Canal Beagle. Para decir tristeza decían la misma palabra que usaban para indicar que el cangrejo estaba cambiando el caparazón y las mujeres, cuando eran atacadas y violadas por los conquistadores, intentaban defenderse de los golpes diciéndoles la misma palabra con la que nombraban unas cerezas dulces que eran su única golosina.

Un mes antes de la Nochebuena dejé a los Rivera Calderón y salí otra vez a la ruta rumbo a Isla Negra. Cuando me despedí y les dije que trataría de conocer a Pablo Neruda mis amigos me respondieron decepcionados: «Y para qué vais a ver a ese burgués guatón».

Yo tenía una carta de Margarita Aguirre conseguida por Lila Guerrero y era seguro que, con una presentación de su biógrafa, Neruda me recibiría. Pasé noches de frío y compartí la jaula de una camioneta con una piara de lechones de olor insoportable que eran llevados a un mercado de San Pedro de Atacama, en el desierto.

Finalmente tuve la fortuna de que también me llevasen otros camioneros que en vez de lechones distribuían diarios. Viajé en acoplados y acurrucado bajo la montaña de paquetes de *El Mercurio* y *La Tercera*.

Mi primera sorpresa fue comprobar que Isla Negra estaba en la orilla del mar pero que no era una isla sino una residencia, entre el océano y un río imperceptible. La casa no tenía timbre sino una campana y las ventanas, talladas en madera, tenían forma de corazones. Abrió un chiquilín moreno quien por su pobreza devenida riqueza me recordó a *El príncipe y el mendigo* de Mark Twain. Me pidió

que volviese más tarde. Le dejé la carta y anduve caminando por la playa helada, hambriento y con un terrible dolor de cabeza.

Al tocar nuevamente la campana, me abrió Matilde Urrutia y primero vi sus grandes ojos que tardaban en pasar y en segundo lugar su hermoso cuello de cisne envuelto en un pañuelo azul. Me hizo entrar, me vio extenuado y hambriento. Sirvió café con leche, pan y mantequilla. Puso mi anorak húmedo contra una cocina de leña y me dio una manta con la que me cubrí los hombros.

Al anochecer, desde un cielo color ladrillo que asomaba detrás de los cristales de la casa, bajó Pablo Neruda. Era más alto de lo que yo pensaba. Lo veía inmenso. Usaba gorra de marinero y me dijo que si quería ser poeta nunca debía hacer reportajes y mucho menos a él. Después me invitó a comer y durante la cena me habló con aquella voz lenta y nasal que me hizo imaginar el ensueño de la morfina.

Finalmente habló de literatura: al igual que a Raúl González Tuñón, también a Neruda le quedaba incómodo César Vallejo. «Mis enemigos insisten en compararme con él», se quejó. Y en un momento, al aparecer el nombre de Jorge Luis Borges, fue terminante: «Ese hombre es un marciano, no ve nada de lo que está pasando en nuestros países».

Me contó, también, que en el único lugar del mundo en el que había estado preso era Buenos Aires, en 1955, durante el golpe de Estado que volteó al gobierno de Perón. Habló larga y afectuosamente de los hermanos González Tuñón y dijo que más que a ningún otro argentino admiraba a Oliverio Girondo y a Carlos Gardel.

Escuchó mis poesías generosamente, me alojó en su casa y antes de irse a descansar me regaló y me firmó cuatro de sus libros y me aclaró que sólo a los amigos le firmaba los libros con tinta verde. A la mañana, después de haber dormido al abrigo de un hogar de leños, desayuné con *Oliver Twist*, que hablaba muy poco. Guardé los libros en el gran bolsillo de mi anorak y decidí seguir mi ruta.

Estaba otra vez en el camino infinito de la costa y volví a protegerme de la Camanchaca bajo pilas de diarios y bolsas de arpillera. Al detenerme en Bahía de Quintero y ver el tremendo mar de Chile encontré una guagüita que vendía pan caliente y le pregunté si había algo más lindo que el océano. Abriendo sus largos ojos como quien remonta dos barriletes oscuros me respondió enseguida: «Y sí señor, más lindo que el océano es mi hermanito».

Como le dije que venía de lejos me invitó a la «oncesita» en el comedor de su familia. Allí me presentó a su padre que era pescador de róbalos y ex cazador de castores y lobos marinos: el hombre me saludó con una gran sonrisa, sin dejar de cortar el bacalao. En esa fonda de mesas amplias, ambiente húmedo y paredes adornadas con racimos de algas, cangrejos barnizados, arcos, flechas, arpones de

hueso y redes de pesca, la madre de la niña me convidó unos mates calientes «cebaditos con yerba argentina».

Finalmente, el padre pescador me contó que su abuelo era kawesqar (yamana para los argentinos) y que estaba muy triste porque el anciano ya no tenía con quien hablar debido a que nadie dominaba las antiguas lenguas fueguinas. En ese momento pensé que si era triste la muerte de una persona, aún más desoladora era la muerte impune de toda una cultura y una lengua.

Después le pregunté cómo estaban las relaciones con los argentinos y suspiró: «Argentinos y chilenos: mamihlapinatapai».

Volví a encontrar esa palabra mucho después, cuando el Libro Guinness la calificó como la palabra más concisa del mundo: «Una mirada entre dos personas, cada una de las cuales espera que la otra comience una acción que ambas desean pero que ninguna se anima a empezar».

La capacidad de síntesis de esa palabra me trastornó y no volví a sentir tal estado de conmoción hasta mucho después cuando, en el Tanáj (la Biblia en su lengua hebrea original) encontré otra frase de síntesis prodigiosa: «Jasidá broshim beitá», cuyo significado, según me dijeron, es que «La cigüeña va a ser madre y construye su casa sobre los cipreses» (y lo más extraordinario es que muy difícilmente las cigüeñas aniden en Israel y mucho menos sobre la copa de un ciprés).

Al cruzar a Tacna, ya en Perú, un sacerdote del Tercer Mundo me consiguió un pasaje hasta Lima. Era un joven africano de ojos color miel, se llamaba Francisco, vivía en la pobreza y las muchachas, reunidas contra la ventana de su rancho, espiaban su desnudez cada vez que él lavaba su único pantalón. Era tan perfecto que su rostro y su cuerpo parecían estar hechos a medida para que los tiranos intentasen lastimarlos.

Ya en el micro, otra vez extenuado, dormí dos días seguidos sin escuchar los festejos de los viajeros al pasar la Navidad.

Una vez en Lima averigüé la dirección, fui a Miraflores y llamé a la puerta de la hermosa casa de Javier Heraud, el poeta de 21 años que había muerto ametrallado en el Río Madre de Dios, en la selva de Puerto Maldonado. Su madre llevaba en el rostro la ausencia del hijo y me hizo pasar. Entonces le di mis condolencias, recibí su abrazo y me mostró la habitación de Javier en la que, sobre su cama, él había copiado esta frase de Francisco de Quevedo: «Al sueño: que no te amo yo por ser descanso sino por muda imagen de la muerte». Y en el instante en que Victoria, su madre, me tomó de una mano, le recité de memoria un poema premonitorio de su hijo: «Yo nunca me río de la muerte. Simplemente sucede que no tengo miedo de morir entre pájaros y árboles».

Al volver a Buenos Aires, años después de aquel largo viaje, una tarde me sorprendí al ver a mi querido Arturo Rivera Calderón en un noticiero de la televisión argentina. Las cámaras lo seguían mientras él saltaba por las terrazas de Santiago de Chile, acosado por helicópteros made in The Wall y huyendo del Servicio de Investigaciones. Mientras se sucedían las escenas violentas los periodistas informaron que, lejos de rendirse, y ya enterado de la muerte de su hermano Ronald en un tiroteo con los carabineros, mi amigo Arturo se había suicidado.

Minutos más tarde la televisión argentina informó que los hermanos Rivera Calderón, durante el gobierno de Salvador Allende, habían asesinado a tiros y a sangre fría a un ex ministro demócrata cristiano. El muerto, Edmundo Arturo Pérez Zujovic, era el funcionario que había ordenado la llamada masacre de Pampa Irigoin, en la Región de los Lagos, donde murieron diez personas y un bebé de nueve meses.

Sin trabajo y considerando mi fascinación por las palabras, los escritores Ernesto Schóo, Mario Ceretti y el poeta Miguel Ángel Bustos me consiguieron trabajo en la revista *Panorama*. Bustos tenía una sensibilidad extrema, era uno de los mejores poetas que yo había leído y pertenecía a la generación de Alejandra Pizarnik, Juan Gelman y Roberto Juarroz.

Una tarde llegó una invitación turística para visitar Madrid durante diez días. Como sabían que mi padre había estado en España durante la Guerra Civil, en la revista me ofrecieron el viaje y por supuesto acepté. Al aterrizar en el aeropuerto de Barajas no pude evitar la emoción: España era mi padre y esa guerra era la historia que había confundido a mi familia y a mí.

Apenas llegué, salí a recorrer los lugares históricos de las batallas, las muertes y los combates. Pero no tardé en comprender que la memoria española era un verdadero desierto. En el Puente de los Franceses, donde habían hecho su bautismo de fuego las Brigadas Internacionales frente a los moros de Franco, se practicaban ahora deportes alpinos y no había tan siquiera una placa que recordase a los innumerables muertos. Nada que registrase las luchas sangrientas en Ciudad Universitaria. Ahora había una oficina municipal donde antes habían estado el Sanatorio de las Milicias Populares y el hospital de sangre de los jornaleros. En el Cuartel de la Montaña, tomado a los militares por los republicanos, sólo vi el Templo de Debod, un monumento egipcio.

Nada encontré en Madrid. Ni un recuerdo. Ni un memorial. Sólo un local desfondado del Partido Comunista en un callejón sombrío y bien llamado Calle del Desengaño.

Cada vez que preguntaba en alguna oficina dedicada al estudio de

la historia, escuchaba frases iguales: «Hay que mirar para adelante, verá usté». En la revista *Cambio 16* un periodista fue rotundo: «Basta ya de las batallitas del abuelo». Y un escritor español cuyo nombre prefiero olvidar fue todavía más concreto: «Hay que dejar en paz a los muertos de la guerra civil». Aquel hombre no entendía que también debemos encontrar paz los sobrevivientes, los nietos y los hijos de aquellos combatientes.

SECCIÓN VIOLENCIA

Al tiempo de regresar del viaje en aquel verano de 1974, dos de los más grandes autores del teatro argentino, Carlos Somigliana y Roberto Cossa, me encontraron empleo en el diario *El Mundo,* donde luego de un mes, me dijeron que había ganado un puesto como cronista.

Los dueños de la empresa eran del Partido Revolucionario de los Trabajadores y mediante el diario intentaban apuntalar la lucha armada del Ejército Revolucionario del Pueblo. Y fue así como, apenas incorporado, un jefe de sección me dijo que escribiese sobre el secuestro de un empresario «acaecido» ese mismo día en la Panamericana (el jefe era un apasionado del verbo acaecer). Pero en vez de ordenar un remise para ir «al lugar del hecho» me dio un sobre con las llaves del auto, los documentos de identidad, las llaves de la casa, la tarjeta Diners y hasta fotos del secuestrado y de sus hijitos.

Otro día fui a cubrir un incendio en una cárcel de mujeres en la ciudad de Rosario. La manzana estaba precintada y en una esquina, con sus nietos en brazos, lloraban las madres de las prisioneras muertas. Primero olí a ceniza mojada y finalmente, frente a una de las celdas, me llegó el olor de la carne humana quemada y vomité.

Se distinguían harapos, partes de cuerpos, un triciclo carbonizado y hasta el cuerpo de una mujer que había quedado acostada y con el torso suspendido hacia arriba sostenido por sus codos calcinados. Parecía que la mujer miraba lo que había pasado sin poder creerlo.

Las autoridades me hicieron retirar, dijeron que no habría comentarios y entonces me dirigí al arzobispado. Al anochecer me atendió un sacerdote en un ambiente oscuro donde no pude ver el color de sus ojos. Me dijo que estaba enterado de todo y que no hubiese sido correcto arriesgar a bomberos, que eran padres de familia y gente de trabajo, para salvar a unas penitentes inmorales. Le dije que sus palabras parecían dignas de Auschwitz y me contestó que yo era un maleducado y un ignorante y que el obispo de Santa Fe, a mucha honra, había protegido y traído a nuestra patria a muchos valientes oficiales del ejército nazi.

En otra oportunidad, en el diario, y cuando la guerrilla atacó el cuartel de Azul durante un asalto en el que también murieron conscriptos, nos pidieron a un compañero y a mí que hiciéramos la crónica. Éramos los únicos disponibles porque extrañamente muchos periodistas habían faltado al trabajo ese día y a esa hora. Una de nuestras dudas era cómo llamar a los atacantes ya que no íbamos a escribir palabras que, aún en el tercer gobierno constitucional de

Perón, podían resultar inconvenientes.

Nadie se atrevía a escribir «guerrillero» y menos aún «terrorista». Al final elegimos «insurgente», que era débil pero nos sacaba del trance.

En aquella redacción conocí a personas extraordinarias. Una de ellas fue el líder sindical Agustín Tosco, a quien le hice un largo reportaje sobre el encuadramiento sindical. Cada vez que él hablaba parecía que una luz se encendía sobre su cabeza: era un dirigente obrero que andaba por la calle en mameluco y que tenía los dientes cariados.

Una tarde, además, pude conversar sobre poesía con Alicia Eguren, viuda de John William Cooke. Era una mujer endurecida por la lucha armada, que había sido amiga del Che y había combatido en defensa de la Revolución Cubana en Bahía de los Cochinos. Tres años más tarde, aunque no se supo hasta mucho después, esa mujer dueña de una sonrisa de conejo (según Cooke) fue arrojada viva desde un helicóptero en uno de «los vuelos de la muerte».

Mario Roberto Santucho visitaba la redacción como uno más. Saludaba con una media sonrisa y era el dirigente de la mayor guerrilla marxista que tuvo la Argentina. Murió en un tiroteo el 19 de julio de 1976. Su cuerpo tenía una bala en el cuello, otra en un pómulo y nueve de la cintura para abajo.

En el diario *El Mundo*, durante la noche del 23 de febrero de 1974, un camión se detuvo frente al edificio: bajaron grupos de la Juventud Peronista de la República Argentina y ametrallaron la redacción durante veinte minutos. Algunos pudimos escapar por las terrazas, como delincuentes. Y finalmente, cuando llegó la policía, los periodistas que habían sobrevivido bajo sus escritorios fueron detenidos mientras los atacantes se retiraban cantando por Sarmiento y Suipacha.

Después empezaron a llegarme amenazas de muerte, a mí y a otros compañeros, y el diario las denunció con énfasis. Como resultado fui llamado a Tribunales por un juez, quien abrió una causa y argumentó que si las amenazas incluían a mi familia debía estar lejos de mi mujer y de mi hija. Entonces, con un matrimonio ya destruido, decidí ir a vivir solo en una pensión de Talcahuano y Sarmiento. Pero a la semana de estar allí, cuando volvía una noche del trabajo encontré la habitación revuelta y mi máquina de escribir Erika, traída de España por mi padre, estaba destrozada. El dueño de la pensión me dijo que había sido obra de «unos borrachos» y que habían quedado en volver. Agregó que debía retirarme y hasta me devolvió el dinero del adelanto.

En la puerta del hotel, al salir, alguien desde atrás me dio un golpe cerca de la nuca y fui hospitalizado en el Centro Gallego de Buenos

Aires. A las horas de haberme internado, un médico y un enfermero, muy a su pesar, decidieron darme el alta. «Es mejor que te vayas. Este no es un lugar seguro ni para vos ni para nosotros».

El diario vino entonces en mi ayuda y uno de los dirigentes del ERP, a quien nunca había visto, me dijo que podían comprar en el acto mi casa amenazada, pagarme en efectivo y conseguir para mi familia y para mí una casa operativa en la que estaríamos militarmente protegidos. Primero pensé en la oferta pero enseguida me di cuenta: apenas habitase esa casa con mi mujer y mi hija, nos estaríamos convirtiendo en guerrilleros.

El 14 de marzo de 1974, *El Mundo* fue cerrado con un procedimiento policial que trató a los periodistas como a delincuentes. Mientras, yo seguía con mi trabajo en la revista *Panorama* y meses más tarde, me llamó la escritora Marta Mercader para ir concibiendo el futuro diario *La Calle*, que tendría «una línea de izquierda pero no insurreccional».

Después de varios meses de trabajo estuve instalado en «Violencia», una sección que seguiría los hechos policiales recurriendo lo menos posible a la policía: consultaba en primer grado a la sociología, la política y la psicología.

La zozobra constante empezó a quebrar los cristales de la familia y de mi propia mente. Había ascendido al poder José López Rega, quien pasó a ejercer una influencia de ministro sobre la presidenta Estela Martínez de Perón. En esos días, además, sucedieron los asesinatos en plena calle del diputado e intelectual Rodolfo Ortega Peña, de Silvio Frondizi, del dirigente gremial Atilio López y del general chileno Carlos Prats. Y serían aquellas cuatro muertes brutales (una en julio y las otras tres en el mismo mes de septiembre) apenas una parte de los muchos asesinatos relacionados con la Triple A: en 1975 llegarían a 359 homicidios comprobados (informe Conadep). Esos casos nunca fueron juzgados y ni siquiera investigados.

El viernes 27 de septiembre, mientras la nota del día era el último partido de Pelé, se informó sobre el asesinato de una nena de ocho años de edad, violada y ahorcada en la capilla de su escuela, en Don Torcuato. No había ninguna pista sobre el homicida. La madre de la criatura, llorando, me dijo que en la comisaría un policía, cansado de sus preguntas, le había dicho que si quería «otra nena le hacía una igual». El padre, desesperado, comentó que un mes antes la policía había realizado un operativo antiterrorista en la escuela, pero que no habían encontrado nada. «Yo no soy gremialista —dijo el padre, abatido—, soy dueño de un colectivo».

En la morgue y aclarando que hablaba en off de record, un hombre de delantal blanco que no quiso identificarse, me dijo que no había

sido violación, que directamente le habían destrozado los genitales con la mano o con alguna herramienta.

Diez días después, el jueves 10 de octubre, otra niña fue ahorcada y violada en una escuela de La Paternal: moribunda fue llevada hasta el Hospital Alvear en donde falleció. El ataque se había producido en el baño del colegio.

Un comisario que seguía las dos causas me dijo, en privado, que los ahorcamientos se habían realizado con un cordel satinado de 30 cm de largo. «Soy estudioso de organizaciones criminales y religiones secretas —me dijo— y le cuento que estos estrangulamientos eran propios de los Thugs, una de las primeras mafias del mundo. Ellos creen que con cada homicidio evitan por mil años la llegada de Kali, una diosa maldita».

FECHAS 1974/75

El jueves 24 de octubre en Munro y el miércoles 30 de octubre, en Tigre, otras dos niñas pequeñas sufrieron intentos de ahorcamientos y sobrevivieron gracias a la veloz llegada de las ambulancias y al trabajo en las guardias de dos hospitales.

En respuesta, el miércoles 6 de noviembre de 1974, el gobierno de Estela Martínez de Perón dictó el estado de sitio con el siguiente texto como primer párrafo: «Visto: que las medidas adoptadas por el Gobierno Nacional para que los elementos de la subversión depongan su actitud y se integren a la reconstrucción nacional, y que las reiteradas expresiones de repudio y recomendaciones que en igual sentido hicieron las instituciones y sectores del país —políticos, religiosos, económicos y sociales— lejos de hallar eco se agravan con las amenazas dirigidas, también ahora, contra niños en edad escolar».

De inmediato otras fuerzas y autoridades apoyaron el estado de sitio y responsabilizaron de los infanticidios a la subversión y reforzaron la idea: El subjefe de Policía Elio Rossi declaró a la prensa que tres chicos más habían sido secuestrados, uno en Capital Federal y dos en Provincia de Buenos Aires, y que sus captores les habían dicho que informasen a sus padres que «en la Argentina no se puede estudiar ni ir al colegio». Un día después, el 8 de noviembre, en un acto en la Federación de Box, Norma Kennedy declaró que «Las mesas de trabajo velarían por la seguridad de los chicos».

Al día siguiente, 11 de noviembre de 1974, el Poder Ejecutivo dispuso que efectivos armados de las tres fuerzas custodiaran todos los colegios primarios, secundarios y las universidades en el ámbito de la Capital Federal y el Gran Buenos Aires. Y fue entonces cuando los militares, con uniformes de combate y fusiles automáticos, se

apostaron en la puerta de todos los colegios de Capital Federal y el Gran Buenos Aires. Se adujo que la policía no poseía los elementos necesarios para esa tarea. El martes 12 de noviembre el diario *Crónica* tituló en tapa, a cuatro columnas, con la palabra «¡Protegidos!» y con la foto de un colegio en cuya puerta se hallaba un soldado con un fusil. El gobierno de Estela Martínez de Perón, al dar ese paso, no consiguió que cesasen por completo las asambleas escolares y universitarias, pero todo pareció un anuncio del golpe cívico-militar que sucedería 16 meses después, el 24 de marzo de 1976.

Con los militares en los colegios no sucedieron más ataques a niños, cesaron por un tiempo las asambleas, el homicida de los colegios desapareció y nunca más se habló del caso.

Tiempo después, y a partir del secuestro y asesinato del fotógrafo Julio César Fumarola, el diario fue clausurado y empezaron, en nuestras casas, las amenazas telefónicas hasta la madrugada. Varias noches, junto a otros colegas, debimos abandonar nuestros domicilios y dormir en la Asociación de Periodistas, en Avenida de Mayo (algunos de los amenazados «desaparecieron», otros se exiliaron, pero 600 de ellos figuramos en una lista de la revista *Cabildo*, publicada en 1986, junto a «subversivos» como «¡Lula da Silva y Gabriel García Márquez»!). Las intimidaciones no cesaron y ese año hubo que dejar la revista *Panorama* porque José López Rega y la Triple A cayeron sobre la Editorial Abril y su propietario y director, César Civita, tuvo que huir de la Argentina.

A los pocos días también fue prohibido el diario *La Calle*. Y también fue clausurado *Crónica,* mientras en Córdoba volaban los talleres de *La Voz del Interior*. No había a dónde ir, yo vagaba días enteros por la ciudad y volví a percibir algo así como un agujero por el que se iban, despedazadas, muchas personas admiradas y queridas, entre ellas mis amigos Miguel Ángel Bustos y el periodista Enrique Raab.

Al salir de las redacciones, en la noche intimidante, se repetía un diálogo arquetípico en el que sólo cambiaba el nombre de la víctima:

—¿Quién mató al Padre Mugica?

—Y… fueron ellos.

Y la palabra ausente reventaba en las miradas. Porque nadie ignoraba quiénes eran, pero decíamos «Ellos». Y recurríamos a esa no-lengua porque el sentido del lenguaje había terminado por derrumbarse. Y porque empezábamos a hablar, también nosotros, con las mismas palabras de los seres desesperados que mantienen penosos soliloquios contra las paredes de los hospicios, en ese idioma que no tiene cabida en las bibliotecas de lo dicho ni en los archivos de la gramática.

Por entonces, muchas familias y personas fueron fulminadas por las amenazas.

Y las recriminaciones, las querellas, el pánico y la soledad, empezaron a minar las cabezas. Vigilados por quienes debían protegernos, enfermados por los que tenían que curarnos, concibiendo hijos en la huida hacia ninguna parte, algunos salimos por un puerta y entramos por otra.

Entonces, una tarde, delirando y buscando absurdamente a mi pequeña hija por las calles del centro, fui a la redacción de *Panorama* e intenté ahorcar a mi querido compañero Miguel Briante. Sorprendido y agarrado del cuello, me decía asombrado que no sabía nada sobre dónde podía estar mi hija, por supuesto mi hija estaba bien, era pequeña y vivía con sus abuelos maternos.

Después fui a mi casa, que estaba abandonada, y empecé a repetir, aunque con mayor virulencia, algo que ya había hecho de adolescente: cortarme en las muñecas y en el pecho con un vidrio y, antes de que los vecinos llamasen a la policía al escuchar mis gritos, llegó una ambulancia. Previamente llamé por teléfono al escritor y amigo Rodolfo Rabanal y le pedí que viniese a mi casa y ayudase a mi familia.

De lo que pasó en aquellos momentos sólo recuerdo la luz helada de un quirófano y a varios médicos que se lamentaban del trabajo que iba a darles a los que tuviesen que restañar mis venas y mis arterias.

Algunos locos sospechan que un hecho trágico ha roto su pasado y advierten que en su presente no encuentran nada: sólo sienten que ha muerto el lenguaje. Y en mi caso, tantos años después, siento que sólo ha existido un antes y un después de las pequeñas criaturas brutalmente violadas y asesinadas en los colegios de mi país.(1)

1- Los nombres de las víctimas están a disposición de la Justicia y de las organizaciones de Derechos Humanos.

CAMPO NUESTRO

«Al galoparte, campo, te he sentido.
Cada vez menos campo y más latido».

OLIVERIO GIRONDO

El alta se produjo al poco tiempo de iniciar el tratamiento con Goldberg y fue una felicidad para los dos. Con Mariana empezamos a vivir cada día como si fuese una fiesta y los sábados íbamos con Natalia a la placita de Palermo. Los domingos, con Ricky y La Promesa, hacíamos «turismos crueles» recorriendo el Otro País: Tibor Gordon, Pancho Sierra, San Cayetano, la Madre María, Don Orione, Isla Maciel, los manicomios.

Como aún tenía unos ahorros y debía seguir asistiéndome todas las mañanas con Goldberg, decidí que iba a gozar de un tiempo sabático y que por las tardes me dedicaría a escribir.

Pero a poco de andar ya no todo era magia. La vida en común resultaba difícil y ella fue la primera en manifestarlo. Dormíamos con la luz encendida porque yo sufría terrores nocturnos y debíamos ser muy cuidadosos con la medicación y evitar a toda costa el alcohol. No podía salir solo a la calle porque, en parte por la inflación, desconocía el valor del dinero y discutía los precios con los comerciantes del barrio. Llamaba a los billetes por el color y no por el importe: un rojo y dos grises eran un paquete de cigarrillos. En cierta forma, como Romeo y Julieta, dedicábamos más tiempo a sufrir que a querernos.

Para colmo los gobiernos aumentaban el precio de los cigarrillos ignorando que los enfermos mentales no tienen otra cosa a la que aferrarse. ¿Qué es lo primero que piden los pacientes mentales encerrados? Cigarrillos. ¿Qué es lo que compran con los centavos que consiguen? Cigarrillos sueltos que venden los bares del hospital, esos lugares que vendrían a ser las rastreras pulperías del siglo XX.

En poco tiempo Mariana advirtió que yo conspiraba contra todos los vínculos que la unían con el resto del mundo, y que estaba empeñado en no aceptarlos. La única vez que me invitó a una fiesta con sus compañeros, y al ver que había personas con armas de fuego y que todos tenían relaciones demasiado cercanas con ella, me fui de la reunión sin que se diese cuenta. Anduve 24 horas de gira, tomando psicofármacos con alcohol y volví a hacerme tajos en el pecho y en los hombros y recién me encontró una semana más tarde, internado en el hospital y atado a la cama.

Al tiempo y en el momento en que nuevamente estaba de alta y saliendo de otra crisis, a la visita constante de sus compañeros de militancia se le ocurrió agregar la de sus padres. Aunque yo no quería ver a nadie, ellos querían verme porque a pesar de tener muchas cuentas pendientes entre sí, estaban ilusionados con la llegada del nieto.

Una mañana me dijo que su mamá quería comprarnos un auto para cuando llegase el bebé pero no le contesté. Entonces me preguntó si tampoco eso me hacía feliz y seguí en silencio. Pero insistió tanto con la pregunta del auto que finalmente la tomé suavemente de los hombros, la miré a los ojos y le respondí con una sola frase: «Cada día me gusta más Roberto Arlt».

Un viernes por la noche, sus padres vinieron a comer con nosotros. Su mamá llegó primero y trajo comida y gaseosas como para una semana. Después vino su papá y se besaron en las mejillas y se llamaron mutuamente abuela y abuelo. Pero el departamento era chico y todo lo que decían en voz baja yo lo escuchaba: «Es un chico muy lindo, Mariana», dijo su mamá. Y en otro momento su papá le dijo algo que me molestó: «Se nota que es bueno, pobrecito».

Después de escuchar esa frase traje una pava de la cocina, me senté en la mesa y me puse a soplarla en el pico. Mariana enseguida me preguntó qué estaba haciendo y yo, sólo para molestarla a ella y a sus padres, le contesté que estaba tratando de inflarla.

Empezamos a discutir muy seguido pero las reconciliaciones eran gloriosas y desembocaban en fiestas eróticas sin agresividad física pero con mucha violencia imaginativa: nos contábamos oprobiosas experiencias sexuales que nunca habían sucedido y que incluían a terceros y hablábamos de participar en orgías multitudinarias, aunque nunca, después, dábamos señales de querer concretarlas.

Pero todo terminó mal cuando insistí en la oferta del doctor Pablo Grimbaun para que fuéramos por un tiempo a vivir los dos, o sólo yo, al campo que él tenía.

Goldberg, por su parte, pedía que también ella participase de algunas de nuestras reuniones en el hospital, y quería que hablásemos los tres sobre cuán peligrosa era la casa de Mariana para nosotros y para nuestro hijo.

Ella opuso muchos obstáculos a las dos cosas: no creía que la casa fuese peligrosa: «En este país, seguro-seguro no estás en ninguna parte», respondía. Quería estar cerca de sus padres, quería seguir militando en la clandestinidad y, lo que más me molestaba era que a ella no le interesaba ningún tipo de relación con personas del Partido Comunista y mucho menos si eran terratenientes. A mí ya me habían aclarado que lo de Grimbaun era una pequeña chacra.

Por herencia paterna yo no tenía ninguna simpatía por el Partido

Comunista, pero resultaba evidente que en la propuesta de Grimbaun y en el comentario de Goldberg no existía nada más que afecto y preocupación porque, además, hacía ya mucho tiempo que los dos se habían retirado del Partido Comunista.

La verdad es que no era una discusión política, y empezamos a pelear cada vez con mayor violencia hasta que en un momento le dije que me iba. Busqué mis cosas, armé un bolso y cuando iba a buscar la máquina de escribir, que tanto me había costado hacer arreglar, ella la tiró contra el suelo y otra vez quedó hecha pedazos. Entonces volví a mezclar alcohol con medicación, la golpeé y salí corriendo a la calle, espantado de mí mismo. Una vez en la calle me hice cortes y de nuevo terminé lleno de sangre y en el hospital.

En cuanto me repuse, el mismo Goldberg me dijo que ya él y el hospital habían agotado sus posibilidades conmigo y que el doctor Grimbaun estaba al tanto de todo y que fuese a verlo a su campo, que me esperaba.

Días después, una mañana luego de varias horas en tren, ya estaba en un almacén de campo, mirando las botellas con etiquetas de colores, los rollos de alambre, las conservas, los fiambres que colgaban del techo, los dulces y, del otro lado del mostrador, los ponchos, las revistas y los diarios.

De pronto entró un hombre vestido con un jardinero azul. Dejó en la puerta una camioneta en marcha, preguntó si tenían un lazo chileno y le dijeron que sí. Y como no había donde sentarse, el recién llegado, como todos los demás, se quedó de pie con la cintura quebrada y la barriga apoyada en el mostrador.

El dueño, un hombre de grandes bigotes negros, que se presentó como Don Parera, me indicó que con ese barro no había vehículo que pudiese llegar. Y me dijo que después del cementerio iba a toparme con la cadena rota de una balanza de peaje para ganado.

—Pero de a pie y así calzado no vas a entrar —dijo Don Parera.

—¿Y vos, Lucio —agregó—, no tendrás un caballo?

Lucio, un muchacho de nariz y mejillas enrojecidas, botas de goma y boina negra y que tomaba una copita, dijo que sí con una inclinación de cabeza.

—Total, al llegar sólo tenés que soltarlo y vuelve solo —dijo Parera.

—Pero yo nunca subí a un caballo —dije.

—Ahí está —dijo Lucio.

—Acomodate aquí, tenemos unos cuartos. Y mañana temprano, como todos los días aunque truene, seguro viene Valverde, el encargado del campo, y seguro que te lleva —dijo Don Parera.

Lucio aprobó con la cabeza.

—Pero tengo que llegar ahora —dije. Y sentí que no entendían. Y que por ahí nadie, nunca, andaba apurado.

Me había quedado sin medicación, sólo tenía dinero para cigarrillos y estaba aterrado por la discusión con Mariana y por mi respuesta imperdonable.

—Bueno —dijo Parera, resignado—, si es tan urgente te presto una capa y un par de botas, porque va a seguir cayendo agua.

Me calcé, agradecí y traté de memorizar las instrucciones de Parera:

—Pasando la cadena, del otro lado del cementerio, como una legua después, la tercera tranquera es Los Chingolos. Y como veo que no sos de por aquí, me permito recordarte dos cosas: cerrá la tranquera al entrar porque se les van a ir los pocos animales que tienen, y no te arrimés de golpe a las casas si la perrada no te conoce.

El hombre que había entrado preguntando por el lazo estaba en silencio, mirando la tapa de un diario que hablaba de un secuestro con grandes letras.

—A estos pendejos —dijo de repente—, hay que matarlos a todos. Y después hay que matarles las crías, para que no se reproduzcan.

Don Parera miró al hombre y a Lucio, y Lucio miró a Parera. Y los tres, después, me miraron a mí.

Volví a darles las gracias, sonreí y me fui. Al salir escuché la voz de Parera.

—Es cosa tuya, muchacho… Pero con este tiempo, machaza la gripe que te vas a ligar.

Al rato estaba solo, bajo la lluvia, en medio del campo. Andaba despacio y a cada rato caía sentado en el barro. Cerré los ojos y miré hacia adentro. Y vi lo mismo que había afuera: campo, ramas, nubes pardas, nidos, cardos y a lo lejos una vaca, arrodillada frente al atardecer.

Cuando por un instante escampó, creí que la naturaleza entera había entablado conmigo una conversación de relinchos, mugidos y chillidos de teros que volaban amenazantes sobre mi cabeza.

De golpe advertí que había anochecido y que unos perros me mostraban los dientes. De una de las casas que había en ese lugar salió un hombre fornido, de unos sesenta años, cubierto con una capa y con un farol en una mano. Calmó a los perros levantando un brazo. Y me habló con una voz amistosa, pero llena de autoridad:

—¿Qué anda haciendo con este tiempo?

—Busco al doctor Grimbaun.

—¿Es una urgencia?

—No, vengo de visita.

—Bueno —dijo el hombre, extrañado, y me hizo pasar.

El lugar estaba caldeado por una cocina de hierro igual a la que tenía La Promesa y el hombre me ofreció asiento.

—Alberto Valverde —dijo. Y me dio la mano.

—Pero está empapado m' hijo. Está temblando ¿Se vino caminando con este tiempo? ¿No pasó por el Gato Negro?

Dije que sí, con la cabeza. Tenía mucho frío y me esforzaba para no temblar.

—¿Y no le dijo Parera que yo mañana podía traerlo?

Entonces le conté que yo era conocido del doctor Goldberg y que el doctor Pablo Grimbaun me había ofrecido trabajo.

—Pero claro —dijo Valverde—, eso explica todo. Goldberg se ha ganado por aquí el lado de las casas y ya Don Pablo me dijo algo sobre usted.

—Este Goldberg —dijo Valverde sacudiendo la cabeza con una sonrisa—, para hacer amigos es más pintado que un surubí.

Después me presentó a Adelina, su mujer, y dijo que Don Pablo vendría al día siguiente, porque estaba esperando un parto en el pueblo y que entonces se quedaba en la clínica.

Adelina era una mujer pequeña, flaquísima y callada. Tenía puesto un humilde vestido floreado, alpargatas y el pelo entrecano y peinado muy tirante para atrás.

—¿No querés unas galletas y unos verdes bien calientes? —me tuteó Valverde. —Mirá que te lo digo bien —sonrió—, que si te ofrece Adelina primero te manda un amargo y después te pregunta si querés.

Después de los mates y como yo tenía sueño, Valverde me llevó a una casa vecina. Tenía dos ambientes y elegí la habitación que daba a la ventana. No había electricidad y como no sabía encender el farol, pasé la primera noche a oscuras, recostado en un catre, al abrigo de una frazada y escuchando la lluvia. No quise levantarme a buscar agua y tragué mi último Rohipnol en seco. Me puse a pensar en Natalia y en Mariana y en el bebé que venía y me imaginé viviendo ahí los cuatro, en esa casita que era la más pequeña de las tres que había en Los Chingolos.

Creí que me esperaba otra noche de insomnio pero, sin darme cuenta, me fui derrumbando lentamente, de afuera para adentro, así como cae el tiempo sobre una fotografía.

Al amanecer miré por la ventana. Ya no llovía. El campo estaba blanco de escarcha, noté que tenía fiebre y sentí que me gustaban las tres cosas: el campo, el frío y la fiebre. Enseguida golpeó la puerta Doña Adelina, me dijo que Grimbaun aún no llegaba y me ofreció un desayuno que rechacé porque me dio vergüenza aceptarlo.

Le pregunté por Valverde, me dijo que estaba en el tambo y me indicó dónde era.

Don Alberto estaba ordeñando una vaca manchada y a la luz del día pude verlo bien: era muy fuerte, tenía los ojos celestes, el pelo blanco y sonreía con todos los dientes.

Le pregunté si podía ayudar y me contestó que no galopase y que

primero hablase con Don Pablo. Después me contó que el campo había empleado a más de diez personas pero que ahora sólo quedaban Adelina y él. Finalmente me dijo que la esposa de Grimbaun hacía diez años que había muerto y que su única hija era médica y estaba estudiando en Israel.

Después salió del galpón y lo seguí hasta un carro. Palmeó al caballo y me dijo que si quería ayudar le fuera subiendo los tarros. Al irse me hizo un saludo desde el pescante y me dijo que Grimbaun no tardaría en llegar.

Anduve dando vueltas por el campo hasta que se me acercó Adelina y me habló con un tono cariñoso pero enérgico:

—¿Por qué en vez de estar juntando barro no venís a comer algo?

De golpe, sin conocerla, sentí afecto por esa mujer menuda, de gesto bondadoso. Y cada vez que la miraba no podía evitar sonreír.

—¿Tengo monitos en la cara? —me dijo.

—No. Me recuerda a mi mamá.

Entrada la tarde una camioneta se detuvo frente a la casa de Valverde. Bajó un hombre de pelo negro, algo calvo, con anteojos de vidrios gruesos, vestido con pantalón, saco y botas. Daba la impresión de que su ancha caja torácica estaba en contradicción con sus piernas que, debajo del pantalón, parecían muy flacas.

—¿Antes que nada, cómo anduvo el parto de la Martita? —le dijo Valverde.

—Difícil pero con suerte —dijo Grimbaun y me miró extrañado.

—Este amigo te está esperando desde anoche, lo manda Goldberg —dijo Valverde.

—Ajá, —dijo Grimbaun y me siguió mirando. Al rato me habló con un gesto de incredulidad: —¿Así que vos sos el hijo del Capitán Frontera?

Dije que sí con la cabeza.

—Pero qué bien, cómo me alegra verte.

Se acercó y me abrazó.

Después se dirigió a Valverde y le habló como si estuviese justificando algo.

—Hace muchos años estuve con el padre de este muchachito en España.

Era evidente que Grimbaun estaba emocionado. Y nos quedamos un rato en silencio, hasta que volvió a hablar:

—Adelina, Alberto —dijo con voz algo temblorosa—, voy a comer con él en mi casa, tenemos mucho que hablar.

Dicho eso se sacó los lentes para limpiarlos con un pañuelo. Y al ver sus ojos cansados y su nariz afilada, me pareció que su cara, sin los anteojos, había quedado expuesta, huérfana de algo.

A partir de ese día, todas las tardes y cuando no tenía trabajo en el pueblo, Grimbaun me recibía, hablábamos hasta la noche y después comíamos juntos. Tiempo atrás Goldberg le había enviado por correo una copia de mi historia clínica. Y una tarde Grimbaun me dijo que yo iba a salir de la crisis y que en la clínica tenía toda la medicación que necesitaba.

—Por ahora vas a seguir con los temblores y también con los problemas digestivos, alguna que otra alucinación y con la doble abstinencia: la abstinencia de algunos químicos y la abstinencia de Mariana. Voy a controlar tu medicación. Y vamos a charlar. Vos estás regresando de otro mundo. Así lo entiendo yo. No te podés adaptar fácilmente a vivir con los demás o en pareja. Es probable que tengas razón y que la militancia de Mariana sea peligrosa. Pero tenés que dilucidar si te molesta eso o si te pone mal que ella se dedique a algo que no seas vos.

»Aquí, si insistís, podés trabajar en la clínica o en el campo. Pero prefiero que escribas. Tratá de escribir todas las mañanas. Porque de esa manera vas a ir creando tu obra y al mismo tiempo vas a ir reparando tu vida. A partir del mediodía, si querés, podés hacerme unos trámites en el banco del pueblo y pasarme a máquina unas historias clínicas que tengo algo desordenadas. Dejo a tu disposición mi archivo de la Guerra de España que hace años que no lo leo. Y por supuesto, cuando vos quieras te voy a hablar de tu padre, porque en la memoria y en el archivo tengo muchos momentos y datos sobre él. Sé que algunas cuestiones te van a doler. Pero está bien que quieras conocer la verdad y escribirla. Todos tenemos una herencia paterna y debemos atrevernos a encontrarla y aceptarla. Aquí tenés una biblioteca bastante completa, vení a leer cuando quieras. La puerta está siempre abierta y te voy a traer una máquina de escribir de la clínica. Realmente no sé si lo que yo te cuente alcanzará como para que escribas una historia sobre tu viejo pero, por las noches, si querés, comemos juntos y me contás cómo vas.

A partir de esa conversación empecé a escribir todos los días. Algunas veces, cuando Grimbaun me lo pedía paternalmente, copiaba a máquina datos de sus pacientes. Otras, ayudaba a Valverde, cortaba pasto, pintaba, ordeñaba las vacas, mal pero lo hacía. Cavaba zanjas y hacía trámites en el pueblo. Además, Grimbaun me daba un pequeño sueldo para que me sintiera más independiente.

En otra oportunidad, cuando volvía de hacer unos pagos bancarios de la clínica, hablamos un rato sobre Mariana y Don Pablo fue al grano:

—Lo que hiciste con ella está muy mal —me dijo—. Yo creo que tu discusión no pasó por la política ni por la guerrilla, ni porque te

rompió la máquina de escribir, ni porque ella no quisiera venir aquí, donde tiene las puertas abiertas. Pero hay que profundizar ese tema. Lo que hiciste no se le hace a una mujer. Y para colmo embarazada. No creo que seas malo, pero lo que hiciste sí, es muy malo. Repudiable. Y te lo digo claramente, no fuiste violento con ella porque estás enfermo sino porque hay en vos toda una historia de maltrato y de violencia que debés traspasar.

Grimbaun hizo una pausa, creo que más para mí que para él, y trató de consolarme:

—Todo esto seguro que lo vas a cambiar. Pero por ahora escribile a Mariana. Disculpate, aunque no se vuelvan a ver. Pero que no se vean es difícil, porque van a tener un hijo. Y ella es la madre. Ya sé que ustedes dos se quieren. Pero en este tema de la agresión no voy a dejar de cuestionarte hasta que lo repares. Seguí con la medicación, seguí enviándole dinero a Natalia y comprendé a Mariana que por ahora prefiere no verte.

Una siesta me preparaba para ir a hacer unas compras en lo de Parera y, sin que se diesen cuenta, escuché una charla entre Don Pablo y Valverde:

—¿Malcriando al jinete? ¿Ensillándole la montura para que no se caiga del matungo? —dijo Grimbaun.

—Ajá —dijo Valverde—, a los amigos hay que cuidarlos. Y el pibe es de esa clase de amigos que acompañan. Aunque esté callado, él siempre acompaña.

—Es cierto, ojalá hiciera los huesos viejos por aquí —dijo Grimbaun.

—Eso no lo sabemos, siempre está aparte, en lo suyo. Se pasa el día escribiendo. No come bien y Adelina se preocupa. «¿Comió el pibe…?». Es lo primero que me pregunta.

—Está encariñada.

—Sí. Y para colmo él ya le tomó el tiempo. En vez de llamarla Adelina, ¿sabés cómo le dice?

—No.

—Le dice Doña Adelinda. En broma, pero se lo dice.

—¿Y ella? —preguntó Grimbaun, riendo.

—¿Ella? Imaginate —dijo Valverde.

—¿Estás celoso?

—Salí —carraspeó Valverde—. ¿Y vos, Pablo? —le preguntó—. ¿Vos no estás encariñado?

—Si vos lo decís.

—Pero quién hubiera dicho —dijo Valverde—. Tan criollo que te creés y al final me saliste blando de caronas.

Habían pasado cuatro meses desde que estaba en el campo, tenía una comunicación con Mariana a través de las cartas y los dos queríamos reencontrarnos. Lo único que me llamaba la atención era que todas las cartas de Mariana venían sin remitente y que las mías se las enviaba a una casilla de correo. Por otra parte, yo me sentía mucho mejor y estaba terminando el libro, pero antes de irme del campo quería estar convencido de que no iba a cometer ninguno de los errores de antes.

Finalmente llegó una noche especial, y por primera vez fuimos a fondo con el tema de la muerte de mi padre. Mientras escuchaba las respuestas de Grimbaun miraba la madera y las vigas del techo y pensaba que, así como el vino al pasar por la barrica toma el sabor del roble, la voz de Don Pablo iba adquiriendo el color rojizo y los brillos melancólicos del pino y del cedro.

—La primera vez que le hablé de hacer un tratamiento —me dijo Grimbaun— tu padre me contestó que aceptaba con la condición de que le arrancase un pedazo de cerebro. Y el desenlace de tantos sufrimientos ocurrió un tiempo después, durante un aniversario del triunfo electoral de la República. Aquel día estábamos yendo por distintos centros españoles de Buenos Aires, honrando la fecha. Él llevaba algunas horas sin tomar alcohol y noté que las piernas le temblaban, que hablaba en voz muy alta y cerraba los ojos como si lo encandilasen. De pronto tu padre me preguntó si yo sabía algo sobre deliriums tremens y si eso tenía que ver con figuras geométricas y luminosas. No contesté su pregunta pero entendí que él mismo se había realizado un diagnóstico perfecto.

Afuera había empezado a llover. Grimbaun se levantó, cerró una ventana y trajo dos tazas de té.

—Yo le dije a tu padre que estaba muy enfermo y que mi responsabilidad era atenderlo. En la esquina de la Federación de Sociedades Gallegas traté de ayudarlo a caminar hasta el auto, pero me pidió que aguardase. Fue un gesto suave, débil, demasiado pacífico para provenir de un hombre tan enérgico y fuerte como él. Y entonces, entre varios ahí, en la esquina de Chacabuco y Carlos Calvo, ayudamos al capitán y lo llevamos al asiento trasero del automóvil.

Luego de tomarle la temperatura y comprobar que tenía mucha fiebre, y sabiendo que él no había desayunado, pedí que me alcanzaran mi botiquín y le di una inyección. Le dije que iba a internarlo en ese mismo momento y me contestó que era inútil, que ya había perdido toda su salud.

En el camino, mientras otros compañeros iban a tu casa para informar a tu familia, tu padre me pidió que no lo llevásemos al hospital militar, porque si iba a morir quería que fuese en un hospital civil. Vos no vas a morir, le dije. Y fuimos al Hospital Rawson. Pero al

rato de estar en la guardia llegaron tu madre y tus hermanas y decidieron trasladarlo al Hospital Militar Central en una ambulancia.

Al llegar a la sala del Hospital Militar, me asombró la deferencia con que lo atendían. Y noté que a medida que tu madre y tus hermanas les iban hablando a los médicos sobre la guerra de España, cada vez era mayor la buena disposición de los médicos. Y fue tal vez al advertir mi extrañeza que un teniente médico se acercó, me habló en tono confidencial y me dijo algo así: «Sabemos que el capitán luchó en España contra el fascismo. Y quiero decirle que ahora, cuando al fascismo lo estamos padeciendo en nuestro país, también nosotros somos antifascistas».

—Será así, pensé para mis adentros —siguió Grimbaun—, pero por supuesto que el antifascismo de la República de España no tenía ningún parecido con la raíz antipopular y oligárquica de esos militares antiperonistas.

El mismo mayor me explicó que le habían efectuado una punción en la médula para saber si existía hemorragia cerebral. Y que, además del problema gástrico, hasta ese momento lo más concreto era un shock diabético. Y ya entrada la noche, otro médico militar más joven leyó el primer parte a la familia: «El capitán sufre un ataque severo por envenenamiento alcohólico directo de las células y del tejido cerebral».

Fue entonces cuando tu madre y tus hermanas pidieron la asistencia de un capellán para la extremaunción. Imaginate mi sorpresa. Miré a tu madre, desconcertado. Pero ella me contestó de mal modo, algo natural teniendo en cuenta que después de la guerra había quedado resentida con todas las personas que habíamos estado en España.

«Ustedes arruinaron la cabeza de mi marido, ahora dejen que nosotras, su familia, nos ocupemos de su alma», me dijo tu mamá. Y en cierta forma la entendí.

—No sé si esto te hace bien, recién estás saliendo de tu crisis —me dijo Grimbaun.

—No, doctor, cuando venía para aquí, aquel día bajo la lluvia, sentía que iba a reencontrarme con mi padre. Lo necesité toda mi vida. Necesito saber todo.

—Está bien, pero los detalles pueden engañarte.

—No me importa.

—Entonces —dijo Grimbaun— les recordé a tus hermanas que tu padre era marxista y que él, como muchos de los que habíamos estado en España, no creíamos en Dios y teníamos muchas cuentas pendientes con la Iglesia. Pero ellas dijeron que eso no era así y que, a

su manera, tu padre siempre había sido católico, apostólico y romano. Era una falacia, sin duda.

Cuando llegó el sacerdote, tu padre tuvo un momento de lucidez y lo rechazó diciendo que no con la cabeza. Intentó sacárselo de encima moviendo sus brazos, que ya estaban débiles y flacos. Pero tus hermanas, con ayuda de los médicos, lo sujetaron contra la cama y el capellán, inmutable, hizo su trabajo.

—Y usted qué hizo —le pregunté.

—Yo me fui de la habitación. Me di cuenta de que no podía hacer nada. Pero me fui pensando que tu padre estaba muriendo tal como había muerto el pueblo español: sujetado por un cura, doblegado por militares y llorado por unas mujeres vestidas de negro.

»Nosotros habíamos aprendido a sufrir y a esperar la muerte de seres queridos. Y entonces fui y me senté en el pasillo y al rato vi que entraban las enfermeras para prepararlo, porque seguramente iban a realizarle una traqueotomía debido a que el mucus lo estaba ahogando.

»Unos minutos después, una de las enfermeras salió y fui a la habitación: estaban desmantelando la carpa de oxígeno y sacaban los instrumentos. «Dejó de respirar cuando lo bañábamos», me dijo una enfermera.

»Tu mamá, hecha un mar de lágrimas, estaba echada sobre la cama y le besaba las manos.

»Lo que vino después fue de pesadilla. No sé por qué tus hermanas y tu madre hicieron eso: tu padre fue sepultado en el Panteón Militar de la Chacarita. El ejército envió unos soldados, tocaron a silencio y sus restos quedaron junto a los de los dictadores que masacraron al pueblo argentino y rodeado por los restos de los que hicieron la Campaña del Desierto. Justo él, que era descendiente de ranqueles. Creo que cuando estés bien deberías sacarlo de allí. Los muertos no piden ni quieren perdón. Pero se merecen respeto.

La noche en que Grimbaun me contó la muerte de papá fue una de las últimas que pasé en Los Chingolos. Hasta que una mañana, sintiéndome recuperado y después de hablar con Don Pablo, ensillé el caballo y fui a comprar un pasaje a la estación de trenes.

Una vez que tuve el pasaje pasé a saludar por El gato negro y al verme a caballo, Don Parera sonrió y miró a Lucio que tomaba un ferné y comía aceitunas.

—Mirá quién vino —dijo Parera—, el que hace poco no sabía subir a un caballo.

—Ahí está —dijo Lucio.

—Che, pibe —me dijo Parera—, te invito una cañita, para festejar

—Gracias, Don Parera, pero no tomo.

—Hacés bien, muchacho, el que le pega al frasco después no

encuentra el rancho —dijo Parera, mirando a Lucio con una sonrisa socarrona.

—Andá —le dijo Lucio.

Al llegar a Los Chingolos se me acercó Valverde:

—¿Así que te vas mañana?

—Sí, ya terminé mi tratamiento con Don Pablo, me siento bien y terminé de escribir lo que quería escribir. Es así nomás, me voy pero no se ponga a extrañar porque tal vez, quién le dice, somos tres o tal vez cuatro los que volvemos y más pronto de lo que usted quiere.

—Ojalá —dijo Valverde—, pero cuidate mucho. Vos sabés cómo están las cosas en el país y sabés lo que sentimos por vos. Para Pablo sos algo así como el hijo varón que no tuvo.

—Tranquilo, Don Alberto. Y a propósito: hoy temprano me pareció escucharlo cerca de la casa, protestando contra Doña Adelinda.

—Tonterías. Supersticiones. Cosas de vieja —dijo Valverde y escupió. —Se lavó. Caracho —dijo Valverde y tiró al pasto un poco de yerba.

—¿Qué superstición, Don Alberto?

—No sé qué desgracia dijo que pasa cuando el gallo canta en el techo de una casa.

—O sea que Doña Adelinda fue a espantar un gallo y otro gallo más crestudo la espantó a ella.

—Ajá —dijo Valverde—, me alegra que estés gracioso, se ve que para mañana, con la tal Mariana, tenés planeada una linda noche.

Finalmente Grimbaun, todavía de noche, me llevó al pueblo y frenó la camioneta en la estación. Me dijo que tal vez me estaba equivocando, que no estaba aún preparado, que era un viaje con riesgos y que siempre tuviese en cuenta que allí estaban esperando mi regreso.

SIN ALIENTO

«El loco es un niño herido que juega,
El muerto es un niño herido que no juega,
El niño es un niño que niño».

MIGUEL ÁNGEL BUSTOS, asesinado por la Dictadura
cívico-militar el 30 de mayo de 1976

El aullido errante de la locomotora perforó el aire, el andén fue una fiesta de banderitas rojas y negras, y el color de la madrugada se estiró levemente como un cachorro que se despereza ante la maravilla del amanecer.

El vagón estaba vacío hasta que de pronto se encontraron dos gigantescos paisanos de bigotes grandes que llevaban relojes pulseras de lujo y tenían la voz grave. Se saludaron con besos en las mejillas, hablaron de los campos, de la venta de unos potros y uno de ellos comentó que la patria se había hecho a caballo.

Al escucharlos me quedé pensando que los que habían subido a los caballos lo habían hecho para quedarse con las vacas.

A mi lado se sentó una mujer de aspecto muy humilde, saludó a los gauchos y les dijo que se iba por unos días a la casa de la hija porque le gustaba meterse en el río pero no que el río se le metiese en su casa: «Allá, con los nietos, duermo bonito y sin inundación», dijo.

Mi única certeza era la cercanía del encuentro y quería que Mariana sí me invadiese como un río y que su nombre lloviese parejito, así como bajan las aves en las lagunas pampas. En todas sus cartas recibidas en Los Chingolos, Mariana repetía «Te quiero» y «Te amo», palabras que siempre le había costado decir. Y yo pensaba también en Natalia, ella era un apenas con futuro, un ya vengo de luz, la nena del abrazo, mi fueguito vital, la que en una llamada telefónica desde Los Chingolos me había preguntado si a mi regreso le podía traer en el tren un caballo de verdad.

Por momentos no podía creer que yo había estado lo que se dice loco y que el único sitio que había podido aceptarme había sido el manicomio: la cumbre de la exclusión. Otro de los tantos lugares tremendos en donde la única manera de incluir es excluir. También había superado mi infancia callejera, la falta de padre, la ausencia de educación escolar, el haber disparado contra una persona y el hecho

imperdonable de haber sido violento con Mariana.

En ese momento, en el tren, me sentía equilibrado, con ganas de pensar y de asimilar el país. En una palabra, y aunque no podía creerlo, yo estaba curado.

Pero todavía había algo que nadie me había podido explicar: ¿Qué era El Interesante? ¿Cómo había podido sumergirme en mí mismo y navegar mi interior y encontrar esas llanuras que colgaban del cielo y esos seres pálidos y amorosos que me decían que si no lograba salir de la cárcel mental, ellos me confortarían y me servirían el agua más pura en el cuenco de sus manos?

Todas esas experiencias me hacían pensar en los bogavantes que al cambiar el caparazón descienden al fondo del océano y desarrollan una envoltura protectora, aunque esa preservación sea apenas un ocultamiento porque, en caso de haber recibido algún golpe, debajo de la corteza la herida siempre queda abierta. Tal vez por eso, al despedirnos, Grimbaun me había abrazado y aclarado: «Al mínimo problema te volvés, aquí tenés casa, trabajo y tres personas que aprendimos a quererte».

Me quedé mirando por la ventanilla y pensando que a cada pueblo que pasaba me iba acercando a Mariana.

A medida que el tren se iba aproximando a Buenos Aires, más pobres y marginales y atrasados eran los pueblos, como si avanzar en el espacio fuese retroceder en el tiempo. Cada pueblo tenía un centro bien cuidado y también un Otro País donde reinaban la gaita para bailar, San Cayetano para los trabajadores, San Pantaleón para las enfermedades, San Blas para la tos y hasta San Quintín para los colimbas.

Hacía mucho tiempo que esas personas escuchaban decir que eran animales. Al principio se enojaban. Pero ahora se reían. Porque sabían que eso no era más que otro insulto. Y entonces recordé a La Promesa y nuestro encuentro en su casilla de la villa: un momento, había dicho La Promesa, un momento, había repetido: la casa de gobierno del Otro País tendría que estar en el Cottolengo de Don Orione. Ahí, los casos menos graves son los microcéfalos. Los otros están en sus camas todo el tiempo, escondidos entre las sábanas, llorando, babeando y atendidos por monjitas. Son los hijos del despelote nacional, dijo La Promesa. Recordé también la extraña precisión de algunas ideas de Ricky durante uno de nuestros primeros diálogos, cuando llegué al hospital y le hice muchas preguntas: ¿A vos también te ataron a la cama? Por supuesto. ¿Te insultaron? Por supuesto. ¿Te dieron un golpe de electricidad en la cabeza? Por supuesto. Perdoná, Ricky, le dije entonces, por qué decís por supuesto cuando se trata de cosas que no tienen nada de razonables. Por eso mismo, respondió Ricky, porque todas esas cosas sí son razonables en el manicomio.

De pronto paramos en una estación junto a otro tren que iba en dirección distinta y cuando arrancó el tren de al lado sentí equívocamente que el que arrancaba era el nuestro. Entonces me di cuenta de que eso mismo le pasaba al Otro País cuando llegaban ciertos gobiernos: no era el tren de los más pobres el que avanzaba, era el tren del país rico que se estaba yendo y que dejaba al Otro País detenido en el andén miserable en el que siempre había estado. Sentí, también, que muchos pensamientos se iban desenredando como paradojas: Sarmiento había dicho que el oeste era la barbarie y ahora el tren del oeste llevaba su apellido. De la misma manera Rivadavia, que había sido ateo, ahora nacía en la Catedral de Buenos Aires y terminaba en la Basílica de Luján, en el oeste. Sentado en una mesa, tomando un café, pensé que el vagón comedor del tren era como una pulpería que viajaba por el oeste y que del este había venido Evita y que por el Noroeste había llegado el campo a la ciudad, había subido a los barcos y se había ido a Europa. Y desde entonces la costa de enfrente había sido Francia (no Uruguay) y siempre nos había quedado más cerca París que Bolivia.

Al entrar en Once me apabulló el hecho de tener tanta gente alrededor y sentí que no había suficiente oxígeno para todos. El Otro País habitaba la zona y vendía garrapiñada, frituras y tortillas santiagueñas y me quedé anonadado cuando le pedí a un vendedor unos chipás y se quejó de que estaban más caros porque había aumentado el dólar. Subir al subte y atravesar multitudes hizo que me preguntase, sofocado, qué podrían esperar de la ciudad esas muchedumbres enloquecidas.

Al llegar al edificio de Mariana volví a sentir temblores en todo el cuerpo y al subir hasta el departamento y ver una pila de cartas y cuentas y diarios amontonados debajo de la puerta tuve escalofríos a pesar de que el calor era agobiante. Toqué el timbre varias veces y no contestó. Entonces llamé a la casa de la vecina y de muy mala manera me dijo por la mirilla que hacía tiempo que Mariana no estaba. Cómo que no está, le pregunté. Qué se yo, me dijo, cerró la mirilla y me quedé un momento con la cabeza contra la pared.

Bajé la escalera conmocionado y una vez en la calle crucé al bar de Don Martín, que al principio no me recordó y después de varias explicaciones me dijo que hacía tiempo que no veía a Mariana, que no sabía nada más y que la cosa no estaba como para meterme en averiguaciones. Con una serie de redobles en mi cabeza, le pedí un gin y me contestó que no me iba a servir nada porque después de tomar

yo siempre hacía una escena.

Entonces entré al primer bar que encontré y temblando pedí gin doble con hielo y empecé a tomar los medicamentos que traía para la semana. Después caminé por Riobamba y crucé por la misma esquina en la que tal vez había matado una persona, y vomité y recordé el caso del militar torturador que iba al consultorio de Enrique Pichon-Rivière y que siempre, cuando le tocaba su turno, se iba. Hasta que una tarde el genocida tomó coraje, entró al consultorio y vomitó. Y entonces Enrique, sin preguntarle nada, le dijo: «Hace rato que usted quería darme esto, pase por favor». Hacía rato también que yo le debía ese vómito a la esquina de Riobamba y Corrientes.

No había dónde buscar a Mariana y prefería que Natalia no me viese en ese estado. No había comités de ningún partido, ni sindicatos, ni centros universitarios donde preguntar por ella. La ciudad tenía cara de piedra, no sabía nada, no decía nada y en algunas calles no pensaba nada. No tuve entonces otra idea mejor que comprar una botella de whisky para unir el alcohol con los psicofármacos.

No sé de qué manera llegué caminando, después, al hotel San Luis en Avenida de Mayo y Lima: pedí una habitación, me dijeron que pagase por adelantado y pagué una semana con parte del dinero que me había dado Grimbaun. Al entrar a la pieza, tiré sobre la cama mi mochila llena de cuadernos con anotaciones y de pronto vi que unos militares invadían en silencio una casa y se llevaban a culatazos a varias personas. Había una mujer muy joven con una niña en brazos y los soldados la golpeaban en todo el cuerpo pero la niña no terminaba de caerse porque la madre no la soltaba. Entonces me recosté en la cama y apagué el televisor que alguien había dejado encendido y sin sonido. De las pesadillas de aquella noche tengo dos imágenes: en la primera pensaba que era imprescindible encontrar la cartulina que La Promesa le había dado a Mariana con nuestros dos mechones de pelo, porque en ellos tal vez podría encontrar una respuesta sobre el destino de mi mujer y de nuestro hijo. En la segunda pesadilla veía una placa dorada en el hall del hospital diciendo que era en homenaje y en memoria de la hermanita Mary-Hélene Perriaux que había amado a todos los internados y que había sido secuestrada y asesinada por la dictadura.

Era imposible encontrar telefónicamente a los compañeros de Mariana. Las drogas, el alcohol y mi propio desequilibrio de base no me permitían discernir entre las pesadillas y la realidad. Decidí que a la mañana siguiente iría al hospital a ver si alguien la había visto. Pero en ese momento me sentía inhabilitado: había en mi cabeza una pregunta a la que la cárcel mental no me dejaba llegar. Sólo podía llegar hasta los planos superiores de la mente. Se había hecho un agujero en mi memoria. Estaba absolutamente bloqueada una parte

del camino de mi pasado con Mariana. Había algo sobre Mariana en lo que no podía pensar, porque en lo que respectaba a ese pensamiento sufría una especie de anestesia total. Había, sobre Mariana, algo que por mí mismo no podía saberlo y que sería otro quien tendría que decírmelo.

Tomé un par de Roches con whisky y me dormí profundamente hasta que de pronto golpearon a la puerta.

Qué es todo esto, pensé. Y supuse que era un libro. Pero el libro era un sueño que fluía en infinitos sueños sucesivos. Escrito a mano y en oro sobre páginas negras, cada vez que terminaba de leerlos los párrafos cambiaban y no volvían a ser los mismos.

Es sabido que para no exponer al olvido ciertos hechos, se inventan dioses, se levantan monumentos, se ponen lápidas o se hacen nudos en un pañuelo. Y yo en mi sueño quería hacer lo mismo: averiguar cuanto pudiese y luego levantar un Memorial afuera de mi mente. Y en ese Memorial, que sería un libro, quedarían los fósiles del psiquismo, arrasados, deformados, pero lo suficientemente vivos como para poder reconstruir la historia de mi sagrada familia. Ese Memorial sería el bastión con el que enfrentaría los desfallecimientos de mi propia memoria y sería también el recurso con el que me defendería del acoso de todas las memorias ajenas y propias que se empeñaban en no recordar.

Después soñé con el 16 de junio de 1955 que me había contado Lalita y soñé que en una vidriera había una copia del Guernica de Picasso y yo entraba al negocio y pedía que bajaran el sonido del cuadro porque los gritos me estaban rompiendo los oídos. El dueño del negocio me miraba asustado y me decía que después lo haría. Poco antes de despertar soñé con una caricia de mamá: no podía sentirla sobre mi piel pero sí podía escucharla porque era como un pétalo que caía suavemente sobre el alma del mundo.

Ya entrado el mediodía me levanté lentamente y decidido a volver al hospital, en donde en ese estado no podrían rechazarme. Se me partía la cabeza. Temblaba. Bajé para almorzar en un bar sin toldo y con mesas en la vereda de la Avenida de Mayo, vi que otras personas comían ravioles con salsa bajo un sol atroz y tomé dos pastillas de Flunitrazepam (la máquina de dormir) y bebí un trago de whisky y decidí pagar, dejar la comida y volver a la habitación y soñar para ver si podía encontrar en mis sueños la respuesta que estaba buscando sobre Mariana.

Pero al abrir la puerta del cuarto me encontré de golpe ante la pampa infinita, pobre y desolada. Vi el campo como si fuese una película en blanco y negro y fue entonces cuando un punto distante fue creciendo desde lejos hasta convertirse en un jinete que llegó de un galopito y desmontó algo así como la sombra de un hombre fuerte,

viejo y aindiado. Intenté abrazarlo pero la sombra me rechazó suavemente:

«La junción de los abrazos, de los llantos y los besos, se deja pa' las mujeres, como que entienden el juego», me dijo. «Yo ya no puedo llevarlo, por razones de pobreza. El país es un sudario de inmensa tristeza, es un telar de desdichas cada gaucho que usté ve. Pero sepa que me alegra ver que el gajo se parece al árbol de donde sale», la sombra ocultó la mirada, si la tenía.

De pronto unas voces de mando amenazaron: ¿Dónde está Romeo? ¿Qué planes tenía Vicky? Y fue en ese momento cuando me pregunté cómo podían existir seres que no entendieran que para desaparecer a miles de personas y a sus hijos en una ciudad millonaria, no alcanzaba con un grupo de asesinos, que hacía falta un infinito ejército de seres maléficos porque para eso eran necesarios el médico que revisa la carne destripada y dice metan máquina que un poco más aguanta o que inyecta para que no se muera antes de hablar y son necesarios el abogado el periodista y el economista y el vacío de millones de seres que no quieren ver pasar los autos de cuyos baúles cuelgan pantalones medias chupetes remeras blusas y todo lo que queda desparramado sobre las vías después de que choca el tren y entonces me desperté y me di cuenta de que no podía soñar porque ya había quemado todas mis pesadillas.

Al despertar pensé que lo que llaman locura es una puta desgracia porque el ciego escucha y el sordo ve pero hay veces que el loco no ve ni escucha y todo lo que ve y escucha le parece que viene de las tinieblas con los ojos en blanco y con la lengua dada vuelta. Sentado en la cama del hotel soñé que me dormía en Madrid después de haber caminado por el casco viejo de la ciudad entre putas viejas y chaperos y que luego despertaba en Buenos Aires bajo un sol que pegoteaba todo.

Pero al rato de despertar estaba nuevamente en la madrugada de Madrid y cubierto con una frazada me acercaba a la ventana del Hostal La Plata y miraba la Calle de Alcalá en dirección hacia la Puerta del Sol. Todo estaba tenso. Los pubs habían cerrado, no estaban los gamberros inyectándose detrás de los portales ni los registraban los rudos policías. Miles de jóvenes, cada vez más numerosos, se reunían tras grandes carteles: Montoneros, ERP, FAP, FAR, FAL. Pero instantes después, al regresar a la ventana, vi que los jóvenes avanzaban por Avenida de Mayo rumbo a la Casa Rosada sacudiendo sus pancartas: CNT, FAI, PCE, POUM, PSOE…

Pensé otra vez en volver al hospital. Me levanté, hice una lista con los horarios de la medicación, estuve un largo rato debajo de la ducha y decidí que también podía escribirle a Mariana a la casilla de correo y pedirle de encontrarnos en el hospital. De pronto me sentí optimista

y recordé nuestras recorridas por el Otro País, cuando íbamos de la mano a la Isla Maciel y visitábamos Don Orione y pasábamos algunos domingos en Río Alegre (unos metros adentro de Merlo y apenas afuera de Moreno) y en donde vimos cómo en el feroz verano y en el riachuelo contaminado del Otro País, se bañaban juntas las personas, las vacas, los caballos y los perros.

Me encontré por segunda vez en la puerta del hospital y sólo tenía una certeza: estaba llegando a los últimos párrafos del Memorial y todo quedaría escrito, tallado en piedra y en papel. Pero al cruzar el hall de entrada sentí frío porque recordé unas palabras de Pepe Garrobo, mi compañero de internación, boxeador, ex campeón sudamericano o algo así:

—Ojo, pibe —me había dicho cuando salí de alta por primera vez —, ni se te ocurra volver. Mirá que el segundo es el golpe del nocaut.

Grupo Planeta

¡Seguinos!